



# UNIDA A TI

Iris Montes Mesequer

UNIDA A TI

IRIS MONTES MESEGUER

© Montes Meseguer, Iris [Primera edición: Marzo de 2020]

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Para todos aquellos que han creído en mí desde el principio.  
En especial, quiero dar las gracias a todas las personas que me siguieron en Wattpad e hicieron posible que creyera  
en esta historia.

Y, por supuesto, a a Gabriel por ser mi ángel de la guardia.

## **Índice:**

Capítulo 1:	11
Capítulo 2:	21
Capítulo 3:	32
Capítulo 4:	42
Capítulo 5:	53
Capítulo 6:	61
Capítulo 7:	72
Capítulo 8:	82
Capítulo 9:	93
Capítulo 10:	102
Capítulo 11:	113
Capítulo 12:	124
Capítulo 13:	134
Capítulo 14:	146
Capítulo 15:	156
Capítulo 16:	164
Capítulo 17:	173
Capítulo 18:	181
Capítulo 19:	186
Capítulo 20:	199
Capítulo 21:	210
Capítulo 22:	220
Capítulo 23:	232
Capítulo 24:	243
Epílogo 1:	250
Epílogo 2:	253

## SINOPSIS:

### **Una unión imposible, un amor erróneo.**

Cassandra es una guardiana...

Sam es un Ramtor...

Ellos, destinados a odiarse aunque ambas razas deben salvar al mundo, fueron unidos por error al nacer.

Dos razas destinadas a cuidar de la humanidad y los portales que hay en la tierra...Se verán envueltos en el enigma que pondrá en peligro el equilibrio del universo.

Ramtors, obsesionados con la profesión de cuidar las puertas a otros mundos y ser los mejores en todo lo que hacen...

Guardianes, preocupados por el bien de la humanidad...

Tendrán que trabajar juntos, pero, ninguno de ellos olvida que, si quieren ser más fuertes, sólo puede quedar una raza...

VEN a conocer a los guerreros más fuertes, conoce la magia de los templos y los hombres extraños que los habitan...

¡NO CONFÍES EN NADIE Y, ANTE TODO, CORRE...¡ESTÁS A PUNTO DE MORIR!

<<Guardianes y Ramtors al nacer, serán unidos en alma con alguien de su misma raza. Así serán dos cuerpos, una sola alma y una fuerza imparable...>>

## Capítulo 1

Cassandra

El impacto de una granada a mi derecha me devolvió a mi ser sacándome de mis pensamientos. Correr. Esa era mi única misión en aquel momento. Nos superaban tanto en número que dudaba de que, sin un buen plan, pudiéramos salir de aquel repentino embrollo. Hacía algunos días que los Ramtors no salían a buscar trifulcas cerca de la zona de nuestro control y los guardianes nos habíamos relajado, por lo visto, de más.

Pego mi cuerpo tras un grueso muro de la azotea donde me encuentro y echo un vistazo por el borde de mi protección. En los tejados contiguos veo cuerpos combatir, al menos cuatro en cada uno. Siempre por parejas....Y yo, aquí, siendo una sola.

Oigo a dos ramtors acercarse y la rabia me consume. Me levanto grácilmente y desde mi posición atesto con facilidad una patada bastante demoledora contra uno de ellos, una mujer. El otro, sorprendido, recarga lo que parece su furia y viene a atacarme. Su cuerpo choca con el mío y un ladrillo lesiona mi espalda. Golpeo con el codo derecho a mi contrincante en el estómago y, al doblarse en dos, desprotege su mandíbula que queda dibujada con mi puño sobre ella. La cabeza contra el pavimento suena sordo y quizá haya muerto allí mismo. Uno menos. Su compañera de pelea grita derrotada por la pérdida de quien era la mitad de su alma. Es hermosa. Quizá eran algo más, si cabe, que mitades perfectamente encajadas y marcadas para hacerse más fuertes entre ellos.

Me mira furibunda y casi siento lástima por ella. Casi. Mis pies se balancean cual boxeador profesional esperando la confrontación. Se agacha para coger carrerilla y su pelo anaranjado parecen llamas del infierno viniendo hacia mí. Sus manos agarran las mías al llegar para frenar e intentar tirarme por el vacío de entre los edificios. Eso no va a pasar. Barro sus piernas con una de las mías y cae llevándome con ella. Un puño vuela hacia mi cara y lo esquivo a duras penas. Si es así de fuerte sin él, cómo hubieran sido atacando juntos. Destierro ese pensamiento inoportuno que me deja en posición de debilidad. Él ya no está. Y ella va a morir.

De la bota izquierda saco una daga y la sostengo entre mis dedos índice y corazón. Intenta alcanzarme con su codo y me retiro sin quitarle la vista de encima. Estoy suficiente lejos como para que intente volver a por mí. Hago algo que sé que está mal y me acerco al cuerpo inerte del joven. Es una provocación en toda regla. Va a perder la razón, y cuando lo haga, perderá además la vida. Su reacción no se hace de rogar y viene directa hacia donde estoy sin protegerse lo más mínimo. El acero de mi mano izquierda vuela al lanzarlo y atraviesa su corazón con milimétrica precisión.

Limpio el sudor aún caliente de mi frente con el borde de mi camiseta negra de algodón. No parece que nadie más vaya a venir a por mí, pero nunca hay que fiarse de las apariencias. Me agacho haciéndome la distraída mientras dos mechones que se han soltado de la coleta se posan en mi cara. Oigo botas acercarse silenciosamente. No lo suficiente. Saco de la pantorrilla disimuladamente otra daga y una estrella de acero bastante letal. Al levantarme veo cuatro rostros sonrientes. Cuatro ramtors juntos. Estoy muerta.

Corro hacia el siguiente salto entre casas y me tiro sin pensarlo. Al caer tras la voltereta

pertinente noto que no ha sido tan perfecto como debería y que los nervios no serán mi mejor aliado en esta batalla. Los otros caen a la misma azotea y les oigo dividirse en parejas, seguramente coincidiendo con su media mitad. Una puerta me separa de las escaleras que me dan más margen de acción. La patada la hace volar por los aires y puedo oír mi propia respiración mientras alterno bajarlas corriendo y saltar por las barandillas. Tuerzo e irrumpo en una casa. Un ramtor me alcanza. Tira de mi coleta y me estrello contra un jarrón que estalla en mil pedazos. Se acerca y su cara encolerizada no me tranquiliza. Me pongo sobre mis piernas y le tiro el sofá para salir por la ventana hacia el balcón. Me cuelgo de la repisa de la ventana y voy mano sobre mano hacia el siguiente piso. Tiene la ventana cerrada. Cojo un cactus y lo estrello cubriéndome la cara. Otro de ellos acaba de entrar a ese apartamento. Me balanceo en la lámpara de araña de la casa y caigo con las piernas haciendo de tijera sobre su cuello. Me retuerzo con las manos en el suelo y oigo el crujir de haberme llevado una vida más por delante. Apoyo mi muñeca sobre el pomo para liberarme del peso muerto y mientras cojo una sola bocanada de aliento miro hacia ambos lados de la escalera. Oigo pasos del piso de abajo y veo que se han pasado el mío pensando que este me encontraría. Corro hacia arriba de nuevo pues los espacios reducidos con tres que quedan contra mí, y uno de ellos con ansias especiales de venganza por dejarle sin compañero, no son aconsejables.

En la azotea de nuevo el aire golpea mi cara refrescándola casi gélidamente. Un ramtor aparece de la nada y me golpea por la espalda. Caigo de bruces contra el suelo y si no me he roto la nariz ha quedado bastante poco. La sangre sabe a hierro, debo haberme partido el labio también.

No tardo en girarme y sacar del cinturón un látigo negro y una daga más grande. El primer lanzamiento es certero y el brazo con el que pensaba noquearme ha quedado invalidado por el trozo de cuero negro. Es rápido y no puedo clavarle el trozo de metal. Su pierna alcanza mi rodilla y me doblo durante unas milésimas de segundo. El suficiente. Dos de los tres que me perseguían están allí. Uno de ellos coge mi coleta pero está demasiado cerca del borde del edificio. Un movimiento amplio de muñeca y su mano no puede abarcarla. Me suelta. Pateo su estómago y cae a la nada. Alguien grita. El látigo que sostenía ya no alcanza al contrincante con cara de duro que tenía. Éste intenta sigiloso golpearme por atrás. He de girarme hacia ambos lados con rapidez para evaluar mi amenaza más inminente. El chico que se había quedado mirando al fondo de la calle donde ha debido de caer el otro joven, ahora está algo nervioso. Mira a su alrededor y su análisis fría de la situación denota que es una gran bomba a punto de explotar. Y yo no debo estar aquí cuando lo haga.

Intento que mis botas respondan a mi orden pero alguien me ha agarrado con fuerza del antebrazo, incluso parece que mi tatuaje vaya a traspasar la piel para protegerse. Miro a unos ojos negros que se achican al verse ganador. El de mi látigo, debo haberle soltado del todo. Le falta la sonrisa al muy imbécil. Intento estrangularle con la mano libre haciendo hincapié en su nuez con el anillo que llevo puesto. Afloja un poco y me atrevo a empezar a bailar mis pies pero un golpe seco con lo que parece un trozo de madera me hace caer de rodillas. El chico nervioso ahora parece triunfal. Veo al tercer persecutor que faltaba llegar hasta nosotros y, por muy buena que me considere peleando, creo que ha llegado mi hora. Son tres y claramente estoy en desventaja.

El ramtor de ojos azabaches levanta su puño para darme el puñetazo definitivo que separe mi cabeza de mi cuerpo. A un centímetro de rozar su nudillo con mi pestaña algo le hace saltar por los aires. Suena una granada. Corro. Miro por encima el hombro al doblar sobre una pared de hormigón. Un gran círculo de sangre coagulada. No parece nada serio. Miro hacia la escena. Alguna pareja de guardianes como yo debe haber llegado. No. Él no.



Sam Ramtor, pues todos los de su especie llevan el mismo apellido, está plantado delante del chico que queda. Me quedo mirando. Su contrincante, antes nervioso, ahora parece incrédulo. Es alto, no más que Sam. Es fuerte. Lleva gafas y su pelo potencialmente rubio parece fijado con gomina inquebrantable.

—¿Por qué no me has dejado matarla Sam? ¿De qué vas?

—A mí tampoco me cae bien —Se encoge de hombros. —Pero no vas a matarla

—Si, en realidad, vamos a hacerlo. —Una pareja de rubias ramtors salen de la nada mirando hacia mi dirección.

Salgo de mi escudo medio recuperada físicamente y caliente en el sitio mis piernas esperando a que alguien se decida a ir a por mí. Siento la energía de él aunque no debería hacerlo. Él parece sentirse más fuerte también. Alguien vuela por los aires y por la cantidad de cabello rubio que sigo viendo decido que era el chico.

Una de las gemelas se mantiene contra Sam mientras que la otra viene hacia a mí a pasos agigantados. Cojo una barra de acero del suelo porque no encuentro ningún arma de las mías a la vista y la golpeo en el hombro. No se echa hacia atrás. Su perfecta ejecución de la patada circular o tollyo chagui, me golpea la cabeza. El aturdimiento dura unos segundos y consigo hacer crujir su codo bajo un golpe con la rodilla. Parece dolorida.

Seguimos danzando entre golpes de artes marciales mientras el ruido de los ladrillos rompiéndose con el choque de los cuerpos nos hace compañía. Todos los combates parecen haber terminado ya menos el nuestro. El sabor a sangre y el dolor que me ha causado esta zorra barbie con su último rechazazo a mi abdomen me sugieren que he de ir concluyendo esta escena y conseguir deshacerme de ella, bien matándola, bien yéndome.

Miro la puerta abierta y pienso en irme hacia las escaleras, no me apetece otra persecución por los interiores, pero la realidad es que son tres ramtors y en cualquier momento a Sam podría darle por terminar su afán de que no muera. Le entiendo pero algún día tendrá que hacerlo. O yo a él. Es una larga historia y decido deshacerme de ella mientras sopeso mis opciones.

Oigo el sollozo de una mujer y las dos miramos hacia allí. Sam tiene cogida a la otra gemela con el brazo por su cuello apretándole la nuez. A su vez, tiene pinchada con la daga la otra muñeca de la chica para que no pueda ejercitarle el codazo en el estómago. No pelea nada mal.

—Vamos a dejarlo por hoy, Nancy —Chasquea la lengua fingiendo estar cansado. —No tengo por qué matarla, sólo...déjala

La tal Nancy, que ahora me parece mucho más frágil, me mira y se aparta de mí. Recoge a su hermana del suelo y le revisa la muñeca que Sam acaba de soltar llevándose su daga consigo.

Me sujeto con fuerza el abdomen intentando mitigar el dolor mientras bajo los primeros escalones. Una mirada me sigue. Lo noto. Al levantar mis pestañas le veo en el primer peldaño de la escalera.

—Algún día dejaré que te maten. Te lo mereces. —Su arrogancia me da asco. —Pero por el momento necesito que sigas viva. ¿Lo sabes no? ¿Me haces el favor de no dejar que te acorralen tan fácil y que no tenga que venir a salvarte? —No deja que responda, claro que no. —Gracias

—Eres un imbécil Sam. —Aunque lo digo no estoy segura de que me haya oído mientras salgo a la calle agotada de esta exhausta pelea.

## Capítulo 2

26 AÑOS ANTES...

Klugan

Una tormentosa noche de invierno, cuando la madrugada estaba a punto de tocar las puertas del cielo, un trueno estalló cerca del Templo del Silencio. Un guardián había nacido. Otro trueno. Otro guardián. Había llegado el momento de la unirlos.

Me levanto presuroso a ponerme la capa con capucha morada y deslizo mis manos a través de los guantes blancos. Estábamos de enhorabuena, pues dos almas inocentes y con energía de protectores, iban a unirse. Yo iba a unirlos.

Cojo el pomo de la puerta pesada de madera antigua que me mantiene aislado meditando hasta que se requieren mis servicios.

Algo ilumina el cielo en el momento exacto en el que salgo al patio. Un relámpago. Eso sólo podía significar una cosa, un ramtor acababa de pegar su primer grito en la vida. Espero unos segundos analizando el firmamento pensando en si otro más llegaría. No puedo más que implorar porque no sea así. Aunque la tregua del Templo del Silencio es milenaria, no me gusta asistir a uniones cuando estoy rodeado de personas en tensión, preparadas para atacar y con miradas que prometen venganza recalcando que aquello es sólo una tregua.

Algo allí arriba no está de acuerdo con mis deseos y otra gran descarga visual irrumpe. Otro ramtor.

Puesto que es inevitable, espero cabizbajo en el patio lluvioso y veo salir a otro templario de una puerta de roble cercana.

Su vestimenta granate y sus guantes negros delatan que será él quien hará la Unión de los ramtors.

—Klugan... —Su saludo me sorprende. Es como si él también tuviera la sensación de que algo está a punto de suceder.

—Krashio...

Entramos al gran edificio erigido en mármol. Los escalones repiquetean y, al terminarlos, llegamos a una fuente de oro donde, aunque nadie sabe cómo, nunca cesa de salir agua rosada.

A la derecha, dos matrimonios altivos sujetan a sus respectivos bebés. Los tatuajes a la vista en su cuello y sus muñecas con forma de dagas de media luna los identifica como la misión de mi compañero.

A la izquierda, dos matrimonios visiblemente felices acunan a sus recién nacidos con amor. Esos son. Esos son los pequeños que uniré para siempre.

Los hago acompañarme mientras pienso en el proceso.

La Unión, es un proceso milenario en el que, cuando dos guardianes o dos bebés ramtors nacen el mismo día, antes de que su alma se adhiera para siempre a su cuerpo, un templario habla en una lengua muerta explicando al cielo el beneficio de hacerse más fuerte...

En ese instante, una luz, azul si es guardián, roja si es ramtor, sale de sus cuerpecitos para unirse para unirse al de su compañero. Cuando se hace con éxito, el color se intensifica antes de volver a entrar y provocar el llanto de las criaturas, que ya están unidas, y se complementan para

siempre...

Invito a los progenitores a depositar los cuerpos en las fuentes preparadas al efecto. Llamo mi atención el pelo caoba rizado de una de las mujeres. Besa con dulzura a su pequeña. Empiezo el ritual y les inquiero los nombres.

—Richard. —Pronuncia con energía una bella dama con aire inglés

—Cassandra. —Susurra la mujer del pelo caoba ensanchando sus ojos verdes con orgullo

Las dos pequeñas luces tintinean en, el aire bajo mi atenta mirada. Hablo en una lengua antigua que apenas una docena conocemos

—*Y así, lo que no se puede hacer sólo, puede conseguirse unido. Unido por una forma diferente, ancestral y espiritual. En el que estas dos almas se alimentarán una de la otra, haciéndose más fuerte con la presencia del otro y debilitándose ante la pérdida de uno de ellos. Así, que queden unidos, por y para siempre.*

¡BUM! Un trueno, un relámpago...Unidos en el cielo. Una de las luces tintineantes se apaga y mis ojos están a punto de salirse de sus órbitas. El niño yace inerte. Se oyen chillidos en el exterior.

La luz restante, la luz de Cassandra, toma decisión propia y empieza a avanzar hasta la puerta. Nadie puede tocarla. Jamás ha ocurrido algo parecido.

Cuando llega hasta la fuente, en el punto exacto del epicentro del edificio, una luz roja corre hacia ella. Chocan. Inmediatamente desaparecen veloces y, lo último que veo tras correr hacia el cuerpo de Cassandra, es la luz, ahora bicolor, introducirse en ella. Y la Unión, se ha producido.

—¡Klugan! —Krashio me busca con un bebé en brazos y la cara desencajada. Nunca se vio antes a un templario temblar así. —Ha ocurrido algo, algo totalmente imposible.

—Sí, Krashio, lo he visto. —Me giro hacia el matrimonio de guardianes y el de ramtors que aún conservan a sus hijos. —La Unión se ha realizado. Sin precedentes, una guardiana y un ramtor, acaban de unir sus almas...

—¡Eso no puede ser! —Un hombre de facciones duras me agarra del cordel. —¡Haga algo!

—Yo no puedo hacer nada, el cielo ha hablado, y yo no soy nadie para contradecirlo. Cassandra y Sam tendrán que aprender a vivir con ello.

Me voy haciendo como si toda aquella situación me fuera indiferente, pero lo cierto es que, jamás había creído posible algo así, no hay precedentes que se conozcan. No hay textos antiguos que hablen de tal probabilidad. Quizá en el libro sagrado templario.... ¡No! El cielo ha hablado y yo no he de intervenir en buscarle explicación en lo que no la tiene. Simplemente es el designio del firmamento, y tendrán que vivir con ello, o morir.

Los golpes urgentes en la puerta de mis aposentos me sobresaltan. Desde ayer, tras la noche fatídica, sigo esperando que se desencadenen sucesos aún peores. Es como si el universo me hiciera presentirlo. Vuelven a tocar como si quisieran derribar la puerta. Puesto que ningún trueno ha sonado, cojo la pesada capa verde que llevamos los templarios en los días que salimos de nuestros aposentos.

—Krashio, ¿Qué ocurre? —Mi compañero tiene las manos temblorosas y los ojos cansados.

—Hemos de reunirnos, los otros ocho están aquí —Palidece— Se ha corrido la voz.

Entiendo de inmediato su nerviosismo. Los otros templarios, los ocho restantes, han venido para tomar decisiones. Pero nadie nos garantiza que, éstas, no sean hacernos responsables de lo ocurrido.

Entramos en la Sala del Silencio del Templo y el vacío de voces contrasta con todas las miradas que nos echamos unos a los otros. Rodeamos la mesa de piedra y nos sentamos poniendo,

a su vez, una mano sobre el hueco para ello tallado en la mesa. Todo se ve diferente cuando nos invade una neblina blanca y una voz, sale de la nada.

—Bienvenidos a la mesa de los templarios: Klugan, Krashio, Kendar, Kenneth, Kilian, Krishna, Kurt, Kira, Kali y Kepa.

La niebla desaparece para que nosotros deliberemos.

—Han de cesar las uniones. —dictamina Kenneth, templario escocés con su gran espesa melena roja y su nombre totalmente interiorizado. «El bien asentado»

—¿No bastaría con que no se produjeran al mismo tiempo las de guardianes y las de ramtors?  
—Propone Kepa impasible a los acontecimientos.

—No. —Kira, el templario ruso cuyo nombre significa «antorcha» intenta iluminar la situación.  
—No podríamos decidir a quienes unimos esa noche si vienen dos de cada uno. Y elegir... no es una opción. Las grandes casas aporrearían el templo.

Permanecemos varios minutos en silencio y, al cabo de otros tantos, damos por concluida la reunión. No habrá más uniones. No si no encontramos una solución.

—¡Esperad! —Aunque mi insensatez acabará por matarme, no puedo quedarme callado, y sí, esto es delatarme y confirmar que yo soy el actual custodio del libro sagrado y de ahí he sacado la información. —Las almas pueden contenerse con rubíes. —Me miran sopesando mis palabras. —Bastará con recubrir las dos habitaciones de cada templo destinadas a las uniones.

Todos y cada uno de los templarios asiente con la cabeza antes de marcharse.

Aún cuando ya lo han hecho, tengo la sensación de que alguien me mira negando con la cabeza como si hablar del libro, hubiera sido ofrecer mi vida en bandeja de plata.

Otra vez golpes en la dura madera que sirve de entrada a mi aislamiento. Otra vez voces de urgencia. Cojo la capa verde y dudo de si volveré a dormir. Al abrir, me encuentro a Krishna y me pregunto cómo es que no está en su templo.

—Ha ocurrido algo terrible amigo mío. —Su mano en mi hombro a modo de consuelo me hace temer lo peor.

Le acompaño corriendo por las calles del exterior donde la lluvia ha hecho estragos. Veo a lo lejos a otros dos de los míos también a paso veloz. No los distingo. Todos vamos vestidos de la misma forma.

Al llegar a la mansión de los Collins sé que algo está cambiando en los planes del universo. Abro la negra reja que debiera proteger el gran caserío blanco y atravieso distraído el hermoso jardín.

Empujo la puerta con suavidad. Los cuerpos inertes del señor y la señora Collins me reciben confirmando mis sospechas. En aquella casa, haya sido quien haya sido el asesino, solo ha dejado a una guardiana con vida, a Cassandra.

—¿Pueden haber sido los ramtors padres de Sam? —Krishna parece exponer sus propias dudas en alto.

—Lo dudo mucho. —Krashio, acaba de cruzar el umbral de la puerta salteando el precioso pelo caoba de la mujer. —Vengo de allí, ellos también están muertos. Sólo han dejado con vida a...

—Al bebé... —Termino su frase porque se me hace terroríficamente evidente, y aunque hacemos los pertinentes rituales de defunción, yo por lo menos, dudo de que algo vuelva a ser lo mismo.

### Capítulo 3

Cassandra

Llego al cuartel general tras una buena caminata que me ha servido para tomar aire y comprobar que ninguna de mis dolencias es grave.

—Collins. —Foc, el guardián jefe de este cuartel sale a recibirme a la escalera. —Con Cedric y Eric, portal 3. Se han detectado comportamientos sospechosos por la zona. Ellos te darán más detalles.

¡Genial! La ironía me puede. Me muelen a patadas y justo me toca custodiar un portal. Si nunca pasa nada, es como tirar una noche a la papelera. Me anima algo que Eric esté allí, pero Cedric me suele recordar a menudo que ellos se protegen mutuamente y que en caso de combate, no debo dejar que Eric se ponga en peligro intentando ayudarme.

Los portales apenas son visibles para los conocedores de ellos. Se trata de un punto exacto en el que se unen tres luces prácticamente imperceptibles que emanan de edificios que, según nos explican, fueron viviendas de seres de los otros mundos paralelos.

Llego a una plaza ancha y los veo sentados en el capó de un Seat negro, discreto, e incómodo para dormir. Alzo la mano como forma de saludo y cruzo para entrar en el SubWay de enfrente. Tener el estómago lleno estaría bien.

En el local, un hombre alto y con el pelo rubio blanquecino llama mi atención. Sigo el transcurso de su mirada y está se detiene en una mujer de mediana estatura que tiene varios libros sobre su regazo.

—Bienvenida a SubWay, ¿Qué desea? —La chica con gorra del establecimiento debe estar mirándome esperando una respuesta.

La dejo ahí, sin pedir nada. Atravieso la fila en contra de la marea de clientes cuando me doy cuenta de que, tras salir la mujer, el hombre la ha seguido. No es que preocuparme de la integridad física de la gente de a pie sea mi función, pero tampoco me quedaría tranquila conmigo misma sino compruebo si ha sido solo impresión mía.

Al salir a la calle que se va quedando solitaria por la hora, no me cuesta esfuerzo alguno hallar al sujeto. Me hago la distraída y cojo el móvil como si estuviera whatsappando mientras ando detrás de él. Al llegar a una esquina, me espero unos segundos para que no sea tan evidente. Cuando voy a doblar por el filo del muro veo que se ha detenido.

La mujer entra en su bonita casa de ladrillo cobrizo. Giro el cuello hacia el otro lado para ver si alguien ha caído en mi extraño comportamiento. Cuando vuelvo a mirar hacia la casa, el hombre ya no está.

Sintiéndome algo estúpida camino hacia el Seat de mi compañero que se queja, más en burla que otra cosa, de que haya tardado tanto y encima tenga que darme la mitad de su cena.

—No deberías hacerlo. —Cedric no se molesta en mirarme a la cara mientras sugiere que debería morirme de hambre por descuidada.

Me bajo del interior y me pongo a pasear por la plaza con Eric a varios pasos.

—No le hagas caso Cassandra. —Alza los hombros. —Ya sabes cómo es

—A mí tampoco me gusta que Fox nos trate como si fuéramos una especie de trío extraño. —

Estalla en carcajadas. —No te rías.

¡BIP-BIP! La alarma del coche de Eric timbra formando un escándalo. Me giro bruscamente en esa dirección. Alguien está peleando con Cedric y mi interlocutor ya está allí ayudándole. Otros dos aparecen en esa línea que alcanza mi visión y, ahora sí, los identifico como ramtors. Voy a ir hacia allí y una energía repentina me invade, incluso mis golpes anteriores se mitigan. Sam tiene que estar cerca.

Una patada inesperada en el estómago me hace chocar contra un muro al caer. Unos ojos color miel me miran muy de cerca.

—No te metas, Cas —Sam ha intentado convencerme de que me quede al margen, y encima acorta mi nombre, cosa que odio. —Esta vez, no voy a protegerte.

Le veo salir corriendo y empezar a pegarse con Cedric. Llegan los guardianes del portal 2, Ivy y Carol, a ayudarnos. Las gemelas, dos tíos y Sam contra nosotros cinco. Está equiparado.

Cedric grita tras un puñetazo en el hombro endosado por Sam; Eric le atesta un barrido con las piernas y Sam se sujeta sobre las muñecas dando una ágil voltereta. Eleva la pierna y yo le he visto pegar patadas ates. Es bastante dañino. Vamos perdiendo con él ahí, pero no debería ser así. Yo lo recargo a él, pero él me recarga a mí.

Le propino con la bota de cuero un golpe en la espina dorsal y cae de bruces. Se levanta y se gira. El puño alcanza mi hombro al tiempo que mi rodilla alcanza su costado. Me agarra el muslo y girando el brazo me como el suelo con los antebrazos colocados entre la acera y mi cara a tiempo. Me impulso hacia arriba con éstos y la punta de mi zapato golpea su mandíbula.

Aprovecho el espacio y me levanto. Quizá en este escenario está la “elite” de cada equipo. Peleamos a menudo y nunca muere nadie. Varios coches se detienen en la plaza y todos paramos de luchar. Nadie puede vernos. Nadie puede saber quiénes somos.

En este momento, en el que sé que se va a disolver todo esto, un Ferrari pasa a toda velocidad por la carretera contigua y vagamente, veo un pelo rubio platino ondearse por la ventanilla. Dobla por la esquina de la casa de ladrillos cobrizos. Quizá no sea, o quizá sí.

Echo a correr en esa dirección sin detenerme un instante a ver el final de la escena. La sangre bombea por mis venas con rapidez. El pulso se desboca cuando llego a dos puertas del caserón en cuestión y el coche que ha debido estar parado, hace rugir el motor para desaparecer por un callejón cercano. El instinto me hace seguir acercándome a la vivienda. La puerta está entreabierta.

Lo primero que veo es una mesita tirada sobre la alfombra de la entrada. Además, hay rota dos pasos más allá una lamparita y unas llaves están a su lado. Parece que no ha llegado a recoger nada. Más bien diría que estaba por entrar o por salir y alguien le ha impedido hacerlo con normalidad. Me desato del cinturón abdominal que llevamos escondido un arma de hoja afilada y fina empuñadura. Como no tengo linterna, y encender la luz me parece imprudente dadas las circunstancias, alumbro con el móvil poco a poco las zonas que voy examinando.

En el salón de la vivienda, antiguo y repleto de vajillas de porcelana, todo parece en orden, pero claro, dudo de que se haga mucha vida habitual allí. Subo por la escalera que lleva al segundo piso mientras intento no hacer crujir los escalones de madera bajo mi peso. Al llegar arriba una sombra sale de la nada y me sobresalta haciéndome tropezar y casi caer hacia el primer piso.

—¡SAM! ¿Se puede saber qué haces aquí? —Casi me da una taquicardia y sólo es el estúpido este que tengo como compañero de alma, muy a mi pesar.

—¡No! La pregunta no es esa, Cas... ¿Qué coño haces tú aquí asaltando una casa? ¿Y cómo se

te ocurre dejarme así plantado en una pelea?

—Mira...lo que yo haga o deje de ha.... —Un coche derrapando cerca de la entrada y apagando las luces para no llamar la atención, me ponen alerta. —Agáchate

Sorprendentemente sincronizados, andamos a cuclillas hacia la ventana más cercana para observar el exterior. Un hombre, de unos cuarenta años y pelo canoso estudia ambos lados de la calle como si no quisiera ser visto. Después, haciendo como que busca las llaves en su bolsillo se acerca a la entrada de la casa en la que estamos. Sam me mira como buscando una explicación que no tengo. Al darse cuenta de que la puerta está abierta, el hombre, saca de su bolsillo trasero una pistola ¡Mierda! Por muy superiores que seamos físicamente una bala es una bala.

—Corre, Cas —Una mano coge mi antebrazo y me hace ir tras de él. En una ventana de la parte posterior de la casa nos detenemos, literalmente, me tira por ella. Suena un disparo. Salta a los arbustos en los que yo he caído y él, al esperárselo, si ha caído con elegancia. —Que gracilidad para caer de bruces. —Se burla de mí, como siempre. —Escóndete.

Allí agachados solo puedo pensar en una cosa, dónde me he metido, si eso no tenía nada que ver ni conmigo ni con mi función de guardiana. Quizá sea una mafia o algo tan humano y corriente como peligroso. El hombre sale de la casa con varias cosas metidas en un saco y mira con una luz potente por las plantas más cercanas. Por suerte, un vecino ha oído el disparo y debe de haber llamado a la policía porque suenan sirenas y él no tiene más remedio que meterse en su Mercedes de alta gama y desaparecer.

Me levanto y me sacudo la ropa como bien puedo. Bip—Bip. Mi busca. No le doy tiempo a hablar sobre lo ocurrido porque ni si quiera tengo claro si me devolverá la palabra si lo intento. Y, además, si esto tiene algo de raro, y si, por un casual tuviera algo que ver con los portales, somos los guardianes los que tenemos que resolverlo, por mucho que les pese a los ramtors. Salgo disparada y agradezco que no decida seguirme.

Al llegar al cuartel presiento que algo es distinto, que algo no va bien, pero no estoy segura de lo que es. Un templario está saliendo del edificio mientras titubeo si subir. Y, eso, es extraño. Los templarios no hacen visitas así porque sí. Quizá mi intuición no ha sido tan mala y tiene algo que ver con esto.

Fox me pide explicaciones sobre mi ausencia en cuanto entro por la puerta, pero, por alguna razón, miento. Aseguro que seguí peleando con Sam en un callejón hasta hace unos minutos. Eric busca mi mirada y yo esquivo la suya. Necesito volver ahí, saber por qué se han llevado a esa mujer, por qué hay un tío con una pistola buscando algo en esa casa.

—Salid todos de mi despacho por favor, excepto tú, Cassandra —El rostro de mi jefe es severo y pensativo. —No es que esté de acuerdo al cien por cien con lo que te voy a pedir, pero no veo otra alternativa. —Mi cara debe ser un poema. —Necesito que vayas al Templo del Silencio. —Ese lugar no me gusta, la última vez que estuve allí, hacía veintiséis años, me unieron a un ramtor y esa misma noche asesinaron a mis padres. —Hay un asunto que se tiene que tratar y debemos mandar a...un representante. —Dudo de que, con todos los que somos, yo sea su mandataria de más confianza. —Sam estará allí.

## Capítulo 4

Cassandra

Bajando por la calle encharcada dejo que mis pensamientos fluyan en manada. Los recuerdos falsos del cariño que tuve que tener algún día de mis padres se agolpan tras mis ojos queriendo formar lágrimas que estoy acostumbrada a no dejar salir. Nunca he querido saber nada de Sam. A los cuatro años me informaron como quien cuenta un cuento de que estaba unida a alguien que no debería pero que sobreviviría y lucharía igual que todos, pero sola. No fue hasta mucho después que me di cuenta de las consecuencias de ello. Era más débil. La mitad de mi alma estaba siempre distante y no me recargaba de fuerza ni energía durante los combates. Al contrario, cuando el sufría heridas graves yo me sentía totalmente afligida por dentro. Quizá por eso fue creciendo mi odio por él en mi interior. Cada noche iba a entrenar para suplir la fuerza que supuestamente él tenía que darme. Cada noche me recordaba que él era el culpable de la muerte de mis padres.

Alguna vez, pensé que él tan sólo era un niño, pero sus padres no lo eran. Y ellos debieron asesinar a los míos. Nadie quiere hablar de esa noche. Nadie quiere confirmar ni desmentir mis sospechas. Los únicos que saben la verdad son los templarios, y ninguno de ellos va a decirme nada. Aunque, quizá, ahora que iba allí, podría intentar averiguarlo.

Al girar en una esquina siento una descarga eléctrica en la espina dorsal y un galope incesante en mi interior. Se detiene el efecto. Veo a Sam recostado sobre un coche negro esperándome. Se gira. Sé que el también lo ha sentido.

Entramos y aunque de normal nos empezáramos a pelear sabemos que no es el momento y que, además, está prohibido en el Templo. Nos sorprende ver a dos templarios de pie, justo delante de la fuente esperando nuestra llegada.

—Oh, estáis aquí. —Klugan nos saluda con la cabeza y se acerca hacia mí a paso pequeño, tomando posición justo al lado de mi costado. Veo que Krashio hace lo mismo con Sam. —Hemos de hablar de algo muy serio. Por aquí...

Nos guían a través de pasadizos llenos de polvo y letras antiguas marcadas en la pared. Las baldosas de piedra parece ser inestables cuando llegamos a una pronunciada escalera. Cogen ambos antorchas colgadas de la pared que resplandecen en la oscuridad del lugar. A lo lejos, oímos voces que parecen lamentos llamándonos.

—No hagáis caso, son cosas que se escapan de vuestro alcance. —El gesto de Krashio, que cierra la fila de la que Sam y yo somos presos, es severo y turbio. —Es aquí

Frente a un muro simple y grande de tierra ambos se ponen las capuchas y pronuncian palabras que no entendemos. Una luz blanca lo cubre todo como si fuera gas. Cuando podemos ver de nuevo con claridad, tenemos una habitación ante nosotros. Entramos y nos sentamos tal y como nos ordenan.

—Bueno, ¿por qué estamos aquí?. —Sam nunca destacó por su paciencia. Más bien arrogancia debería ser su apellido.

—Están muriendo muchos de los nuestros. —Anuncia Klugan

—¿De los suyos o de los míos? —Sam vuelve a intervenir mientras yo estudio el factor imposible de cómo se ha abierto esa puerta



—He dicho lo que quería decir, pequeño arrogante. —Levanta la mano en señal de que no está dispuesto a réplica. Y, aunque él no sea precisamente el más inteligente, no rebatiría a un templario así. —Los nuestros, ramtors y guardianes, que, os guste o no, sólo sois unos. —Esas palabras llaman mi atención y les miro interrogante. —Estamos observando como las últimas uniones de ambos lados, no se producen. No sabemos por qué pero alguien está haciendo que uno de los dos que se tiene que unir muera. Nadie quiere traer a sus bebés para las uniones, pero tampoco es recomendable que se dejen de hacer sin más. —Voy a abrir la boca para dar mi opinión cuando él sigue. —Y no, no son los ramtors los que matan a los guardianes, ni al revés. Esto es grave e insólito. Al principio pensábamos que podía ser cosas de ambos clanes, pero las dimensiones de esto están sobrepasando lo esperado. Es por ello que estáis aquí.

—¿Qué se necesita de nosotros? —No quiero que muera nadie más y tampoco deseo que por accidentes como esos alguien que no se lo merezca se una a un ramtor como me pasó a mí.

—Dirás de ti, muñeca. Yo no pienso hacer nada. —Sam había sentenciado su opinión

—Aquí da igual lo que vosotros queráis o no, hijo mío, es algo superior y han sido vuestros propios clanes quienes han visto bien que, puesto que estáis unidos, seáis los que trabajen juntos de cada clan, para a su vez trabajar con nosotros y descubrir qué está pasando.

Nos hacen salir de la habitación sin más explicación, nos invitan a ir arriba para poder hablar sobre el tema. Yo qué he hecho para merecer esto.

—¿Tenías que comportarte así incluso delante de los templarios? —Le interrogo mientras le golpeo en el estómago con el puño

—Yo no me comporto de ninguna manera. Soy así

—Pues ese es el problema —La piedra retumba ante mi grito mientras le doy una patada en el muslo

Algo cruje bajo mis pies e inmediatamente se empieza a caer el suelo de piedra. Corremos ascendiendo pero una nube blanca empieza a inundarlo todo. A penas puedo ver. Algo está saliendo de las paredes y parece de la textura de las patas de un tentáculo. Vemos la luz de la puerta entreabierta y seguimos corriendo. Algo sujeta mi tobillo y tira de mí para llevarme hacia lo que ahora solo reconozco como oscuridad.

—¡Sam! —Grito porque nadie más que él va a oírme aquí abajo

Se gira y yo ya estoy sujeta al borde del abismo solo por la punta de la yema de mis dedos. ¿Por qué se ha tenido que caer el suelo? Resbala mi pulso y voy a caer. Una mano fuerte me sujeta y me alza hacia arriba de nuevo. Huelo a menta fresca y eucalipto cuando choco con el suéter negro de Sam. No suelta mi antebrazo y a duras penas, conseguimos llegar a la puerta y cerrar tras nosotros para no ver a esa cosa que quería matarme.

—Está prohibido pelearse en el templo. —¿Por dónde han llegado estos dos arriba? —Y el templo se rebela si lo contrariáis. —Respiro a bocanadas grandes el aire que me falta y contengo la furia desconocida de mi interior de decirles que encima que me hacen venir me quieren matar por un simple puñetazo. —A partir de ahora, y hasta que podamos reunirnos de nuevo con nuestros hermanos templarios para comunicarles vuestra colaboración, debéis estar juntos las veinticuatro horas del día

—Usted se fuma algo. —Un bloque de piedra sale de la nada y le da en las piernas a Sam que cae contrariado al suelo.

—¿Todo el tiempo, templario Klugan? —Intento que me libere del yugo que acaba de poner sobre mi garganta

—Eso he dicho. Va a ser más difícil de lo esperado que atendáis las órdenes. No quisiera

decirles a vuestros respectivos líderes que no solo no habéis sido capaces de ayudarnos sino que además sois causantes de la ruptura de los templarios con ambos clanes. —Eso nos hace callar a los dos y asentir con la cabeza. Estaríamos muertos si llega a pasar algo así. —Os haremos saber cuándo tenéis que venir. Tomad éstos buscas. Sólo podéis comunicaros entre vosotros con ellos. Y nosotros, con ambos.

Al salir a la calle, tengo claro que él no querrá estar pegado a mí hasta que se nos requiera de nuevo. Tampoco parece factible que se nos vaya a dejar patrullar con normalidad con los nuestros. Por lo tanto, es como tener día libre. Me adelanto a sus pensamientos puesto que puede ser el momento indicado para poder volver a esa casa y averiguar un poco más sobre la extraña situación que rodeó todo el suceso.

—Bueno, si te llega algo de ellos al busca, me llamas y vengo, y viceversa ¿De acuerdo? — Sus cejas se alzan por la sorpresa y la confusión

—¿Tienes a tu novio esperándote, princesa? —Se burla

—Puede ser —Su mandíbula se cuadra por el corte y yo me voy ágil para que no pueda seguirme. Aunque sé que no lo hará.

La gran casa queda unas cuantas manzanas y tengo que parar en varios sitios antes. Una tienda llama “Grops Black” es el sitio que necesito. Escondida en mitad del bullicio la tienda está creada para los amantes del negro. Sus puertas son unas cortinas metálicas con calaveras en negro. En su interior, un chico no mucho más mayor que yo es el que atiende. Va entero vestido de cuero, pero no del elegante y ceñido que podemos llevar nosotros, no. Él lleva chalecos y el negro es teñido de clavos y destellos de color plateado que te hace preguntarte de qué grupo de heavy será fan.

Escojo entre todo, unas mallas negras y un jersey del mismo color. Añado una cazadora con capucha de tela opaca. Unos guantes también azabaches de lino y una bolsa de tela que se dobla a la perfección para caber entre el dobladillo del pantalón y la cintura, cierran mi vestuario.

Le pregunto si puedo usar el aseo para cambiarme y así lo hago intentando no tocar nada por seguridad higiénica. Tras ello, y viendo que le pone de mal carácter que además le pida una bolsa para llevar mi antigua vestimenta, le dejo una buena propina y salgo de allí.

A pocos metros de allí se encuentra la estación de autobús más cercana. Al entrar, me hago la distraída durante un rato mirando los carteles que indican las entradas y las salidas. Como nadie ha reparado en mi presencia, voy hacia varios estantes a preguntar por billetes de autobús. Al final, me decido por el que tiene la hora de salida más tardía, aunque no me fijo en el destino. Total, no pienso cogerlo.

Cuando un bullicio de gente va hacia la salida puesto que acaban de bajar de un transporte turístico, aprovecho para alquilar una taquilla para dejar las cosas que no me llevaré al supuesto viaje. En la caja metálica dejo todo lo que no quiero llevarme a la investigación. Dejo mi antigua ropa, el busca del clan y el billete de autobús. Me cuesta más dejar mi móvil, pero al final, lo hago.

Cuando he terminado y cierro metiéndome la llave en una cadena que llevo alrededor del cuello, miro hacia ambos lados. Sigue sin mirarme nadie. Voy hacia otro pasillo y elijo la taquilla 101, esa siempre la tienen alquilada los guardianes con combinación en vez de llave para que cualquier guardián que necesite un arma pueda encontrarla. Sé que no debería cogerlas para uso personal, pero podría ser peligroso. Cojo la bolsa de deporte negra y en una esquina saco todo lo que puedo llevar bajo la ropa sin que haga bulto. Después, vuelvo a dejarla donde estaba y salgo de allí.

Ya cerca de la casa, noto que mis músculos están entumecidos por el frío y que no me siento cómoda y ágil. Entro por ello en el Subway y pido un bocadillo que no me voy a comer. Me siento un rato en la mesa de la esquina más cercana a los aseos y cuando ha cambiado la gente que estaba pidiendo, entro al baño. Allí no hay nadie. Del sostén saco un palo metálico de las dimensiones de un bolígrafo que tras activarlo se convierte en una larga barra metálica de las dimensiones de mi cuerpo. Atranco la puerta con ella y me destenso.

Empiezo a hacer girar mis piernas al compás de patadas alternas, también lanzo puñetazos al aire para calentar. Cuando una fina capa de sudor cubre mi frente la limpio con el dorso y estoy lista para salir.

El aire de la calle ahora parece gélido contra mi piel. Me deslizo pegada a los muros hasta que veo la casa. Puesto que la de al lado parece inhabitada también y, además, se ha dejado una ventana abierta, me encaramo a ella y entro en el interior. Inspecciono las habitaciones y doy en el desván con un telescopio. Lo monto en la habitación que da a la casa que me interesa y me siento a esperar. Un ruido en la plata baja me pone en alerta.

## Capítulo 5

Sam

Entro en la casa con sumo cuidado y contengo la respiración en ocasiones al doblar las esquinas de las estancias para evitar ser oído. Siento que Cassandra está aquí dentro, pero a saber si está sola o si está el tío de la pistola apuntándole la nuca.

El salón da a la escalera del segundo piso, voy ascendiendo intentado no hacer crujir los escalones e intento enfocar lo máximo que puedo mi mirada en la oscuridad. Ya casi veo el descansillo de la siguiente planta y echo una mano hacia atrás para sacarme una daga de tamaño medio y forma de media luna. Si hay que degollar a alguien, viene bien. Cuando estoy abandonando el caracol ascendente, un ruido en la planta baja me hace ponerme en alerta. Mierda. Me muevo sigiloso en la oscuridad y encuentro a Cas en forma defensiva con un arma apuntando a la puerta por la que entro.

—Lo tuyo de colarse en casa ya es vicio. —Hasta ha montado un telescopio, se le ha ido la cabeza.

—Oh, cállate Sam. ¿Qué haces aquí otra vez? —Parece muy molesta con mi aparición.

—Eso lo he preguntado yo, muñeca.

Los ruidos de la planta baja se hacen incesantes y quien fuera empieza a subir hacia nosotros. Nos metemos en el armario con las armas en la mano y miramos entre las rejillas que dan al exterior. Miro a mi acompañante y parece orgullosa. Le pego un codazo y cuando me mira la interrogo con los ojos.

—¿Qué? Sabía que había algo raro en todo esto. —Susurra y yo tengo que poner los ojos en blanco

—Sólo me traes problemas. —Susurro yo también pero mi voz suena bastante más severa

—Eres tú el que me persigue... —Le tapo la boca con la mano que tengo libre al ver entrar a un hombre de mediana edad con una gabardina y un sombrero de color marrón.

El hombre que entra en la habitación inspecciona la habitación recorriéndola con la mirada, pero en realidad, no se mueve. Es como si supiera que algo raro sucede allí. Al cabo de unos minutos, que se hacen eternos, saca de su bolsillo un móvil y marca

—Sí, jefe. —Pausa— Ya estoy en la casa, desde aquí podré vigilar bien si alguien entra en la casa de Helene. —Otra pausa. —Quizá quien estuviera en la casa aquella noche solo era un vecino curioso. Sí, si no lo fuera, lo mataré.

La loca que tengo a mi lado me muerde la mano y no grito para no llamar la atención de quien se ha sentado en el sillón y ha empezado a mirar por la ventana. Le lanzo una mirada de advertencia pues lo único que tengo en mente es matarla por lo que acaba de hacer. Medito sobre qué hacer.

BIP-BIP. El busca de los templarios que llevo en el cinturón elástico que cruza mis abdominales, pita y nos quita el factor sorpresa. El sospechoso se dirige al armario y busca en su cinturón un arma. No hay tiempo.

Pego una patada desde dentro y las múltiples astillas que salen por el espacio le desconciertan. Le pego un puñetazo en la nariz que empieza automáticamente a sangrar. El individuo se defiende.

Cas permanece al margen en la esquina de la habitación bastante pensativa. La miro y veo algo extraño en su rostro. Su mente debe estar haciendo cavilaciones que no entiendo y se muerde el labio inferior mientras pasea nerviosa sus dedos por las mangas del jersey. Como no sé exactamente qué hacer pongo rígida mi mano abierta y le propino fuertemente en el hombro un golpe seco que hace que se quede, temporalmente, inconsciente.

Lo levanto y lo siento en la silla que Cas debió preparar para vigilar la casa. Busco en el armario donde nos escondíamos algo para atar sus muñecas y acabo utilizando un cinturón. Una bufanda me sirve para vendar sus ojos y un esparadrapo sella su boca.

Cuando lo tengo todo bien hilado quiero hablar con ella y preguntarle por todo este argumento que no tiene ni pies ni cabeza, pero ya no está. ¿Dónde se ha metido? La encuentro enseguida rebuscando en los cajones de lo que parece un despacho

—¿Qué haces? ¡Tenemos que irnos!

—No, necesito saber más. Necesito saber por qué se han llevado a esa mujer. —Hace un rato que los templarios nos han solicitado, deberíamos estar yendo hacia allí sin demora alguna. — Sam, vete si quieres. Ahora te alcanzo

—Ufff. —No tengo más remedio que esperarla porque no puedo llegar sin ella al templo. — ¿Qué buscamos exactamente?

—Algo que la haga objetivo de algo peligroso. Mafias. Trata de blancas. No sé

Pongo los ojos en blanco puesto que esto no tiene nada que ver conmigo, ni mi misión. Odio a Cassandra por muchas razones, pero ahora tengo que sumar una más a mi lista: Me hace perder el tiempo.

Hago como que ojeo cuadernos y dossiers pero solo paseo mis manos por encima de las cubiertas. Sin esperarlo, algo llama mi atención. Un cajón con llave pasaría inadvertido para muchas clases de personas, pero no para un raptor. Veo que sobresale un pequeño trozo de madera del mismo color por el fondo del cajón. Un doble fondo. Me asomo por el marco de la ventana y veo que Cas sigue rebuscando en la habitación de antes. Su pelo negro despeinado ahora me impide ver su rostro pero no parece estar mirándome. Aprovecho y entorno la puerta. Saco mi daga de media luna y la incrusto en la cerradura. Salta por los aires el trozo de metal. Lo cojo al vuelo para evitar que haga ruido al caer, por alguna razón sospecho que lo que voy a encontrar no me gusta. Un único dossier se encuentra en el interior. Mis dedos pasean por la primera página y veo el boceto del cuerpo de un hombre, en él, lleva tatuajes raptors. Saco rápidamente la carpeta y la meto dentro de la chaqueta de cuero cerrando la cremallera tras ello.

—¿Has encontrado algo? —La voz me sobresalta por la espalda pero mi rostro es gélido cuando me giro. —¿Sam? ¿Me estás escuchando o siempre tienes que estar alterándome?

—Aquí no hay nada. Vámonos

La cojo del brazo y la empujo hacia las escaleras. Intenta revolverse pero ejerzo mayor presión con mis dedos casi aprisionando por entero su carne. Me mira con ojos confusos y yo evado su mirada. Estamos fuera de la casa en unos segundos.

—Quédate aquí. —La hago agazaparse en un arbusto cercano. —Me he dejado una cosa dentro

Subo de dos en dos hasta el piso de arriba y encuentro la silla sin dudarlo. No es lo más ortodoxo pero no lo pienso. Saco la daga y atravieso el cuello decapitando al sospechoso. Quizá era un inocente. Pero lo dudo. Hago un barrido rápido y elijo una manta gruesa para liar el cuerpo. Lo cargo y me parece liviano aunque debe pesar noventa kilos mínimo. Lo llevo hasta el salón y encuentro un pequeño sótano que el dueño de la casa debía usar de despensa. Lo encierro allí y desplazo el sofá de modo que tapie la puerta. Si alguien que no busque a este tío entra no

sospechará nada.

Voy a salir de nuevo pero decido no dejar en la entrada ninguno de los manojos de llaves colgantes que distribuyo en mis bolsillos. Cas sorprendentemente se ha quedado quieta. Sin hablarnos sabemos que vamos tarde al sitio en el que realmente debemos estar. Empezamos a correr por las calles sincronizándonos sin pestañear. Nunca había corrido con ella en vez de contra ella. Es rápida y ágil.

Al llegar al edificio me quedo unos pasos por detrás. Dos templarios se despiden de un tercero. Reconozco a Krashio. Es el que tenía que haber llevado a cabo mi unión. Quizá por eso siento que debo de hacerle caso. Es la última persona que vio con vida a mis padres.

Le deben indicar algo mientras estoy ensimismado en mis pensamientos sobre la carpeta y al poco tiempo llega hasta mí

—Tenemos que ir a otro templo, uno que está más al norte. Nos han enviado la ubicación al busca. Tenemos tres días para ir hasta allí. Un templario nos estará esperando para darnos instrucciones

Empieza a andar hacia la estación de autobuses y decido aprovechar su inercia de ir hacia adelante para huir por una calle cercana. Quiero ver la carpeta sin ella delante, solo lleva el símbolo de mi clan y me siento fiel a mis líderes. Ella podrá estar muy unida a mí por la dichosa unión pero no deja de ser una guardiana y no quiero darle información que acabe por dejarnos en evidencia.

Siento una pequeña descarga en la espalda y sé que se ha dado cuenta de que no estoy siguiéndola. Corre por los callejones y la lluvia ha decidido acompañarnos en este vaivén. Estoy a punto de llegar a uno de los cuarteles del clan y acelero cuando escucho un golpe contra un charco. Alguien ha saltado sobre Cas y ella, va perdiendo.

## Capítulo 6

Cassandra

El estúpido de Sam me ha dado esquinazo en algún callejón. Iba inmersa en el viaje que nos habían encomendado y, de repente, no estaba. Le busco siguiendo plenamente mi instinto y la energía que siento en cada momento. Se pone a llover. Perfecto. Desando mis pasos hasta que un callejón estrecho llama mi atención. Si no me equivoco lleva a un cuartel ramtor, pero no estoy segura.

Medito unos instantes mi proceder puesto que, si estoy en lo cierto, debe haber muchos ramtors por aquí. Quizá podría esperarle en la estación a que él venga cuando termine lo que es tan definitivamente importante. Luego me acusa a mí de hacer cosas extrañas.

Voy a darme la vuelta cuando un cosquilleo atraviesa mi espalda. Sam está cerca. Alguien me golpea por la espalda con una barra metálica y caigo contra el pavimento sin previo aviso. Consigo girarme y ver a mi atacante, parece mayor. Unos cuarenta años diría que tiene; Sus tatuajes ramtors sobresalen por el filo de la camiseta y, en su determinación reconozco liderazgo. No es un ramtor raso, es algún tipo de líder. Me golpea con el puño en la cara y voy claramente en desventaja.

Me tiene inmovilizada por las piernas y la barra metálica asfixia mi pecho e intento pensar algún tipo de estrategia. Desvío mi mirada por los alrededores más cercanos y localizo una botella de vidrio que alguna persona de mala vida ha debido dejar por ahí. Escupo a mi adversario para que afloje la tensión de su arma y poder liberar una de mis manos. Funciona, pero antes de que pueda alcanzar mi objetivo vuelve a golpearme con una especie de látigo de tres cuerdas. Voy a caer de nuevo de bruces cuando dos fuertes brazos me sujetan. Me deshago de la cuerda y me fijo en la cara severa de Sam.

Se vuelve sobre mí atacante que parece contrariado la aparición de Sam. Veo que se miran cavilando explicaciones y respuestas.

Lo anula sacando una daga de media luna al mismo tiempo que cae una carpeta que debía llevar dentro de su chaqueta.

—Me encantaría, pero no puedo dejar que la mates.

Sé que está hablando de mí pero yo no puedo dejar de fijarme en el dossier. Tiene que haberlo cogido de la casa, es absurdo pensar lo contrario. Miro los ojos de mi media mitad y sé dos cosas. La primera, tengo razón, la carpeta la ha encontrado y se la ha guardado para sí. La segunda, dada la posición del otro ramtor la conversación va a demorarse unos minutos. Lo decido, corro y me tiro aprovechando lo resbaladizo del suelo hasta coger la carpeta. Me levanto rauda y corro veloz sin dirección exacta. Va a seguirme en cuanto pueda y yo necesito un minuto para recomponerme y leer. Paso cerca de mi cuartel y lo descarto. Todo lo que entre ahí referido a guardianes o ramtors pasan a menos de jefes. Quizá ni pueda ver una vez la información que ese idiota ha conseguido gracias a mi intuición. Así que me dirijo todo lo rápido que puedo al único sitio donde, por lo visto, no está permitido pelearse. Cuando la fuente dorada de agua rosada me da la bienvenida, me siento. Estoy exhausta.

—Dame eso, Cas. —Nos miramos fijamente. —No te pertenece

—Yo era la que quería registrar la casa. —Me pongo en pie sin intención de pelear pero tampoco de devolverle mi dossier. —Te recuerdo que me mirabas como si estuviera loca.

—Sólo lleva símbolos de ramtor. —Avanza un solo paso firme hacia mí. —Si fuera de guardianes yo te la daría

—Sabes que no lo harías

Me preparo para recibir un ataque inmediato. Unos aplausos me confunden y miro hacia atrás. Cedric.

—Que bien que por fin trabajes con tu compañero. —Su animadversión en este momento me produce frustración. —Eric siempre dice que no te gusta ni verle. Me alegro de que eso haya cambiado, quizá así no estés siempre pegada a mi media mitad. —Señala con golpe de voz el posesivo determinante como si quisiera dejar clara su posición al respecto. —¿Y ese dossier?

—No es mío. —Reacciono sin pensar y la extiendo hacia Sam que la acoge sorprendido por la situación. —Se empieza a marchar. —Saluda a Eric de mi parte, seguro que se alegra.

Lo veo irse con gesto contrariado. Siempre tan oportuno este chico. Andamos en silencio hacia la estación, esta vez de tren. Quizá los dos estemos de acuerdo en que ya hemos perdido suficiente tiempo puesto que sólo tenemos tres días para llegar hasta el otro templo.

La copiosa manta de agua no nos detiene. Ni siquiera nos inmutamos mientras la gente corriente se da prisa y hace escándalo por cubrirse. Recuerdo al tipo de la gran casa, dijo que vigilaría la casa de Helene. ¿Quién sería aquella mujer que había salido de un Subway y había sido, probablemente, raptada?

¿Y por qué tengo esta necesidad imperiosa de conocer más sobre ella? Volver a la casa parece improbable por el momento, mejor centrarnos en el viaje que nos espera. La estación está bastante concurrida y tengo que sortear varias personas que parecen tan inmersas en la felicidad de sus vacaciones que no son conscientes del deber de cuidado al andar. A mi espalda no siento a Sam y voy hacia la taquilla, de nuevo, número, alguien además de armas ha dejado ropa seca tanto de hombre como de mujer. Recuerdo que mi móvil está en la taquilla de la estación de autobuses. Mierda. Si otro guardián lo ve sabrá que he cogido armas para uso personal y, eso, puede suponer un problema.

—Salimos en media hora. —Me sobresalto con su voz impetuosa sorprendiéndome.

—¿Tienes dinero? —No me ando con rodeos con Sam, por lo que conozco, es mejor así.

—¿Cómo crees que he comprado los billetes? —Extiendo la mano hacia él para que me dé. Es como una orden con la que intento eludir una conversación incómoda. —¿No llevas dinero? ¿Tarjeta? —Parece incrédulo. —¿Y por qué se supone que tengo yo que pagarte lo que sea que te apetezca?

—Te lo devolveré. —Me pego a él y le meto la mano en el bolsillo del pantalón para retirarle la cartera, y de ésta, la tarjeta de crédito.

No pone demasiada resistencia y me sigue de cerca. Al acercarme a la ventanilla de una venta de teléfonos intento que no me oiga. Marco con mi nuevo móvil el número de uno de mis pocos aliados y espero mientras un acompañante resopla.

—Eric, oye no tengo mucho tiempo así que déjame habar a mí. —Oigo el aviso para los pasajeros de mi vagón. —Necesito que vayas a nuestra taquilla. Sí, de ese sitio. Cojo todo lo que haya mío, incluido mi móvil. Y sí, haz como que no sabes nada de quién se ha llevado las armas. No tengo tiempo de explicarte nada más. —Le escucho decirme lo mal que le parece tanto secretismo. Me recuerda que siempre me cubre. Y me obliga a que me cuide. —Cuidate tú también.



Al colgar y subirme al tren me dejo caer en el asiento mientras que la gran maquinaria hace su función y nos saca de nuestra zona de confort. Me cambio con la vestimenta que encontré en el cubículo de mi cuartel: Un pantalón de cuero medio elástico negro; Una camiseta interior negra de tamaño estándar y una chaqueta del mismo color. La camiseta aprieta con suavidad mi pecho que se sale un poco de las medidas estándar. Anoto mentalmente comprar una cuando llegemos al sitio de destino, pero caigo en que, con las prisas de borrar las pistas de mis actividades encubiertas, he omitido pedirle que me enviase dinero.

Salgo del incómodo y minúsculo espacio destinado al aseo y vuelvo a mi asiento. Miro por la ventanilla el verde y mojado paisaje.

—¿Quién es Eric? —Levanto sorprendida la mirada y Sam, no me está mirando. Está inmerso en buscar algo en una mochila que ha debido coger en la estación. No lo había pensado pero parece lógico que si los guardianes guardamos objetos, armas y demás enseres necesarios por puntos estratégicos de la ciudad, los ramtors también lo hagan. —En realidad, sé quién es, la pregunta es otra. ¿Por qué si su compañero te odia sois tan amigos?

—Aunque te parezca increíble hay gente a la que le caigo bien. —Pienso en Cedric y nuestro inesperado encuentro en el templo. Recuerdo automáticamente la carpeta. —Déjame verla

—No. —Sabe perfectamente a qué me refiero y, aunque intentaría apoderarme de ella no la tiene a la vista. Ya habrá ocasión. —Sigues sin llevar dinero... —Es una observación aunque noto jocosidad en su voz. —Podrías haber usado tu llamada para algo más útil.

—Puedes dejar de meterte en lo que no te...

Algo estalla en el vagón contiguo. Un ataque. Gritos. Demasiada casualidad. Cojo el hacha de incendios y rompo la ventana que produce un estridente sonido. No dudo y sé que él tampoco lo hará. Caemos con una voltereta en el césped y corremos sin detenernos bosque adentro. El tren se ha detenido de forma forzosa y uno de los vagones arde.

—Me parece altamente sospechoso que se dé un ataque terrorista en el tren que vamos. ¿Qué opinas, Cas?

—No lo sé, camina Sam. —Sentencio. —Quedan menos de dos días para tener que llegar y, ahora, tendremos que buscar nuevo transporte. —Voy elevando la voz. —Y por si no lo has notado estamos en medio de la nada.

—No sabía que los guardianes fuerais tan llorones. —Siempre esa capacidad suya de burlarse de cada situación por seria que sea.

Las hojas resbaladizas, ahora que ha cesado el goteo, son tan incómodas. Mi imaginación vuela de nuevo hasta Helene, y, a pesar de no poder, todavía, leer lo obtenido en su casa, me siento satisfecha. Mi intuición no ha fallado. Había algo raro en todo aquello. Aún así, eso no explica mi ansiedad por el hombre del pelo platino. Posiblemente es el jefe de los tíos con pistolas, pero, había algo en él que me resultaba atrayente, no de forma física, sino una intriga creciente de mi voluntad de saber.

A lo lejos se ven luces y eso lleva aparejado el concepto de gente. Por fin. Sigo a Sam que también parece pensativo. En mitad del pueblo se para y mira a ambos lados.

—Toma. —Extiende un billete de quinientos hacia mí. —Compra lo que necesites. Entre otras cosas, un reloj. En dos horas aquí. Voy a buscar nuestro nuevo medio de transporte.

Paseo tranquilamente por las calles, como si no tenerlo cerca despejara mi mente. Algunas personas pasan a mi lado y me miran de forma interrogante. Toda de negro y con el pelo mojado debo tener un aspecto extraño.

Entro en una pequeña boutique y me compro vestimenta diversa para varios días, aunque la

mayoría son pantalones y camisetas con los que me sentiría a gusto corriendo y que permitan esconder armas. No olvido el reloj que me ha recalado y programo una alarma mientras lo coloco en mi muñeca.

—Perdone. —Pregunto antes de salir cargada con una bolsa de tela recién estrenada. —¿Hay alguna pensión por aquí?

Me indica una dirección y decido que ya que me ha dado tal cantidad de dinero, puedo permitirme una buena comida y un baño caliente antes de salir. Pienso en el billete y me pregunto de cuánto será la paga profesional de los ramtors. En teoría, este año, debería ser baja puesto que somos los guardianes los que custodiamos los portales. Bueno, al menos uno de los dos lleva dinero. Maldigo mi mala memoria en ese aspecto.

Cuando el chorro de agua caliente toca mi piel me evado por unos largos minutos de mi absurda realidad. Olvido que soy una guardiana unida a un ramtor sarcástico. Olvido que mis padres fueron asesinados. Olvido el misterio de Helene. Y, aunque lo intento, lo único que no puedo olvidar, es el movimiento interno a modo de palpitación, bajo la piel, del tatuaje de mi espalda. La espada que representa mi condición de guardiana.

## Capítulo 7

Cassandra

Me acerco al hotel más cercano y reservo una suite, aunque sea para pocas horas, prefiero la comodidad. Pido comida abundante que me trae una chica con varios encantos, acentuados al verme, a la habitación.

Me cambio con la ropa de la estación de tren y ya estoy listo. Utilizo el teléfono del hotel y alquilo un coche que dejaran debidamente aparcado en el sitio donde me despedí de Cas. Conduciendo va a ser la forma más rápida y segura de llegar hasta el otro templo.

Dejo caer mi cuerpo sobre la gran cómoda tras quitarme la camiseta y dejarla estirada sobre una silla. Antes de que pueda darme cuenta, caigo en un profundo sueño.

Un ruido impertinente me saca de mi dulce bienestar. BIP-BIP, mi busca. Miro el reloj perezosamente y veo que han pasado más de dos horas. Debe ser Cas, siempre interrumpiendo mi calma. Cubro mi atlético torso con el suéter negro y tapo con ello mis múltiples tatuajes, el más significativo, un gran basilisco.

Al salir a la calle, ya no llueve, pero el frío y el viento hacen eco de presencia. Voy tranquilamente al punto de encuentro. Estiro los brazos dejándolos caer al lado del cuerpo y balanceándolos con suavidad hacia adelante y hacia atrás.

—¿Se puede saber por qué siempre tienes que sacarme de mis casillas? —Cas me recibe junto al mercedes que he alquilado. —¿Me dices que me compre un reloj para llegar una hora tarde?

—Me he dormido. —No me molesto en cabrearla. El viaje se está haciendo largo y cansado. —No volverá a pasar. —Abro el coche y eleva sus cejas interrogándome. Me encojo de hombros y subo al vehículo por el asiento del conductor.

Al volante, y yendo en silencio, recupero la normalidad. Las autopistas nos reciben libres de coches. Al menos parece que algo nos sale bien y nos ayudará a llegar a tiempo. No es mi intención cabrear al templario que esté esperándonos.

Mis pensamientos en el silencio del coche se van a un tiempo muy lejano que ni si quiera viví. Imagino cómo serían mis padres. Me pregunto por qué quien fuese decidió matarles, no lo hizo conmigo. También me cuestiono cómo verían ellos mi colaboración con Cas. Es cierto que es una orden de los templarios y que, según lo que me han contado sobre ellos, eran rectos y orgullosos y eso me lleva a determinar que querrían que hiciera exactamente lo que me hubieran encomendado. Recuerdo mi conversación con Gorka, el ramtor que tenía aprisionada a Cas, con su barra metálica, contra el pavimento. Me advirtió que, en algún momento, Cassandra morirá y que, probablemente lo hiciera a manos de un ramtor. También señaló que, llegados a ese punto, esperaba que lo aceptara como lo que era, el asesinato en combate de un miembro del otro bando. Dada mi valía en el cuartel, todos me solían perdonar el hecho de que no dejase que la derrotaran, pero en algún momento, tendría que dejar de hacerlo.

Había sopesado alguna vez la posibilidad de ser yo mismo quien lo hiciera. Por venganza. Por culpa de sus padres murieron los míos y, como ramtor que soy, me considero orgulloso y algo vengativo. Aunque por ahora no ha llegado el momento. La necesito entera cuando lucho con parejas de compañeros fuertes. Aunque nosotros no luchemos juntos, si estamos cerca, nos

recargamos, y eso, me hace letal para mis enemigos.

Un coche pasa cerca y sus luces me sacan de mi desconexión. Miro a Cas que se encuentra con la cabeza reposada sobre la ventanilla. Quizá si hubiera sido una ramtor hubiéramos sido buenas mitades. Descarto la idea y le pego en el muslo para despertarla. Lo hace sobresaltada y, aunque no sé cuántas horas ha pasado ni por qué hemos decidido pasar todo el viaje sin descansar, ya hemos llegado.

El templo es diferente en su exterior al nuestro; Su estructura es majestuosa, de piedra esculpida como si fuera una catedral. Las ventanas recubiertas por enredaderas bien cuidadas en sintonía con dispersas rosas que se hallan en puntos estratégicos. Mi acompañante pega un portazo al bajar del vehículo y presiento que está enfadada. Me da igual.

—Bienvenidos, bienvenidos. Os estábamos esperando. —Un templario vestido de verde sale a recibirnos. No lleva la capucha puesta y unos guantes negros sobresalen de las anchas mangas. Este templario debe unir ramtors. Espero que Cas no se percate porque no verá justo que yo me pueda sentir más cómodo. —Pasad por aquí.

En el centro hay una fuente muy diferente pero igual de curiosa que en el nuestro. Con color plateado se eleva hasta formar dos lágrimas en su cumbre y sale agua dorada incesantemente. Curioso.

—Me llamo Krishna, no sé si tuvisteis ocasión de verme junto a Krashio o Klugan, vuestros unionistas. —Hace una pausa y nos sonríe con simpatía. —Sois un equipo curioso. Fuisteis noticia en su momento. Parece darse cuenta de que es poco delicado y se disculpa elevando los hombros. —Descansad y nos reuniremos por la mañana. Alguien os acompañará a vuestros aposentos. —Se gira hacia unas escaleras. —Y recordad, no está permitido pelearse dentro del templo.

—¿Podemos visitar las secciones del templo? —Cas siempre irritándome de esa manera. Pidiendo permiso para hacer cosas que ya había pensado realizar sin autorización.

—Por supuesto, pero, tened presente que, el templo tiene poder de decisión propia.

—¿Y eso qué quiere decir? —Me cansa tanta conversación e intriga y he tenido que cortar bruscamente

—Cautela, muchacho. —Sonríe dejando ver unos dientes dorados que llaman mi atención. —Quiere decir que es el propio templo quien os abrirá u os cerrará las puertas de las distintas áreas según lo que crea conveniente enseñaros.

Paseo escaleras arriba, abajo, laterales. Investigo cada rincón que se me ocurre intentando descubrir ni siquiera sé exactamente qué. El cuarto que me han asignado es demasiado minimalista y me produce aburrimiento.

Pruebo a desestresarme haciendo ejercicio por la habitación: Flexiones, abdominales, pasos y puñetazos de boxeo. Debe ser de madrugada y dudo que sea factible que me duerma. A pesar de que no llevo camiseta, salgo al pasillo. Un instinto me ha llevado hasta allí. Recorro en silencio un par de pasillos hasta llegar a una escalera con forma de espiral. En el piso de abajo, en una puerta pesada de roble, está Cas. Parece pasearse por ella nerviosa hasta que, sin previo aviso, la puerta se abre. Joder. Yo también he sentido la necesidad de saber qué había tras esa puerta, pero al no darme paso el templo, he pensado que carecería de importancia. Y no. Tenía que enseñárselo a ella. Pues espero que el templo no cuente con mi habilidad. Me encaramo a la barandilla descalzo y me deslizo hasta el piso inferior. Dando una voltereta lateral entro en la sala antes de que se cierre. Me quedo agazapado tras un escritorio que hay en la entrada.

Observo a mi alrededor. Es una gran biblioteca. Tienes miles de tomos, todos parecen antiguos y los títulos, no están en nuestra lengua. Ha sido inútil colarme y ahora mi prioridad es que ella no

me vea y empiece a montar un escándalo. Se pasea por las estanterías acariciando con la yema de sus dedos los distintos filos y, de repente, se detiene.

Se ha quedado inusualmente quieta. Intento acompasar en la distancia mi respiración a la suya para que no sea consciente de mi presencia. Pego mi cuerpo un poco más a la madera con sumo cuidado para que mi estructura pesada no haga ningún ruido inoportuno.

No ocurre nada. Todo está en silencio. Me asomo metiéndome un poco más bajo la mesa, hacia el centro. No está. No veo a Cas. ¿Dónde se ha metido en unos minutos? Voy avanzando en cuclillas hasta que tengo todo el cuerpo fuera de la mesa. Saltan encima de mi espalda e intento defenderme sin montar un circo por aquello de que los templarios deben estar durmiendo.

—Para, Cas. —Susurro pero es una advertencia baja y grave

—¿Por qué siempre tienes que meterte en mis cosas? —Me atesta un golpe seco en el abdomen. —Yo también te he estado siguiendo y, sé una cosa, el templo no te ha abierto esta puerta. —La miro furioso, porque ella me ha seguido y yo no la he detectado. —Sal y déjame explorar lo que el templo tenga que mostrarme.

—¿Por qué te crees especial, Cas? —Voy aseverando más mi tono. —¿No crees que el templo sabía que yo estaba mirando?

—¿Y entonces por qué no se abrió cuando yo estaba mirando? —Se acerca amenazadoramente en forma altiva. —¿Qué diferencia hubiera habido?

—A lo mejor duda de tu habilidad

Su pierna alcanza mi nuca en el momento exacto que la intercepto con mi antebrazo. Caemos rodando cerca de la chimenea apagada. Nos preparamos para seguir combatiendo y me incorporo apoyándome en una estatua. Se produce un ruido de engranaje encajando y, la chimenea, empieza a girar.

Nos quedamos así, uno sobre otro, esperando que suceda algo más. Algo fatal, que alguien entre y nos descubra.

Un relámpago cruza el cielo. Mi corazón se acelera. Un ramtor nuevo acaba de nacer. Esperamos. Un trueno. Cas me mira, un guardián ha nacido. Ahora los dos esperamos a que vengan más señales, más nacimientos. Revivo interiormente mi propia unión y las consecuencias fatales que conllevan para nosotros. Otro relámpago. Otro trueno. Suspiramos.

Se oye ruido fuera y decido que no ha sido buena idea entrar en la biblioteca. Compenetrados como almas unidas que somos nos metemos por el hueco que se ha abierto y cerramos al entrar. El hueco es pequeño y la mano de Cas está sobre mi torso desnudo. Parece caer en ese detalle y la quita como si tuviera pulgas o algo así en mi piel.

—¿Por qué no llevas camiseta? —Se retira el pelo de la cara. —Creía que eras rico y por eso regalabas billetes de 500

—Sólo era un préstamo, muñeca. —Suspira profundamente como si le cansara una eternidad tener que aguantarme.

Voy a seguir provocando su ira pero alguien entra en la biblioteca y siento deseo de saber quién es. Al mismo tiempo, sé que nos tenemos que ir por si este pasadizo secreto no fuera tan secreto.

—¿Y ahora qué hacemos lince? —Me mira como si fuera su peor pesadilla.

—Ahora, vamos a empezar a avanzar para buscar otra salida sin que nadie nos intercepte, nada más que falta que además de estar unido a ti alguien pesara que estoy liado contigo.

## Capítulo 8

Cassandra

No sé cómo le aguanto. Parece sentirse triunfante con sus respuestas y a mí me dan urticaria. Avanzamos lentamente por el espacio reducido y parece encogerse a nuestro paso. Vamos prácticamente a cuclillas por el pasadizo. Sam intenta ponerse en cabeza varias veces adelantándose pero el canal es tan estrecho que le es imposible. Yo resoplo con fuerza para intentar que se le pase la obsesión. Nos guste o no estamos metidos en este lío juntos.

Una bifurcación nos sorprende y me saca de mi queja mental. Derecha o izquierda. Intento entender a mi intuición pero mi compañero de aventura ya está inmerso en uno de los túneles. Imbécil. Le sigo porque si nos separamos multiplicamos las probabilidades de que nos encuentren y con ello que acaben sabiendo que nos estamos metiendo por sitios que no debemos. Se oyen voces a lo lejos y le detengo agarrándole del antebrazo y sus ojos marrones me observan.

Percibimos demasiado ruido, botas contra el pavimento, voces no reconocibles, el abrir y cerrar de puertas. Así es demasiado arriesgado orientarse hacia un lugar determinado. Si resulta que salimos en una habitación concurrida pueden incluso expulsarnos y cómo explicar eso en el cuartel. La punta de mis zapatillas contra el suelo hace más sonido del deseado y tengo que quitármelas y llevarlas en la mano. Se achica más el ambiente y tenemos que ponernos a reptar.

Voy mirando hacia abajo soplando a intermedios para que mi pelo no se interponga en mi campo de visión. Sam se detiene y su pie me golpea en la cabeza cuando avanzo.

—¿Qué haces? —Susurro

—Hay un hueco por el que se puede ver

—¿Qué se puede ver, qué?

Se gira y me hace gestos para que me calle. Lo hago. Señala hacia abajo como si hubiera gente y entonces, yo también soy consciente de donde estamos. Una sala de uniones. Me desplazo sigilosamente por encima del cuerpo de Sam y veo yo también el interior de la habitación por el agujero abierto en ese pasadizo.

Allí abajo hay un templario vestido de morado y blanco. Es la sala de unión de los guardianes. Dos bebés son sostenidos por sus respectivos progenitores mientras que todo se prepara. Me fijo en la habitación que está recubierta de piedras preciosas, no sé exactamente qué tipo son. Su color rojizo llama mucho mi atención. A nadie le está permitido ver una sala de esas por dentro excepto cuando llevas a tus hijos. Aunque por otra parte, si el templo tiene voluntad propia, no está haciendo nada para evitar que lo veamos. Intento asomarme un poco más puesto que sólo se ve un cuarto de la habitación.

Un golpe seco a modo de puerta cerrándose nos hace ponernos en alerta a los dos. Pasos rápidos y pequeños están llenando el túnel. Alguien está allí abajo a cuclillas. Tenemos escasos minutos antes de que se cruce con nosotros. Retrocedemos rápidamente reptando. Salgo yo ahora primero hacia el lado contrario. Sam me sigue de cerca. Me voy girando para comprobar que sigue siguiéndome y nadie ha conseguido sigilosamente deshacerse de él. Llegamos a la bifurcación y ya podemos andar de rodillas y con las manos más ágilmente. Cogemos el otro camino que se va haciendo más grande cada vez hasta que conseguimos estar completamente

erguidos. Oímos a nuestro persecutor correr literalmente.

Sam saca dos dagas con forma de media luna del bajo de su pantalón que son idénticas a las que lleva a modo de tatuaje en su cuello. Está preparado para defenderse. No dejamos de correr mientras que el ruido de unas zapatillas incesantes y rápidas nos sigue cada vez más de cerca. Llegamos a unas escaleras y no dudamos. Las subimos de dos en dos hasta que alcanzamos el pomo y abrimos sin temor a si hay gente o no al otro lado. Salimos a una calle que no reconozco. El suelo está mojado y miro hacia mi compañero que va descalzo. Coge mi muñeca y seguimos corriendo hasta que doblamos por un callejón y pegamos nuestros cuerpos al ladrillo rojizo para evitar ser vistos.

Nos asomamos por la esquina y no vemos a nadie que pueda ser quien nos persiguiera. Las gotas mojan mi vestimenta y mi cabello que está revuelto por la carrera. Miro hacia arriba mientras respiro entrecortadamente. Ha sido una experiencia demasiado agotadora e irreal.

—No hables con nadie de lo que ha pasado —Me apresa con un brazo extendido a cada lado de mi cabeza apoyado contra el muro

Asiento y se quita. Iniciamos el camino de regreso al templo ubicándonos en primer lugar. Estamos a varias manzanas del templo y eso, no tiene sentido. No hay miradas curiosas a esas horas de la madrugada y lo agradezco, debemos parecer dos locos. Más él que yo, va desnudo prácticamente, tiene el pelo empapado y lleva sus dos dagas al descubierto.

Cuando estamos en la puerta parecemos entender que tenemos que entrar por separado. Lo hago yo en cabeza y ni siquiera intento saber por dónde piensa que va entrar. Para mi suerte no hay nadie en el vestíbulo y me es relativamente sencillo llegar de nuevo a mis aposentos. Al cambiarme de ropa frente al espejo tengo que contener la respiración. Estoy agitada. Repaso el contorno de las alas que tengo tatuadas desde el cuello hasta los omoplatos. Dejo caer ambos brazos y me siento en la cama con la cabeza entre las rodillas. Tengo demasiadas dudas como para poder conciliar el sueño.

¿El templo quería abrirme las puertas de esa biblioteca para que encontrase algún tomo que, evidentemente, no encontré o la apertura de la chimenea también estaba e sus planes? ¿Sam estaba incluido en el plan? ¿Quién nos seguía por los pasadizos? Y, sobretodo, ¿nos seguía porque nosotros no debíamos estar allí o porque la persona tampoco debía estarlo?

TOC—TOC.

Le he dado tantas vueltas que he debido quedarme dormida en algún momento. Me incorporo y acudo a la puerta. Dudo unos instantes antes de abrir una rendija porque algo dentro de mí siente que es cuestión de minutos que me recriminen por lo de anoche. Una cara sonriente me recibe. Eric.

—¿Qué haces aquí? —Le abrazo sin pensarlo. —¿Cuándo has llegado?

—Esta misma mañana. —Se aparta suavemente de mí. —Cedric está abajo. También hay algunos ramtors.

—¿Ramtors? —Le dejo hablando mientras me cambio en la poca distancia. Unos vaqueros, unas botas planas y un suéter granate. —¿Y cuál es el motivo?

—¿No lo sabes? —Su cara luce claramente que está sorprendido. —Anoche murió un guardián que estaba siendo unido. Por lo visto, que estuvierais vosotros aquí no sirvió de mucho. —Le observo molesta por el comentario. —No digo que tengáis la culpa, digo que, tal vez, no se arreglará de ese modo. Teneros aquí. —Suspira. —Sabía que había algo raro en tu modo de despedirte. Te he traído tus cosas. —Me extiende mi cartera, mi móvil y algunas de mis armas pequeñas.

Bajamos los escalones hasta el vestíbulo y veo a las gemelas que intentaron matarme hace poco en una azotea. Andan revoloteando cerca de Sam que parece encantado con la visita. Cedric me saluda con un gesto de cabeza y sin ninguna emoción en el rostro. Seguro que por dentro está echándome un mal de ojo.

Krishna se sitúa en el centro de todos nosotros y le acompaña otro templario que no reconozco. Debe haber llegado hace poco también.

—Este es Kurt. —Anuncia Krishna señalando a su lado al otro capucha verde. Su rostro amigable de color y su amplia sonrisa me parecen suficientes para confiar en él. —Ayer sucedió algo terrible. Se perdió a un guardián en el momento de su unión. Esperábamos que no fuera necesario hacer una operación más grande respecto a este tema, pero, por lo visto, se está agravando la situación. Los ramtors que estáis aquí, incluido tú Sam, tenéis una nueva misión. Encargaros de proteger a las dos familias de los ramtors que sí se pudieron unir ayer. No es que nadie acuse a los guardianes de agresivos. —Nos apacigua a nosotros. —Simplemente, la pérdida del recién nacido ha debido ser muy dolorosa para sus progenitores y queremos... —Hace una pausa. —Evitar que se agrave la situación actual. —Ahora sólo los guardianes presentes somos motivos de su atención. —Y, en cuanto a vosotros, considerando que, actualmente y durante todo lo que queda del año sois los guardianes de los portales, hemos decidido que sólo vosotros tres, y siempre que no ocurra nada que modifique esta situación, seáis los que nos ayudéis en el cometido que ha traído a Kurt hasta este templo. Tendréis colaboración, claro que sí, pero no podemos sustraer más custodios de los puntos clave de los portales.

No me ha sonado convincente lo de la colaboración. Me ha despertado una extraña alerta por la espina dorsal. Además, esto debe ser cosa de Fox, y tiene mal gusto, por qué aún lejos de casa ponerme de sujeta velas de Cedric y Eric. Me fijo en Sam y su buena vibra para con las gemelas. No parecen molestas por tener que trabajar con él. Es cierto que sus dotes de combate le confieren valor, pero yo también soy valiosa y eso a Cedric le importa más bien poco.

Seguimos a Kurt por los distintos pasillos que parecen todos similares y acabamos por bajar a una especie de foso donde se recogen utensilios viejos y tomos ilegibles. Se entretiene buscando algo que no sabemos qué es. Coge unas páginas que, literalmente, arranca de un libro polvoriento, y volvemos a subir. Dos ramtors aparecen frente a nosotros y, automáticamente, nos ponemos a la defensiva. El templario nos ruega sosiego con sus manos.

—Estos son Anthony y Tom. Son ramtors de esta zona. —Saludan con la cabeza hacia nosotros. —Y van a colaborar con nosotros.

—¿Qué? —Eric parece estar en total desacuerdo con lo que propone

—Nadie va a atacar a nadie mientras que se están produciendo muertes, porque ninguno de vosotros se considera un asesino. ¿O sí? —Negamos con la cabeza. —Tenéis que buscar actividad extraña en la ciudad. Buscar motivos de alguien, externo a ambos lados, que quisiera acabar con la vida de unas inocentes criaturas. —Parece sopesar las opciones mientras que nos mira a los cinco. —Podemos hacer varias cosas. Podríais ir los cinco pero sería demasiado llamativo para la gente de a pie. Por otra parte, dividirnos en guardianes y ramtors no haría más que hacer nula la colaboración. —Piensa en voz alta. —Y cualquier otra opción va a ser rechazada de antemano por alguno de vosotros. Entonces...

—A mí no me importa ir con Anthony y Tom y ponerme en contacto con Eric y Cedric con la información que obtengamos. —Me ha salido espontáneamente y todos parecen sorprendidos. — Soy la única que no va a notar nada extraño por no estar con su compañero.

Aunque tanto un lado, como el otro, como el templario asienten, sé que están desconcertados



con mi decisión. Yo misma lo estoy. Supongo que no quiero sentir más la mirada de odio de Cedric en mi nuca. Además, si ahora mismo no somos enemigos, prefiero ir con otra pareja con la que, de momento, no me sienta tan excluida.

Me armo hasta los dientes en mi habitación y pongo sobre mi cuerpo un vestuario adecuado. Toda de negro, cómoda y letal. Llego hasta ellos y, Anthony sonrío y agita la cabeza en señal de negación.

Salimos del templo y casi me siento libre pudiendo ir al lado de ramtors que no intentan ni matarme ni protegerme. Quizá sea la tregua más extraña de todas las que podía imaginar, pero, quizá fuera también la más fructífera.

## Capítulo 9

26 AÑOS ANTES...

Klugan

¿Qué he hecho? No debería haber desvelado así como así la manera de hacer que las uniones no se dejaran de producir, pero me entró tanto pánico.

Me acerco a mis aposentos, presuroso, tras la reunión con los demás templarios. Ha sido como desvelar a los demás que yo soy el actual custodio del libro sagrado del templo. Es cierto que siempre lo ha de tener uno de nosotros, pero, por precaución siempre es mejor que se desconozca su paradero. Pienso qué he de hacer y tomo una difícil decisión.

Levanto con dificultad, pues los años pesan, la tabla de madera adecuada bajo la cama que tengo que arrastrar de su lugar y allí lo encuentro. Meto el libro en una bolsa de terciopelo roja y ésta, a su vez, debajo de mi vestimenta verde. Miro hacia ambos lados del pasillo antes de salir y me encamino todo lo rápido que me permiten mis pies hasta la calle. Allí, dadas las horas, se me hace muy difícil coger un taxi, pero lo consigo.

Le indico con dificultad el camino hasta otro templo y, tras ponerme un sinfín de trabas porque el trayecto dura tres días, le consigo convencer tras extenderle un generoso fajo de billetes. Me ruega que paremos a descansar en más de una ocasión y, aunque el cansancio también está haciendo mella en mi anciano cuerpo, le niego tal posibilidad. Llegamos al templo y cruzo sus puertas. Dejo atrás su fuente plateada de la que cae agua dorada y me encamino hacia la biblioteca. Espero que el mismo templo se dé cuenta de que mi visita es urgente y secreta. Así debe hacerlo puesto que su voluntad es abrirme las puertas. Rebusco en la biblioteca hasta dar con el ejemplar deseado. Leo sus páginas velozmente.

Oigo ruidos en la planta de arriba y tengo que darme más prisa a pesar de no poder apenas mantenerme en pie por más tiempo. Lo encuentro. Arranco unas páginas y dejo el ejemplar en el mismo sitio donde estaba. Me acerco a la chimenea y tiro de una palanca para introducirme en unos pasadizos. Alguien entra en la biblioteca pero he de dar gracias porque he conseguido cerrar a tiempo y nadie sabe que me encuentro en ese lugar. Ando con suma dificultad por el espacio reducido. El aire que sale de mi pecho es entrecortado y siento temor a que me falle mi esperanza de vida ahora. Tengo que recordarme a mí mismo que lo que estoy haciendo es de crucial importante. Al llegar a la bifurcación, no dudo. Escojo el camino que ha de llevarme directamente a la calle. El aire gélido me recibe y mi inquietud hace que vuelva a asegurarme de que nadie está siguiendo mis pasos.

Ando hasta un callejón a unas cinco manzanas de la salida a la calle. Una casa entre todas las demás de la urbanización es la que quiero alcanzar. Vuelvo a asegurarme de que estoy sólo y cruzo el pequeño parque de grandes cerezos que me separa de mi destino.

Llamo a la puerta indicada y espero. Nadie contesta. Vuelvo a tocar y deseo que todo el esfuerzo no haya sido en vano al ir hasta allí. No sé si es lo que debía hacer. Tampoco si el templo estaría de acuerdo o se sentirá ultrajado por la desaparición del libro, pero esta ha sido mi decisión aún así me cueste la vida.

Una pequeña luz atraviesa la rendija de la puerta y suspiro aliviado. Una mano rugosa con un

gran anillo de oro y zafiro sostiene el pomo de la puerta. Saludo con una inclinación de cabeza a la mujer que me sostiene la mirada con desconfianza.

—No deberías estar aquí, Klugan. —Su expresión es severa antes de desplazarse hasta un sillón rojo y dejarse caer como si se sintiera pesada ante mi presencia.

—Tiene razón. —Un hombre con bastón baja la escalera desde el piso de arriba y me mira receloso.

—Lo sé, sé que la tiene. —Muevo las manos nerviosas bajo mi capa buscando la bolsa suave que no he abandonado. —Pero no tengo otra opción

Termino de sacar el contenido del rojo aterciopelado y los ojos de ambos interlocutores parecen escandalizados con el hecho de tener eso en la gran casa.

—¿Qué has hecho? —La voz del hombre ahora es mucho más amenazadora

—Lo que era necesario. Nadie sabe que estoy aquí y nadie debe enterarse

—Podríamos morir por esto. —Asegura la mujer

—Y sé que lo haríais con gusto.

Les dejo ahí aunque quizá debería ser más cortés dada la magnitud de lo que les estoy pidiendo. Cuando recorro el verde césped me pregunto qué harán con el libro. Pero no. Es mejor así. No saber qué harán con él es a la vez mi seguro de vida.

Desando mis pasos amparándome en el anaranjado amanecer que ya está asomándose. En las escaleras del templo, he de respirar hondo. Nadie puede saber qué me llevé de allí anoche al igual que en mi templo no deben saber que robé el libro sagrado y se lo entregué de manera voluntaria al enemigo. Acompaso mis latidos aplicando con esfuerzo un ritual antiguo de retrospección y me preparo para entrar y fingir.

—Kurt, viejo amigo. —Kurt es un templario relativamente joven. Obtuvo su cargo cuando apenas hablaba nuestro idioma, pero el templo así lo decidió. A menudo creo que es el mejor de todos nosotros y que no conoce maldad ni oscuridad.

—Klugan. —Parece gratamente sorprendido. —No te esperaba por aquí. Pero siempre eres bienvenido

Asiento y le acompaño hasta una sala de reunión. Al poco tiempo, llegan otros templarios y proceden a hacer lo mismo.

—¿Rubíes? Eso dijiste la última vez. Podemos suponer de esa afirmación que eres el actual custodio. —Propone Kilian, el que siempre está dispuesto a presentar combate

—Estás equivocado, querido Kilian. El actual custodio me dio esta información antes de la reunión. —Espero que con esta afirmación se propaguen sospechas hacia los demás templarios. A su vez ruego mentalmente para que no sean tan estúpidos como para empezar a desmentirse uno por uno.

—De acuerdo. —Kepa el serio da por zanjado el tema del custodio. —¿Dónde podemos conseguir semejante cantidad de rubíes? ¿Cuánto tiempo tardaremos en adaptar todas las salas de uniones de cada templo?

—Demasiado. —Krashio, que hasta ahora había permanecido en silencio parecía pesaroso. —Hasta que no lo consigamos en todos, creo que lo justo sería parar todas las uniones, para evitar que unas casas se vieran más agravadas que otras

Todos asentimos y, con ello, damos por concluida la reunión. Las túnicas hasta el suelo verdes están alineadas saliendo de la sala. Por delante, se encuentra Kenneth. Por detrás Kira. Algunos puestos más adelante Kendar, Krisna y Kali mantienen una entretenida conversación sobre sus últimos descubrimientos en libros de lengua antigua.

Al doblar la esquina, noto un golpe leve pero notable en mi hombro. Dejo pasar a los templarios que iban por detrás de mí y me pongo a la altura de Krashio, quien debió procurarme el golpe. Nos dirigimos sin alejarnos del resto a la salida del templo. Fuera ha comenzado a llover y ahora se me hace difícil escuchar lo que dicen los otros. Krashio se pega más a mí de manera imperceptible. Se coloca su capucha y se gira hacia mi rostro para despedirse aunque, no debería, los dos vamos hacia el mismo templo.

—Sé lo que has hecho. —Susurra en mi oído.

Se separa sin darme tiempo a reaccionar y le veo juntarse con el resto de templarios para las despedidas. Mientras voy en el tren mirando por la ventanilla espero a que ocurra algo que me haga pensar que Krashio lo sabe de verdad y se lo ha dicho a todos los demás. Pero no ocurre.

Al llegar de nuevo a mi templo, a mi hogar, le veo apoyado en una de las columnas, como si estuviera cerciorándose de que llegaba sano y salvo. Decido no darle más importancia. Si quisiera delatarme, lo hubiera hecho ya. O no. Pero vivir con miedo es algo que no está hecho para un templario. Morir sólo es ser recogido por el templo.

En mis aposentos, tras cerrar la pesada puerta de madera, ya no se oye la lluvia caer. Pienso en las dos criaturas que dieron lugar a todo este embrollo. En esa guardiana y ese ramtor que ahora estaban unidos. Pienso en el origen de ambas razas. Una disgregación fatal de la que sin duda era la raza más poderosa de los mundos: Los protectores.

Ahora, se dejarían de producir uniones por un tiempo. No debería afectar ello a la custodia de los portales. Hay suficientes. Cuando se disgregaron y pasaron a ser ramtors y guardianes, decretamos que custodiarían un año cada raza los portales. Quizá nos equivocamos y avivamos una guerra que no ha hecho más que avanzar potencialmente con la muerte de los Collins y la familia ramtor.

Soy consciente de estar soñando, me he debido de quedar dormido. Grandes espadas y dagas me persiguen gritando la palabra “traición”. Todas las grandes casas de ambas razas vienen a por mí. Creen que soy el culpable de las muertes y el ejecutor de los asesinatos. Consideran que no hice suficiente por ese niño que falleció en la unión con Cassandra. Cassandra...sus ojos verdes me persiguen al mismo tiempo que su espada afilada. Me acusa de no dejar que su fuerte alma se uniera a quien debía, pero, ella no lo entiende. No va a dejar que me explique. La historia no debía estar escrita de este modo, no es eso lo que pone en el libro sagrado y en el oculto, pero ella no lo sabe. Y me mata.

Despierto sudoroso entre las minimalistas sábanas de mis aposentos y hiervo un poco de té en el fuego de mi habitación. Me siento con los brazos cruzados y me sumo en pronunciar en un susurro unas viejas frases que solía recitar mi maestro.

“Cuando el templario llega a la unión, la unión ya se ha producido. Los protectores son guardianes de nuestro destino. Su fuerza, su coraje y su valentía, son las únicas llaves. En el momento en el que esto se olvide...cruzarán.

## Capítulo 10

Cassandra

Anthony y Tom están más distantes entre ellos que lo que es usual ver entre almas que se pueden considerar gemelas. Aunque, quizá, no sea tan extraño, si Sam y yo podemos estar unidos y, claramente, no somos nada compatibles, ni siquiera de la misma raza, ellos pueden no llevarse muy bien.

Andamos entre la gente en busca de algo imposible de encontrar. Miro las caras de la gente extraña que se pasea ajena a todo el lío paranormal que me incumbe. Los escaparates me devuelven mi reflejo y prácticamente no me reconozco. Un grito me despista y me sorprende de la absurda situación que acaba de acontecer.

Tom se encuentra gritando mientras Anthony intenta ayudarlo pero el susodicho no se está quieto. Acaba de quedarse enganchado con la rejilla de una alcantarilla, pero parece demasiado dolido para la nimiedad aparente. Cuando consigue desengancharse veo que, tras la varilla de la rejilla había una especie de trampa para animales. Eso debe haberle dejado marca. Cojea un poco y me aparto para que puedan arreglar qué quieren hacer ahora.

Me distraigo mirando los coches pasar cuando uno en especial llama mi atención. Ese coche yo lo he visto antes. Un ferrari. Me pongo a correr por la acera y antes de perderlo de vista veo un mechón de pelo plateado por la ventanilla. Un escalofrío recorre mi espalda.

—Anthony... —Le llamo tirando suavemente de su chaqueta de cuero. —Anthony...

—¿Qué? —Quita la vista de la pierna sangrante de su compañero

—Necesito ir a comprobar algo. —Le aseguro aunque no pueda explicarle nada más

—No creo que sea el momento, Cassandra. —Me habla sin acritud, simplemente señala la evidencia

—Creo que puede ser lo que estamos buscando. —Sé que estoy mintiendo en cierta medida pero, podría estar en lo cierto. —Ese hombre estaba en mi ciudad, cerca de mi templo. Por algo llamaba mi atención. Quizá no es una casualidad.

Parece dudar por unos instantes balanceando sus pies hacia delante y hacia atrás nervioso. Tom se ha sentado en el bordillo de un escalón y se limpia la frente con la mano.

—Id vosotros, yo estoy bien. Sólo tengo que volver al cuartel. Id tras la pista. —Tiene la cara compungida pero nos está dando permiso de una forma muy comprometida. Es orgulloso. Se nota en su determinación que es un ramtor.

Anthony me hace una señal con dos dedos sobre el hombro para que le dirija. Hecho a correr en dirección norte, tal y por donde se ha ido el coche. Aunque es improbable que sea capaz de encontrarlo puedo ir hasta la primera bifurcación y ver allí como seguirle la pista.

—¿Qué buscamos? —Aprovecha para preguntarme cuando paro al final de la carretera mirando hacia ambos lados.

—Un ferrari, rojo. Un hombre con el pelo extremadamente rubio, casi diría que parece blanco. Es... —Dudo. —Alguien al que ya le seguía la pista, estaba haciendo actividades.... —Miento. —Extrañas cerca del templo.

—De acuerdo.

Le sigo yo ahora puesto que se mete en uno de los locales cercanos. Me asegura que preguntando por ese modelo de coche, alguien se habría fijado. Así es. La mujer mayor que atiende una pastelería asegura que dobló a la derecha y que le asustó el rugido del motor. Seguimos esa indicación y así sucesivamente en cada rincón que nos perdemos. Parece ser que mi acompañante tiene razón y que todo el mundo está atento a ese tipo de vehículos. En la siguiente esquina, nadie es capaz de decirnos nada. Pienso mientras espero algún comentario frustrante de mi acompañante, pero no llega.

—Podríamos ir a mi templo. —Improviso para abocarle a acompañarme en la locura que quiero llevar a cabo. —Conozco un sitio que creo que puede darnos alguna pista del paradero de ese hombre.

—Vale. —Levanta los brazos en señal de rendición. —¿Puedes explicarme por qué estás tan convencida de que tiene algo que ver? No es que yo sea una persona altamente perspicaz, pero me da la impresión de que ya tenías a ese hombre en tu mente antes de que nos encomendaran salir a buscar actividades. Y no es que me importe, no tengo nada mejor que hacer. —Sonríe de una forma atractiva. —Pero, al menos, querría saber dónde me estoy metiendo y cuál es tu razón.

—Pues, verás.... —Suspiro mientras busco en google maps algún sitio donde nos alquilen transporte

—Tengo coche, Cas. —Me enseña las llaves de un Audi. —Estabas a punto de empezar a narrarme una historia increíble

Subimos al rato a su coche y, tras ponerme cómoda con las rodillas sobre la guantera, pienso en cómo contarle toda mi teoría sin parecer una esquizofrénica. Por otra parte, nacen mis dudas y mis reticencias. Es un ramtor al fin y al cabo, aunque ahora mismo tengamos una especie de tregua.

—Todo empezó con ese hombre. Me dio mala espina. Le seguí. —Me mira de forma extraña. —No estoy loca pero sigo mi intuición a extremos insospechados. —Hago una pauta. —Y entonces pasó una cosa extraña, una casa revuelta, una mujer que ya no está. —Levanta la ceja. —Helene fue secuestrada. Sé que se llama así porque revolví su casa de arriba abajo buscando algo que...no encontré.

—Entonces, como lo he entendido bien, vamos a ocuparnos de algo que debería investigar la policía en vez de analizar qué está pasando en el círculo de los templarios y por qué están muriendo inocentes. —Asiento con pocas ganas porque relatado así suena poco importante y bastante inmaduro. —A mí no es que me moleste en exceso, te repito, los guardianes estáis este año a cargo de los portales y yo no creo que esté pasando nada extraño más que mala suerte acumulada. No me imagino a nadie matando bebés. Ni si quiera por el control. Sería demasiado monstruoso.

—Un ramtor que tiene corazón. —Me burlo. —Eres un tío bastante decente para ser quien eres. Pero tengo una duda. —Realmente es algo que me ronda desde que acepté ir con ellos. —Tom y tú... sois algo fríos. Y tampoco te he visto oponer mucha resistencia ante abandonarle allí, encima estaba herido.

—¿Es un reproche? —Sigue luciendo una hermosa sonrisa. Niego con la cabeza. —Tom ha estado algo frío últimamente. Su hermano.... —Me intriga el comienzo de la explicación y no dejo de mirarle a sus ojos azules. —Murió durante una unión

—Oh. —Me he quedado totalmente bloqueada

—Sí, oh. Desde entonces no está como siempre, es como si a todas horas estuviera pensando en otra cosa. Le entiendo y no me quejo, pero puedo decir que le siento lejos. No nos compenetramos igual ni si quiera en los combates. —Da por concluida su explicación y ladea la

cabeza restándole importancia.

—Supongo que hay más gente que sufre problemas con su compañero. —Ya estamos llegando a la primera área de descanso

—¿Y qué pasa exactamente con Sam? —Ahora sí que tuerzo el morro. No me gusta ese tema de conversación. —Ya sé que no es precisamente un encanto. Te recuerdo que es un ramtor y que está, por decirlo así, en mi equipo. Lo que no sé es a qué tipo de acuerdo pudisteis llegar para no mataros. Os admiro.

—No vamos a hablar de eso. De momento no. —Me río y le pego de forma cómica para dar por concluida definitivamente la conversación.

Tras muchas horas a una velocidad indecente y sin ningún tipo de descanso llegamos al Subway donde comenzó todo. Nos acercamos a la casa de Helene siendo prudentes y nos colamos en el interior. Me acuerdo de Sam y del hombre que tuvimos que cargarnos aquí por culpa de mi investigación. Anthony se pasea por las habitaciones y no me mira como si todo fuera una estupidez. Allí Sam había encontrado algo y me lo había ocultado, todavía no he tenido ocasión de repasar la carpeta, pero tendría que hacerlo. Le vigilo de cerca porque no quiero que vuelvan a adelantarme. Los ramtors tienen esa capacidad especial para ponerse en la mente del delito. Es como si sólo tuvieran que pensar qué habrían hecho ellos y lo encuentran. Pero los guardianes somos igual de buenos, o más.

Al entrar en la biblioteca, algo se siente distinto en el ambiente. Está todo debidamente ordenado y, estoy prácticamente segura de que no lo dejamos de ese modo. El sonido sordo de algo contra el suelo y la proyección de añicos de cristal me sobresalta. Giro sobre mis talones para correr y ver qué es de Anthony pero me siento repentinamente mareada. Tapo mi boca y mi nariz con la manga de mi suéter e intento llegar hasta la calle para dejar de inhalar. Es algún tipo de gas narcótico. Abro la puerta con dificultad pues noto que estoy a punto de desmayarme.

Caigo de bruces sobre los escalones del porche. Noto en mi boca sabor a hierro. He debido hacerme alguna herida en el labio. Intento alcanzar una de mis armas de la bota izquierda pero no puedo. Un coche que me resulta familiar aparca enfrente de mí. Alargo la mano como si así pudiera escapar. Busco con mis ojos ya entrecerrados a Anthony y le veo tirado sobre el césped. No. Sólo espero que no esté muerto. Yo le he metido en esto.

—Sabía que volverías. —Un hombre de unos cincuenta años me mira agachado entre cuclillas. Lo que no sé aún es quién eres. Pero lo sabré.

Todo se torna negro a mi alrededor. Noto que me cargan como si fuera un saco de patatas. ¿Se habrían llevado así a Helene? ¿Puede tener algo que ver mi secuestro con el asesinato en el momento de las uniones?

Cuando despierto me duele el cuello. He debido dejarlo caído más tiempo del deseado. Elevo los hombros un poco y, en seguida, soy consciente de que tengo las muñecas atadas. Abro los ojos y no puedo ver. Llevo una venda.

—¡Ya estoy despierta! —Grito sin miedo para que venga mi captor a verme.

—¿Cassandra? —Anthony tiene la boca seca cuando pronuncia mi nombre.

—¿Estás bien? —Suena estúpido en cuanto lo digo.

—¿Quiénes sois? —Una voz tímida y trémula se interpone en nuestra conversación.

—¿Helene? —Me atrevo a preguntar.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quiénes sois? —Jadea un poco como si llevara muchos días cansada de no saber dónde o con quién está. —Esos tíos son peligrosos. —Asegura. —Y no os conozco pero ellos creen que sí. Dicen que estabais rondando mi casa bastante a menudo.

—Pues... —Voy a comenzar mi historia

—Chss... —Anthony chista fuerte y me callo. —Os recuerdo que, si las dos estáis en las mismas circunstancias que yo, tenemos los ojos vendados y no sabemos quién más está en la habitación.

—No me preocupa. —La voz de la chica se me hace entristecedora. —Ya han decidido lo que van a hacer conmigo y, si con vosotros va a pasar lo mismo. —Una pausa de esas que aceleran mi corazón. —Nos van a matar mañana mismo.

¿Qué? No puede ser. Pienso en las posibilidades que tenemos de salir y me pregunto por qué hemos tenido que venir. Por una vez debería haber hecho caso a Sam y dejarlo estar. Esto no tiene nada que ver con los portales ni con mi función de guardiana. Esto debe ser una mafia.

—Casadra...—Anthony me llama casi riéndose. —Si llegamos a salir de esta, recuérdame que te de una paliza

Y aunque es absurdo con el lío en el que estamos metidos, estallo en carcajadas.



## Capítulo 11

Sam

Me siento bien. No tener que estar pendiente de Cas, con todo lo que ha pasado, me dará tiempo para pensar. El pasadizo, los pasos corriendo... ¿Quién estaría allí abajo? Tampoco puedo exponerle a estas dos mis dudas porque eso es develar que estuve allí y podrían incluso pensar que he tenido algo que ver porque el que murió fue un guardián.

Llegamos a la casa de la familia ramtor y les advertimos, sutilmente, de que deberían entrar en casa y procurar no exhibir en exceso a su pequeño. Parecen alarmados con nuestras palabras y la madre no suelta al bebé desde que hemos llegado. El padre de la criatura y le asegura que, si estamos aquí, es precisamente para evitar que pasara nada. Y en eso tiene razón. No es que me emocione la idea de ser niñera de nadie, pero tampoco me gustaría ver una masacre con niños por en medio.

Me siento en las escaleras del porche mientras las dos hermanas rondan la casa y los alrededores. Son bastante letales. Las observo mientras se intercambian señales en la distancia. Son idénticas. Tiene que ser un vínculo extraño que tu hermana sea a la vez tu media mitad.

Dejo de verlas mientras me quito la cazadora negra. Van a ser días aburridos por estos lares. El niño llora dentro de la casa y no me hace ninguna gracia. Me paseo de arriba abajo para, al menos, estar en forma y preparado por si, milagrosamente, nos llega un poco de emoción.

¿Cuál sería la misión que harían Cedric, Cas y Eric? Ese tal Eric me miraba con suspicacia cuando llegó. Sin duda sabe quien soy pero no sé si, precisamente porque sabe quién soy, me tiene ojeriza. Parece muy amigo de Cas. Entre mis dedos bailan pequeñas cuchillas afiladas.

—Sam. —Nancy y Teresa incluso hablan a la vez. —¿Qué hacemos?

—¿Con qué? —Me he despistado con mis pensamientos

—Con nosotros. —Eric y Cedric están en nuestra misión y no he pensado como actuar

—¿Qué hacéis aquí? —Intento recomponerme y miro a mí alrededor algo inquieto. No noto electricidad. Cas no viene con ellos. —¿Dónde está Cassandra?

—Pregúntale a tus amiguitos. —Eric parece cabreado cuando da un paso hacia mí en modo de ataque y Cedric le sostiene con una mano en el hombro. —Sabía que no se podía colaborar con vosotros. —Escupe al suelo mientras me mira despectivamente. —Ramtors...

—No sé de qué estás hablando, pero podríais dejar de usar ese tono si no queréis que os pateemos esos traseros. —Nancy escupe de nuevo

—¿Dónde está Cas? ¿Qué amigos? —Ahora el serio soy yo. —Y ya puedes estar hablando

—Anthony y Tom. —Intenta apaciguar ánimos Cedric. —Ellos se fueron con Cas. —Respira hondo como si todo aquello le diera exactamente igual. —Eric está convencido de que han tenido que hacerle algo, porque ella no le coge el teléfono. Y créeme, ella siempre lo hace.

—¿Y se puede saber qué hacen ellos con ella? —Estoy perdiendo totalmente los estribos con esta conversación y no puedo calmarme y dejar de gritar

—Mira, tío, si no sabes nada entonces realmente no te considerarán tan valioso, y desde luego, a mí no me sirves para nada. —Eric se gira. —Voy a ir a buscarla

—Yo voy a ir. —Aseguro. —Y tú, deberías quedarte con tu compañero. Las hermanas Thomson

se quedarán con mi parte de la misión

Los dejo allí plantados a todos porque algo no me cuadra en toda la información que estoy teniendo que procesar. Cas nos odia, a todos los ramtors, por cómo somos. Por qué iba a irse con ellos. Pero en el cuartel y oigo a Tom desde algún punto lejano. Apresuro el paso para localizarlo y le encuentro en la enfermería. Su cara no es nada amable y su pierna está sangrando.

—¿Dónde está Casandra? —Si él está sangrando dónde se supone que tengo que buscar a Cas, ¿en un cementerio?

—Tranquilo, fiero —Se divierte con mi incompreensión. —Se fue con Anthony a perseguir una pista que ella parecía tener sobre lo que nos encargaron. —Levanto ambas cejas esperando más información, y rápido. —Actividad extraña sobre los portales, ya sabes, no creo que haya nada de lo que preocuparse.

—Vale

Ya he oído suficiente y vuelvo a cerrar la cortina que había tenido que descorrer para verle. Con Anthony. Dónde. Recuerdo el busca que nos dieron los templarios al principio de la misión y le envío un mensaje. No contesta. Estúpida. Busco alguna llave en la cajetilla de vehículos de trabajo y escojo el más rápido. Cuando subo al asiento del copiloto no tengo claro dónde ir. Por ello, me dedico a darle al acelerador discontinuamente para oír rugir el motor.

Cas es muy cabezota, si tiene algo en mente dudo de que lo haya dejado pasar así como así, por lo tanto, es posible que haya vuelto a la casa que le obsesiona. Me pregunto si es tan imprudente. Ahora sí, si Anthony le ha hecho algo, lo mataré.

Las carreteras se hacen estrechas mientras cambio de carril constantemente para evitar reducir la velocidad. Algunas personas conducen como abuelos. La visión es un poco borrosa ante el chaparrón que se acaba de desatar.

Mucho después de haber recorrido la larga distancia, sigo parado a unos cuantos metros de la gran casa. Mi instinto me dice que he de tener cuidado pero no sé exactamente de qué. Bajo del vehículo y me agacho usándolo como escondite. Los retrovisores son mis aliados y veo entrar desde un callejón contiguo que había pasado desapercibido para mi vista a un individuo algo extraño. Parece cauteloso en sus pasos y eso me hace desconfiar. Va mirando en cada rincón antes de seguir avanzando y me tumbo con la yema de los dedos de las manos y la punta de los zapatos sobre el asfalto. Por debajo del coche, veo pasar unos zapatos elegantes de charol negro. Que hortera. Espero prudentemente un minuto y medio contado. Después me asomo. Ha entrado en la casa y me dirijo hasta allí. Al llegar a la altura de los escalones, escucho ruido dentro. Cierro los ojos unos segundos pero no siento nada. Cas no está ahí dentro. Voy a darme la vuelta e irme a seguir buscándola cuando oigo unos pasos aproximarse hasta la salida de nuevo. Mierda. Me agazapo entre los arbustos y contengo la respiración. Aunque Cas no esté allí ya comprobamos que esta gente es peligrosa. Además, está lo del dossier. ¿Y si la intuición de ella no fallaba? Tampoco pasa nada si pierdo un poco de tiempo en confirmar si tienen algo que ver con nosotros o no.

El señor, que ahora reconozco como un hombre bien vestido, armado y con voz grave. Sale hablando por teléfono. Habla de algún tipo de limpieza hecha en la casa. “¿Habrán encontrado el cuerpo?” Seguramente. Pero no parecen sorprendidos ni afectados. “¿Quién es esta gente?” Sube a su vehículo alta gama y se va de allí derrapando.

Voy hasta el Audi que he cogido prestado en el cuartel y salgo detrás de él a una distancia de dos coches. Cuando se mete por un desvío de camiones me sorprende. Sigo adelante y doy la vuelta en la siguiente bifurcación. Hubiera sido muy sospechoso que hubiera visto entrar a otro

coche tras de sí introduciéndose en un camino como ese que se supone que solo es factible para vehículos autorizados. Al volver a coger la carretera y estar llegando a la bifurcación, elimino las luces y bajo las revoluciones para que no se pueda detectar tan fácilmente el ruido del motor. Aparco nada más entrar entre la maleza que puede servir para ocultarme.

Saco una daga de mi bota izquierda y voy adentrándome por el camino que, según parece, está desierto. No hay rastro del coche. Sigo avanzando mirando a cada uno de los frentes y la oscuridad empieza a hacerme compañía. Unas pequeñas luces se hacen palpables en la lejanía. Parece un viejo caserón, parecido a los que había cerca de las plantas de desalinización.

Desde el exterior nada parece visible y tampoco estoy seguro de qué habrá allí dentro. Quizá sea un almacén de narcotráfico. Me encaramo desde una de las rejillas de las ventanas a uno de los balcones de la segunda planta. Coloco el pie en la barandilla y enganchándome a la tubería consigo encaramarme al tejado. Ando por el frío material que compone mi suelo y me voy moviendo con destreza y sigilo hasta que detecto ruidos en la parte oeste del lugar. Hay una abertura de chimenea que, por suerte está apagada. Respiro hondo y empiezo a descender por el interior. Mis pies y mis manos se sostienen por las paredes. Unas voces llegan hasta mí e intento expulsar la respiración poco a poco.

—¿Cuándo los matamos? —Se oye vasos de cristal siendo dejados en la mesa. —Deberíamos hacerlo rápido. Puede que gente eche en falta, sobretudo a esos dos que no estaban en nuestros planes.

—¿Eso es un reproche? —La voz de una mujer me sorprende. —Yo no tengo la culpa de que estuvieran metiendo las narices donde no debían. Quizá eran amigos de Helene. Yo cumplo órdenes casi tanto como tú.

Subo de nuevo hasta arriba y saco de mi cinturón una granada. Esto tiene que salir bien a la primera. Me concentro y noto a Cassandra cerca, muy cerca, tiene que estar prácticamente bajo mis pies. Lanzo la granada a uno de los árboles del exterior y, tras ver a varias personas corriendo hacia el exterior, me deslizo completamente por la chimenea. Corro por el salón que me recibe hasta una puerta que está cerrada por varios cerrojos y parece excesivamente protegida. Esa tiene que ser. La derribo con un par de patadas y bajo las escaleras. Dos hombres ataviados con armas me esperan. Le corto el cuello al primero con una de mis dagas y lo uso como escudo humano para el arma que lleva en sus manos el segundo. Antes de que pueda sacar la pistola, hago lo mismo que con el anterior.

Cassandra, Anthony y otra chica están asustados y atados en sillas en ese lugar. Me dirijo directamente hacia mi objetivo.

—Podrías saludar, sé que sabes que estoy aquí. —Inquiero a Cas que debería estar llorando de emoción al haberme sentido venir a rescatarla.

—Si voy a tener que estar eternamente agradecida contigo, prefiero morir aquí. —Asegura.

Siempre tiene que discutirme. Ganas me dan de dejarla allí abajo y quitármela ya de encima de una vez por todas. “¿Qué se sentirá cuando se rompe la conexión?” Unos pasos alterados e incesantes llegan desde la planta de arriba. Le quito la venda de los ojos y sus pupilas están agrandadas y fijamente sobre las mías.

—Está muy bien lo de que os odiéis y tal, pero me gustaría salir de aquí. —Anthony. Me había olvidado de él. Le desato las manos con un tajo de mi cuchillo y él sólo se termina de quitar el resto.

—Te dejaría aquí, pero entonces no sé para qué me he molestado en hacer el camino. —Le desato las manos y lo primero que hace es pegarme un puñetazo. —Yo me largo ya, apáñate para

salir.

—Sam. —Me doy la vuelta y la veo intentar desatar con sus dedos las cuerdas entrelazadas. —Tenemos que llevárnosla. —Señala a la otra mujer que está inquietamente tranquila mientras sucede todo.

—No. —Sigue tirando con las uñas. —No tiene nada que ver con nosotros. —Los pasos se acercan peligrosamente y los gritos empiezan a acontecerse. —Oh, vamos, siempre tienes que salirte con la tuya.

Corto las cuerdas de la desconocida y les desvendamos los ojos, es peculiar su tranquilidad en esta situación tan poco corriente para los humanos de a pie. Le ordenamos que nos siga y lo hace incluso sin esfuerzo. Llegamos hasta mi coche y los cuatro, nos ponemos en marcha.

Pasan siete minutos de reloj y nadie le dice nada a nadie. Es como si cada uno quisiera dejar omitida una parte de la historia. Me concentro en conducir mientras me pregunto si ha sido buena idea venir.

—Oye Sam. —Giro la cabeza levemente. —No te acostumbres a oírlo, pero Gracias. —Mis labios se curvan inevitablemente en una sonrisa de suficiencia y satisfacción.

## Capítulo 12

Cassandra

El interior del coche se palpa demasiado tenso. Anthony mira por la ventanilla y supongo que estará pensando en si Tom se ha recuperado. Le ofrecería mi móvil, pero el ser secuestrada conlleva que te quitan todas tus pertenencias. La chica está cabizbaja. La miro por el retrovisor central y me pregunto si le habrán hecho algún daño, también si toda su situación tiene o no que ver algo con nosotros, los guardianes y los raptos.

Sam va inusualmente callado y pareciera que esté totalmente convencido de que vamos a tener más problemas esa misma noche. Su postura es tensa y evita mirarme a toda costa. No es que no le agradezca que haya venido, es que para mí, el protegernos mutuamente, no tiene sentido. Intentamos no hacerlo, pero la discusión moral interior siempre está desajustada. Qué es mejor: tener un compañero que está en el otro bando o renunciar a una parte de tu poder.

La curva en la calle del Hotel “Mundie” nos hace reducir considerablemente la velocidad. Y en el mismo instante por el que pasamos por la puerta del gran hotel, Helene abre la puerta y se tira haciendo una voltereta. Sam derrapa con el vehículo y lo dejamos en medio de la calle como si ni siquiera fuéramos los dueños. Perseguimos a la mujer en un imposible vestíbulo de obstáculos.

Helene es rápida. No sé muy bien por qué huye de nosotros si la hemos salvado. Al pasar por al lado de un carrito de botones, lo tira para hacer más difícil mi persecución. Salto ágilmente aunque estoy algo entumecida por el secuestro y me encamino hacia un pasillo largo y estrecho cuyas paredes son de color rojo pasión. Al final del mismo, encuentro unas escaleras y las descendo con velocidad. Me lleva algo de ventaja y no sé cómo puede tener tan buena condición física. Llega a una salida de emergencia justo cuando estoy a punto de pisarle los talones. Sus manos tocan la barra para salir al exterior y en ese mismo instante, Sam entra desde fuera hacia dentro. Anthony llega rompiendo una puerta lateral hasta el mismo lugar. Rodeamos a la mujer y nos miramos complacidos unos a otros.

—¿Qué queréis de mí? —La chica está agitada y desconcertada ante nosotros

—Yo nada, guapa, te he seguido por pura inercia de persecución. —Anthony lo dice de una forma risueña y casual que no pega nada con el escenario y me tengo que girar para negar con la cabeza en su dirección

—¿Por qué te secuestraron esos tipos? —Intento encauzar la conversación a un término más lógico

—¿Por qué me secuestráis vosotros? —Pregunta y es como un puñetazo en el estómago. Es cierto que la hemos salvado. O bueno, nos han salvado, pero eso no nos da derecho a retenerla.

—Yo...vi como te secuestraban. —Me sincero en el momento exacto en el que un tiroteo se inicia en la planta de arriba.

—Corred. —Sam grita y todos obedecemos.

Nos están buscando, pero, por qué. No sabemos nada de lo que estén escondiendo. ¿Tan importante es lo que ella sabe? Lo oigo en la distancia y lo reconozco. El ferrari. Me tiro encima de Helene en el momento exacto en el que un hombre con el pelo demasiado rubio pasa en su coche de alta gama a toda velocidad para intentar dispararla. No nos alcanza la bala por poco.

Bastantes hombres, vestidos todos elegantemente, nos persiguen con armas de fuego. Esto se está poniendo feo. Me quito la camiseta y los presentes me miran sorprendidos. La enrolló en mi mano y rompo la ventanilla de un vehículo de policía que acaba de llegar dispuesto a atrapar a los “atracadores”, eso piensan que son. Nos montamos en el coche sin dilatar más la operación y salimos disparados hasta algún lugar seguro que, aún, no se me ocurre cuál puede ser.

—A la izquierda. —Sam me indica con la mano cuando estamos a punto de entrar en una rotonda y decido seguir sus indicaciones puesto que no tengo ningún plan mejor. —Aparca en esa casa de fachada ocre del fondo. —Le miro esperando alguna explicación coherente, pero nunca dice nada. —Tú haz lo que te estoy diciendo.

Y lo hago. Nos acercamos al muro que rodea la residencia y nos indica que esperemos ahí. Se cuela por encima de la puerta y le oigo romper algunos cristales. Suena la alarma de seguridad. Genial. Robar un coche de una autoridad y ahora allanar una casa. Aumento mi currículum delictivo que da gusto. El sonido estridente cesa y con ello, también lo hacen nuestras caras de alerta. Sam abre la puerta del jardín y nos dice que entremos. Antes de cerrar mira a ambos lados de la calle desierta y oscura.

—No pasará nada. Entra. —Le miro con desconfianza y no puedo decidir hacer más que lo que ha dicho.

El jardín de la casa es bastante amplio. Hay algunos flamencos rosados dispersados por él. A la izquierda hay una fuente cristalina con un Cupido que me resulta bastante tierno. Los adoquines por los que ando son de granito blanco y le dan un aspecto glamuroso a la estancia. Al entrar, el recibidor se me hace enorme. Puedes decidir ir a la izquierda donde el parqué se vuelve alfombra y da lugar a un comedor. A la derecha hay un largo pasillo y justo enfrente de mí, hay una escalera por la que Sam está subiendo.

Un grito llega hasta mí y me giro preparada para atacar, pero Helene sólo se ha recostado contra la pared dejándose caer para pegar sus rodillas al pecho y lloriquear como una niña pequeña. Todo esto debe estar siendo muy duro para alguien totalmente ajeno al cruel mundo en el que vivimos. En realidad, aún no sé por qué la secuestraron y tampoco puedo olvidar la carpeta que encontramos en su vivienda.

—Helene... —Me agacho con suavidad y le retiro las manos de la cara. Sus ojos parecen confusos. —Todo va a estar bien.

—Tú no lo entiendes. —Respira con seria dificultad y tengo miedo de que el pánico le atenace los pulmones. —Ellos volverán. No dejarán que me vaya, no pueden.

—¿Por qué? —Levanto la mirada buscando a Sam pero debe de haberse perdido en alguna de las habitaciones. Conoce este lugar, está demasiado cómodo y despreocupado. —Olvídalo. No contestes. Te llevaremos a un lugar seguro. Con nosotros. —Anthony me mira como si hubiera perdido la cabeza y me hace recordar que es un Ramtor. —Tú no lo puedes saber, pero hay templos que son seguros, son como corazas. Allí nadie podrá encontrarte.

—¿A cuál de los diez templos iríamos?

Su pregunta me pilla totalmente desprevenida. Sabe cuántos hay y eso le confiere cada vez más papeletas de saber más información sobre nosotros de la que creíamos posible. La carpeta. Miro sus ojos felinos, calculadores. Ella sabe que también encontramos cosas, que creemos saber cosas, quiere anticiparse a nuestra jugada.

—¿Qué te hace pensar que hay diez? —Ver el por qué de su seguridad va a ser mi baza. Cometerá algún error al explicarse.

—Sé que hay diez, no necesito pensar nada. —Su voz mordaz me hace saber con seguridad que

es consciente del número y que no lo ha dicho para nada al azar.

—Tú no sabes nada. —Sam ha llegado en algún momento y utiliza su mejor sonrisa para dejar claro que él es quien controla la situación.

—Yo no diría que no sé nada, Sam Ramtor. —La observa estupefacto. —Quizá sois vosotros los que no tenéis toda la información que querriais.

—Dejadnos solos un momento. —Sam coloca una silla frente al sofá en el que Helene permanece sentada. Ahora, parece estar mucho más calmada.

Anthony se encoge de hombros mientras asegura que aprovechará para ponerse en contacto con Tom y asegurarse de que está bien. Yo, simplemente, resoplo muy fuerte en tono de resignación y me voy hasta la escalera para subir el mismo escalón diez veces y que piensen que me he ido. No hay nada que ellos deban hablar que yo no deba saber. Al fin y al cabo, yo soy la que quería rescatar a Helene.

—¿Te ha intrigado lo que he dicho? —Sugiere

—No. En realidad, lo que me preocupa es de dónde has sacado la información que había en esta carpeta. —Aunque no la veo, sospecho que se trata de la misma carpeta que se llevó del apartamento mientras buscábamos y que yo no he visto desde entonces. No me gusta estar en desventaja en cuanto a información. —¿No vas a decir nada? —Sólo se oye una risa en respuesta. —Oye, el haberte salvado no me impedirá matarte si lo creo necesario para la seguridad de mi raza.

—¿Tu raza? —Ella ríe más alto. —De acuerdo. Hagamos como que entiendo lo que quieres decir. ¿Qué te preocupa que yo tenga esa información o de dónde la haya sacado?

—Las dos cosas. —Su tono es severo y decidido

—Sólo te responderé a una de ellas. Elige.

—¿Para qué quieres esa información?

—¿Has cambiado de pregunta? No sé si eres inteligente o estúpido. —El ambiente es muy tenso y yo contengo la respiración intentando estar calmada mientras sostengo entre mis manos un cuchillo de pequeñas dimensiones por si a Sam se le cruzan los cables. —En realidad, en la actualidad, no la quiero para nada.

Oigo a mi compañero respirar nervioso e impaciente ante esa contestación, la cual, por otra parte, seguro que es mentira. Salgo hacia a ellos y los dos me miran. A Helene, no parece sorprenderle en absoluto verme allí plantada dispuesta a quitarle de encima a su interrogador particular.

—Qué alegría verte por aquí, interrumpiendo. Espero que notes la ironía. —Siempre tan simpático este chico.

—Yo, en realidad, sí que me alegro de verte. Tenía ganas de conocerte, Cassandra. —La miro fijamente sin entender por qué veo más allá de sus palabras. —Mucho antes de que te secuestraran junto a mí, tuve la esperanza de que hubieras visto como me llevaban.

—¿Tú sabías que yo te seguía hasta tu casa? —Mi perplejidad debe ser evidente

—Yo te conozco desde hace mucho tiempo. Mucho antes de nuestro encuentro fortuito en el Subway.

Me siento frente a donde ella, sin alterarse de ninguna forma, me mira. Estoy confundida y Sam se ha acercado hacia la ventana como si fuera más fácil para él obtener información desde la distancia. De todas formas, no había podido sacarle nada con las preguntas directas. La silueta de la cara de Helene es bonita y delicada. Sus ojos parecen sumamente cansados y me siento un poco mal por estar queriendo sacarle datos cuando acaba de ser liberada. En realidad, parece que esté

secuestrada por nosotros ahora.

—Pero eso no es posible. Tú...No deberías saber qué somos, ni como nos llamamos. Simplemente, deberíamos haber pasado inadvertidos para ti en el caso de que nos hubiéramos cruzado realmente por el mundo.

—Bueno.... —parece dudar y su mente debe estar trabajando a marchas forzosas para lidiar con nuestra incredulidad y desconfianza. —Es cierto, no debería saberlo. Pero lo sé. Sé muchas cosas. —Dejo mis brazos caer hacia mis rodillas para escucharla más de cerca. —Y lo primero que sé es que no quiero a este tipo mirando hacia la ventana escuchando lo que tengo que decir. Tengo que contarte por qué sé quién eres, pero quiero que estemos solas.



## Capítulo 13

Helene

La miro a los ojos y me pregunto por qué se parece tanto a ella. Su mirada junto al repiqueteo de sus zapatos contra el suelo delata que está inquieta y expectante a lo que tengo que decir.

—Habla. —Parece que ya se le acaba la paciencia. —Por favor.

—Verás... —Pienso rápidamente en todo lo que sé y en qué partes estarán preparados para asimilar y actuar en consecuencia. —Es cierto que te conozco, pero no creo que eso sea relevante ahora.

—¿Perdón? Me parece muy relevante. —Su indignación me dice que he de captar su atención con otra cosa enseguida.

—Sé que puedes pensar que es lo primordial, pero te aseguro que hay algo mucho más grande que te afecta. Que os afecta a todos. —Su silencio da paso a que siga hablando. —Necesitáis mi ayuda, tenéis una amenaza prácticamente en la nuca y no os dais cuenta. Tengo información sobre los portales.

—¿Por eso te secuestraron? —Sus manos se mueven nerviosamente sobre las rodillas. —¿Quién te secuestro? ¿Quién eres?

—Creo que debería hablar con Sam.

Sale echa una furia sin ni siquiera detenerse a preguntarme la razón. Miro hacia la ventana que da al exterior de la bonita casa en la que nos hemos colado y me pregunto si ella me entendería. Probablemente no. Recuerdos de días de lluvia frente al telescopio vienen a mi mente sin poder evitarlo.

<< —Quizá deberías alejarte de ese aparato por un rato.

—Quizá. —Me elevo de la sillón que tenemos frente al telescopio y la abuela Samara me trae un cuaderno y un bolígrafo negro acompañado de un lápiz.

Me concentro en escribir la poca actividad que hemos descubierto y esbozo algunos bocetos con la mayor claridad posible.

—Creo que podrías salir más Helene, esto sólo es el pasatiempo de alguien demasiado vieja para distraerse con algo mejor.

—No.

Me levanto y dejo lo que acabo de realizar en su respectiva carpeta. La biblioteca es inmensa y lo tenemos todo clasificado de una forma que nos permita ser rápidas a la hora de atar información. Mi abuela se toma un chocolate caliente mientras pierde su bonita mirada en el retrato de mi padre. >>

—¿Ahora sí quieres hablar conmigo? —Sam llega cuasi divertido. —Eres una tía bastante extraña, Helene.

—Podría decir lo mismo de ti, pero eso, tú, ya lo sabes. —Los hombros se mueven involuntariamente a modo de gesto de disculpa. —He empezado a hablar con Cassandra, es cierto, pero, también lo es que, creo que te concentrarás tú en lo que realmente importa.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Sam...—Hago una pausa y respiro todo lo profundo que puedo. —Los portales tienen actividad. —Su rostro marca una mandíbula perfectamente cuadrada e incrédula mientras niega

lentamente con la cabeza. —Sé que parece imposible, y quizá lo sea, pero hay “seres” que han cruzado estando vosotros prácticamente encima.

—Te escucho.

Se sienta frente a mí y, por alguna extraña razón me permito confiar en su ambición por ser el mejor, le contaré gran parte de lo que sé.

—Voy a contarte ciertas cosas, Sam Ramtor, pero eso no significa que no quiera algo de ti, también. —Entrecierra los ojos a modo de sospecha. —Quiero ser una guardiana, sé que puedo serlo. Y tú me llevarás a ver a un templario que me conoce pero del que he perdido la pista.

—¿Qué templario?

—Krashio. —Asiente y damos por concluido nuestro trato. —Hace unos cuantos meses, frente a mi telescopio, mientras dibujaba con mis artilugios donde podía estar exactamente la entrada del portal, sucedió algo extraño. Dos guardianes estaban custodiando el portal número 4, pero ya sabes que, con exactitud, nadie sabe donde se encuentran. Las líneas que dibujan la ubicación de los portales son muy finas, precisas en cuanto al espacio pero no determinantes. Por ello, cuando se encontraban dos de ellos sentados en el capó de un coche hablando animadamente, sucedió. —Me mira intensamente. —Un hombre, de aspecto extraño apareció de la nada junto a una fuente de agua. No pudo salir de ningún sitio y además no era alguien que pasaría desapercibido, sobretodo por el aspecto de su cabello. —Sam se reclina hacia atrás y sigue esperando. —Sé que puedes pensar, a priori, que pude no fijarme en el sitio de procedencia que, seguro, es humano, pero esto, no es verdad. Repasé las cámaras de mi apartamento. Unas que tengo muy bien colocadas en el exterior para no perder detalle y, al mirarlas, no vi nada. Las cámaras no grababan al ser.

—¿Por qué tienes un telescopio vigilando los portales?

—Yo... —Me levanto rauda y me sitúo frente a la ventana. Inexplicablemente ha empezado a llover. —Mi padre salió con uno de los vuestros y...dejó mucha información al morir. —Está altamente sorprendido. —Lo demás ya ha sido propia paranoia. —Miento porque no quiero inmiscuir a la abuela Samara y porque no creo que me ayudase en nada contarle toda la verdad.

—Vale... —Pasa por su pelo las manos nerviosamente. —Veo que tienes información y que, en cierta medida, podría ser útil, pero para ser guardián o ramtor hay que descender de uno y, además, en el caso de que llegaras a ser uno, serías débil, no se pueden hacer uniones cuando uno ya es mayor. ¿Sabes lo que son? ¿Las uniones?

—Sí. Ya te he dicho que sé muchas cosas. ¿Y si pudieras desligarte de Cassandra? ¿Lo harías?

Le he pillado por sorpresa e incluso me he pillado desprevenida a mí misma. No tenía pensado meter esto en nuestra conversación pero Sam parece ansiar ser poderoso, poder dirigirse a sí mismo. Además, quizá sea un alivio también para Cas.

—¿Hay una manera? —Eleva las cejas y eso me da una pista fundamental. Lo haría. Y eso hace que yo tenga información que él necesita y que le obligue a ayudarme.

—¿Me llevarás con el templario y me ayudarás a no morir mientras llevo a cabo el proceso?

Asiente y se va, quizá ya ha dado por concluida esta conversación. Creo que los dos nos beneficiaremos de esta nueva amistad. Rebusco por la habitación hasta dar con un lápiz y un papel. Dibujo garabatos de un hombre de facciones afiladas, mirada aguileña y cabellos platino. Su ropa es vaporosa y en forma de capa, al menos, cuando cruza. Lleva una daga curiosa que detallo en mi boceto. Tiene la empuñadora de oro con esmeraldas incrustadas. La hoja es fina y mortal y brilla al contacto con el sol.

Miro a ambos lados y me asomo al hueco de la escalera. Me han dejado totalmente sola allí abajo. Paso rápidamente el folio hacia atrás y escribo ligeramente:

“El enemigo está nadando en un río de aguas bravas, pero es un salmón. La corriente debe cambiar de dirección”

Lo enrolló velozmente y lo colocó en mi bota derecha. Vuelvo a detenerme en terminar los últimos vestigios de mi dibujo.

—No se te da mal. —Una voz me sobresalta y dejo caer todo al suelo. Anthony se agacha a recoger mis cosas. —No quería asustarte, sólo no podía dormir

—¿Por qué?

—Mi compañero estaba herido cuando me fui. —Se encoge de hombros mientras pasa las manos por mi boceto. —¿Qué es?

—Un elfo. Yo diría que es de la realeza, por la empuñadura. —Los ojos bonachones de Anthony me recuerdan algo y lamento no estar en mi apartamento del centro donde guardo los archivos. Sé que conozco y he archivado información sobre él.

—¿Por qué me miras así? ¿Nos conocemos?

—No creo. Pero el mundo a veces parece muy pequeño. ¿Por qué estabas con Cassandra cuando os secuestraron? Creía que su compañero era Sam y que, además, los ramtors no estáis al servicio de los portales este año.

—Ya, bueno, así era. Pero ha habido ciertos...acontecimientos que nos han obligado a ser más colaborativos.

—Sí, supongo que sí. —Me acaricio los brazos en señal de frío para excusarme. —Creo que debería irme a dormir. Descansa.

Al subir los peldaños hacia una de las habitaciones veo luz por debajo de una de las puertas. Creo que Sam está dentro. Huele a jabón y a frescura de forma penetrante. Pienso en sus ojos felinos y en la manera en que le caen algunos mechones de pelo en la frente. Destierro el pensamiento y me adentro en mi nueva habitación.

Al sentarme en uno de los banquitos de madera de la estancia, vuelvo a mirar hacia el exterior. La lluvia me trae recuerdos que, ahora, me pesa llevar encima. No sé cómo seleccionar toda la información que tengo ni cuándo será el momento adecuado. La nana siempre decía que el que tiene información, tiene poder, pero que esa misma información, mal manejada, podría provocar una muerte inesperadamente temprana.

<<Juego con mis muñecas por el salón de la nana cuando una de las ventanas del despacho se abre violentamente. Mis cortitas piernas se deciden a ir hasta allí para cerrarla de nuevo. Casi en la misma repisa, hay un gran objeto metálico por el que la abuela siempre está mirando. Ahora que está preparando chocolate caliente, quizá sea un buen momento para mirar yo. Me encaramo al sillón de terciopelo azul como puedo y colocó mi pequeña mirada sobre el lente de contacto. Se ve la calle. Es fascinante lo cerca que parece estar. Una chica llama mi atención. Acaba de darle un puñetazo a un hombre muy alto. El chico le devuelve una patada con fuerza. Me llevo las manos a la boca porque no puedo creer lo que veo. Sacan varas metálicas y espadas y arremeten el uno contra el otro. El hombre ha conseguido tirar a la mujer al suelo y le coloca una punta afilada sobre el pecho. La va a matar.

—Aléjate de ahí, Helene. —La voz de la abuela suena demasiado severa para estar hablando conmigo. Coge mi bracito y me hace sentarme en el sofá. Mira por lo que ella llama “telescopio” y se sienta en una silla cercana a la mía. —¿Qué has visto?

Me levanto y ando hasta llegar a una de las mesitas de la entrada. Ahí tengo mis colores. Dibujo con detalle la escena y se la enseño a la abuela Samara. Ella abre desorbitadamente los ojos.

—¿Por qué se pelean, abuela? —Inquiero con la voz perdida en alguna parte

—Porque son estúpidos. —Parece realmente enfadada. —¿Quieres que te cuente una historia?

—Asiento. —Hace muchísimos años, tantos que ni siquiera yo o mis antepasados vivían, nació una raza nueva y poderosa llamada “Protectores”, su fuerza, valor y coraje, eran cosas de los deseos divinos de los templos. En estos templos, habitaban unos hombres cuyos orígenes siempre han sido desconocidos. Estos eran capaces de interpretar la voluntad de los cielos, pues cuando los bebés de esta raza nacían, había truenos y relámpagos. Empezaron a hacerse unos ritos que hacían que los niños, como tú, adquirieran una fuerza descomunal y un compañero de alma para siempre. Fueron tiempos felices.

Pero con el tiempo la raza se vio dividida. Ciertas personas de dentro, sólo ansiaban tener más poder. Les enorgullecía ser custodios de los portales, tenían más sed de batalla. Inculcaban valores con una educación de hierro. No creían en el miedo. Y su máxima en la vida era obedecer las órdenes que mantuvieran sus méritos intactos.

A esa misma vez, otra rama crecía en las entrañas de los Protectores, había gente que quería tener familia. Quería proteger la humanidad, sí, pero no era lo más importante en sus corazones. Transmitían la bondad y la empatía a sus hijos y les animaban a tener más vida que la de luchadores.

Con el tiempo, se vio que los orgullosos renunciaban a su apellido por el de “Ramtor”, no querían ser individuales. Querían ser un todo que protegía a la humanidad. El resto, se negó a este cambio radical y mantuvieron su apellido.

Desde aquel día, se conoce la misma raza por dos nombres “Ramtors” y “Guardianes”

—Vaya.... —Mi fascinación crece a un ritmo desenfrenado. Es la mejor historia que me ha contado la abuela con diferencia. —¿Puedes contarme otra historia con esta raza como protagonista?

—Claro...Muchas, cariño. —Mis ojos brillan de la emoción. —Pero, mejor, será que lo haga otro día. Si no duermes puede que vengan elfos malignos a por ti.

—Pero yo creía que los elfos eran buenos...

—Pues no lo son, Helene. —Sus labios son una fina línea que demuestra enfado. —Y duérmete ya. >>

## Capítulo 14

Sam

Todo en la habitación parece estar igual que cuando me fui. Ni siquiera la cama está desecha. Paseo mis largos dedos por las lejas de caoba donde descansan figuras que alguna vez tallaron con un cuchillo afilado. Me detengo en coger un marco de fotos. Dos siluetas parecen sonreírme. No debería haber venido aquí. ¿Quién es Helene? ¿Qué sabe?

Mi cuerpo está caliente bajo las mantas, incluso sudoroso. Mis pesadillas no paran de atormentarme e incluso soy consciente de no estar del todo durmiendo. Oigo un grito. Aterrador. Me incorporo grácilmente, desenfundo un cuchillo que guardo bajo la almohada y salgo corriendo hacia el pasillo. Algo choca conmigo en la oscuridad. Alguien. Agarro a Cassandra por la cintura y me mira directamente a los ojos.

—¿Qué ha sido ese grito? —Digo y su mirada me atraviesa con una leve preocupación

—El grito...provenía de tu habitación. —Su respiración es agitada y tiene graciosamente despeinado el pelo sobre la cara. Se lo echa hacia atrás con una de sus pequeñas manos. —Puedes soltarme...

Lo hago. No sabía que aún no lo había hecho. En la oscuridad y en pijama, ella no parece tan preparada. Lleva un camisón azul marino que le cubre hasta las rodillas y no ha cogido ningún arma. Asiento aunque no ha dicho nada para dar por finalizado el encuentro y me vuelvo a la habitación. Al sentarme en el borde de la gran cama vuelvo a mirar la fotografía y noto cansados los hombros.

—¿Por qué gritabas, Sam? —Ella no puede dejarlo pasar y viene hasta mí, como hace siempre.

—Supongo que cada uno tiene sus tormentos...

—¿Es tuya esta casa? —Asiento. —Por eso sabías que nadie vendría a llamarnos la atención. Deberías haberlo dicho.

—No vuelvas a irte con un Ramtor, Cassandra. —Mi tono es severo y ella debe notarlo, pues se sienta junto a mí. —Que los templarios quieran que colaboremos no quiere decir que todos estén de acuerdo con ello. Son tus enemigos....—Suspiro fuertemente. —Y algunos también son los míos.

—¿Por qué querría alguien de los tuyos hacerte más débil en los tiempos que corren? —Me pone una mano sobre el hombro y yo quiero terminar con esto. Necesito que se vaya porque es quien es.

—¿Cómo crees que se sienten aquellos que, teniendo compañero “real”, no pueden vencerme? ¿Crees que los que no pudieron unirse en los años inmediatamente posteriores al nuestro no nos guardan rencor? Tú sabes de sobra que somos muy competitivos.

—Anthony no parece mal tipo, pero quizá lo sea. No lo conozco lo suficiente.

—Ni tienes por qué conocerlo. —La espina dorsal me vibra intensamente y parece que mis tatuajes están incómodos, cosa imposible por otra parte. —Cuando acabe todo esto de los asesinatos volveremos a no hablarnos y a intentar matarnos entre nosotros por la dominación de los portales. —Hago una pausa. —Tenías razón sobre Helene. Algo tiene que ver con nuestro mundo. Parece que tu intuición no está tan atrofiada.

—Evidentemente. —Se ríe y deja caer hacia atrás con suavidad su cuello, dejando entrever la tinta de sus dibujos. —¿Qué te ha dicho?

—Nada en especial. —Miento. —Quiere ir a ver a Krashio, parece que lo conoce.

—Me ha parecido que hablabais más tiempo. —Sugiere intentando sonsacarme, pero no estoy dispuesto, ella quería dejar a Cas al margen.

—Es una tía bastante extraña y enigmática. La mayoría del tiempo estaba pensando.

Un temblor recorre la estancia e, instintivamente, nos cogemos de la mano. Para. Debe haber sido un terremoto. Mi respiración es agitada y la distancia entre nosotros es demasiado corta. Aspiro su fragancia dulce y sin querer, me estremezco. Ella da un paso con sus pies descalzo hacia delante. La energía de la habitación es peculiar, nunca habíamos estado tan cerca, parece que nuestra conexión hace cosas extrañas. Sus labios están ligeramente entreabiertos y su pecho sube y baja de forma irregular. Aprieto los puños y cuadro la mandíbula esperando a que algo rompa el silencio instalado. Hay demasiada intensidad.

Doy, ahora yo, un paso hacia ella. Nuestras manos no se han soltado en ningún momento. Sus ojos son cautivadores y está dibujando una media sonrisa. Inevitablemente yo también hago una mueca amistosa. Mi mirada se desvía momentáneamente y todo cambia para mí. La vuelvo a mirar, ya no es lo mismo. Suelto bruscamente nuestras manos y me mira buscando una explicación.

—Vete, no deberías haber venido hasta aquí. —Aprieto más los puños. —En el caso de que el grito hubiera sido mío, evidentemente, no hay nada que tú hubieras podido hacer por mí. Sólo eres un lastre en mis peleas. La prueba está en que he tenido que venir a salvarte cuando a mí me había encargado otra misión.

—Eres un imbécil. —Está dolida

—Lo soy, pero me necesitas. —Levanto mi barbilla en señal de altitud. —Lo bueno de estos asesinatos es que acabará extinguiéndose una de las razas, y, entonces, no tendré más remedio que prescindir de tu supuesta energía. Total, no es que esté sirviendo para mucho.

—Yo.... —Lucha contra las lágrimas que se agolpan detrás de sus iris. —Yo soy la que tiene el instinto. Soy yo quien encontró a Helene.

—Pero no es contigo con quien quiere hablar. —Sentencio. —Por algo será.

—Eres cruel, Sam —Se encamina hacia la puerta con aire digno para detenerse en sosteniendo el pomo. —Por eso sé que, aunque nadie lo confirme, fueron tus padres los que asesinaron a los míos.

Algo estalla en la habitación. De repente tengo a Cassandra muy cerca. Nuestros ojos se encuentran con una ira inusual. Esto es algo personal, demasiado personal. Levanta su puño para golpearme a la vez que yo lo hago con mi daga. Algo estalla con más fuerza y salgo despedido por los aires.

Caigo contra algo excesivamente duro y no tengo ni idea de que acaba de pasar. Escupo gotas de sangre que saben a hierro. Pongo una mano en el suelo. Grava. Es la carretera. Pongo la otra y me incorporo con dificultad. La camiseta está hecha girones y el pelo lleno de ceniza. Algunos cristales caen de mi camiseta.

La casa. Está ardiendo. La ventana de mi habitación está hecha añicos. Grandes llamas doradas y rojas se hacen con toda la madera y los jardines que rodean la casa. La bella estructura blanca ahora se está calcinando.

—¿Qué ha pasado? ¿Sam? —Helene sale vestida con otro camisón. Ninguna llevaba maletas, debieron de cogerlo de la casa. —¿Estás bien? Pareces muy magullado.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Un atentado? —Anthony llega hasta nosotros intranquilo. —Casi no

llego, las llamas aumentaban muy rápido. —Se detiene y mira había ambos lados mientras yo luchó por sacar de mi pecho el impacto. —¿Dónde está Cassandra?

Mi mirada vidriosa y las pestañas llenas de cenizas recorren ahora nerviosamente el espacio. Cas. El impacto ha sido donde estábamos nosotros. Si yo he salido con tanta fuerza hacia el exterior, ella debió salir disparada hacia el interior de la casa,

Mis pies no dudan. Salto el muro recibiendo alguna quemadura. La hiedra de la entrada se está quemando y un gran círculo de fuego es en lo que se está convirtiendo. No hay forma de entrar. Rodeo la casa en busca de la puerta trasera. Está atascada. La patada llega antes de pensarlo. Subo las escaleras y algunos de los tapices ya están empezando a arder.

Su cuerpo está al borde de la habitación, debió rebotar con la pared. El pelo le tapa toda la cara y sus manos caen a ambos lados de su cabeza.

—Cas... —Me agacho a su lado e intento no moverla demasiado. —Tenemos que salir.—Una viga se cae a nuestro alrededor. Miro a la habitación que una vez fue de mis padres, esa donde se ha producido todo. El retrato se está quemando y el marco estalla ante tanta temperatura. Miro al cielo. —Cassandra, ¿me oyes?

Ante su falta de respuesta he de cogerla en brazos. Sus finos mechones de pelo caen todos hacia abajo y tiene una gran brecha en la frente. Su cuerpo pesa menos de lo que esperaba para la gran fuerza que parece tener. Llego abajo rozando el marco de la puerta encendido. Una pequeña quemadura me hace apretar los dientes.

Junto al coche. Anthony y Helene me miran con preocupación. Helene se acerca inusualmente rápido y empieza a tomarle las pulsaciones a Cassandra. Retira el pelo restante de su cara y busca algo en el coche. Coge una botella de agua y le limpia las cenizas del rostro. También deja caer un poco sobre la línea y fina que es su boca. La metemos en el coche y salimos disparados. Necesita ir a un templo. Miro hacia atrás y el tono blanquecino de su piel me preocupa.

—Ni se te ocurra morirte Cassandra. —Lo digo esperando que pueda oírme

Conduzco todo lo rápido que puedo para llegar al templo más cercano. Krashio y Klugan estarán allí. No deberíamos haber ido a ninguna misión y yo no debí decirle esas cosas... ¿Y si se muere? ¿Y si ya está muerta? ¿Lo notarían no?

Anthony va a mi lado con cara de incredulidad y horror. Helene lleva en su regazo la cabeza de Cassandra, parece realmente conmocionada con esto. Quizá, al ser una humana corriente, no estaba preparada para la explosión. ¿Cómo se produjo la explosión?

La estructura majestuosa del templo ya nos da la bienvenida. Aunque Anthony se ofrece a entrarla dentro, dejo tirado el coche en mitad de la carretera para abrir la puerta trasera. Su cuerpo se me hace conocido al recogerlo entre mis brazos. Las escaleras se llenan de gente como si hubieran oído nuestra llegada. Las personas se van apartando a nuestro paso poniendo cara de sorpresa. Krashio llega hasta nosotros en primer lugar.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho, Sam? —Su expresión delata que, de verdad, piensa que he sido yo. —¿Helene? —Su mirada se ha desviado a nuestra misteriosa nueva acompañante. Así que es verdad que se conocen... Nada de eso importa ahora.

—Haz algo Krashio.

Indica con sus manos que todos deben salir de la habitación. Anthony, Helene y yo no nos damos por aludidos. Inclina la cabeza y me pide que la deje sobre el borde de la fuente de la entrada. Dudo, pero es un templario. Lo hago. Grandes punzadas de dolor empiezan a recorrerme por dentro.

—Se está muriendo, Krashio. —Lo digo porque de alguna forma extraña sé que es cierto.

—Lo sé.

Me pide que salga, al igual que al resto. Me resisto. Klugan hace su aparición en lo alto de la escalera. Chasquea los dedos y todos resbalamos involuntariamente hacia atrás. Estamos fuera del templo. Las puertas se cierran. Lo último que veo es la cortina negra que es el pelo de Cas cayendo desde su reposo en la fuente.



## Capítulo 15

Klugan

Cassandra está en el borde de la fuente con un fino hilo de vida. Bajo las escaleras tras echar a los espectadores no deseados y llego hasta ella.

—Yo fui su unionista... —Cojo la mano de la chica esperando comprobar que energía queda en su interior. —Ella es especial. —Krashio me mira. —Al igual que lo es Sam. —Asiente.

—¿Crees que se recuperará sin más?

—No, en realidad estoy prácticamente seguro de que necesitaremos a su compañero para poder hacer algo con ella, pero, me preocupan otras cosas también, amigo. —Agacha la cabeza como si supiera de lo que le hablo. —¿Qué hace ella aquí? ¿Cómo te ha encontrado? ¿Te ha dicho algo sobre...?

—¿Sobre qué? ¿Qué tiene que decirme, Klugan? —Parece nervioso, quizá no debí insinuar nada sobre lo que ella podría saber de lo que yo hice, no creo que se le contara nada.

—Nada, sólo estoy nervioso. —Paseo por la estancia mientras los bordes de la fuente están descendiendo solos hasta introducir el cuerpo de Cassandra completo en el agua rosada. Queda flotando y la rareza de tal acto no nos sorprende. El templo ha hablado. —Se están produciendo demasiadas cosas extrañas, y... —Medito en si confiar del todo en el que siempre ha sido mi amigo. —Creo que hay algo grande detrás de todo esto. Las muertes de bebés, heridas entre los guerreros. La llegada de Helene. Todo no puede ser casualidad. Tiempos oscuros se avecinan, y no estamos preparados para ello.

—Hablaré con Helene. —Veo la determinación templaria en su mirada. —Tiene que irse de aquí, pero he de saber por qué ha venido.

—Si Cassandra se entera de quien es....

—No lo hará. —Sentencia.

—No pensaba decírtelo, ni a ti ni a nadie, pero creo que alguien debe saberlo, sobretodo por lo que te voy a pedir. —Su expresión refleja incredulidad e intriga. —Voy a desaparecer. Esta misma noche. No puedo decirte a dónde voy ni qué voy a hacer, pero necesito que cuides de Cassandra por mí. Asegúrate de que vuelve a la vida sana y salva, estoy seguro de que es una pieza muy importante en este juego en el que estamos del que parece que no sabemos las reglas. No dejes que Helene se inmiscuya demasiado y, venga quien venga a preguntar por mí, sólo diles que no sabes dónde estoy ni qué me ha pasado.

—Klugan —Se acerca a mí aunque no somos muy dados a hablar de nosotros como si importáramos al margen de nuestra función como interpretadores del templo. —Por alguna extraña razón, siento que esta es la última vez que te voy a ver. Por ello, he decirte dos cosas: Gracias por todo lo que hiciste por mí. —Asiento recordando días difíciles y decisiones apresuradas. —Y... aunque no esté bien...mi prioridad será poner a Helene a salvo.

—Lo entiendo.

Voy hacia la biblioteca y utilizo el pasadizo para llegar hasta la calle. Tengo un mal presentimiento. Es como si tuviera el mal delante de mí y no fuera capaz de identificarlo. He reconocido a la perfección lo que le pasa a Cassandra. Los compañeros de alma, no pueden atacarse entre sí, no con la suficiente fuerza como para matarse. Lo que lleva necesariamente a

pensar que, tenía que ser de tal magnitud el enfrentamiento para que el pedazo de alma del compañero que llevan dentro saliera momentáneamente a proteger al otro. Al salir dos mitades chocan y producen una gran explosión. El problema es que, si aún están en la fase de intentar matarse, no estarán listos para lo que se avecina. Y si no luchan juntos...morirán.

Un callejón alejado me recibe a varias manzanas. Mis pensamientos me han llevado hasta allí. Un pequeño bar de landronzuelos, matones a sueldo y otro tipo de malhechores, llamado “truco o trato”, es mi dirección. Al cruzar su puerta robusta y chirriar los engranajes dudo un instante. El ambiente está cargado con tabaco y otras sustancias que hacen que sientas asfixia. En un rincón, en la mesa más alejada, encapuchado, alguien está esperándome.

—¿Qué necesitas, templario?

—Un trato. —Es difícil tomar caminos como este, pero, en ocasiones, no hay alternativa. Mi interlocutor asiente y extiende la palma de la mano hacia arriba. —Un cristal del templo. —Asiente y damos por concluido el precio del trato. —Tengo aquí exactamente 13 cartas, con nombre y fecha de entrega. —Levanta un poco la cabeza pero la vuelve a bajar rápidamente al darse cuenta de que su sorpresa puede hacer que se delate su identidad. —Lo que no puedo darte es ubicación, porque no sé en qué circunstancias estarán esas personas llegadas las fechas. —Un grupo de hombres pequeños entran al local y sospecho que son cazadores de recompensas. —He de irme. Si alguna de esas personas muere, destruye la carta que iba dirigida a esa persona y deposítala en el último sobre que tienes, en la carta 13. ¿Lo has entendido todo? —Asiente y me voy.

Cuando estoy a punto de cruzar el umbral de la puerta, volteo el cuello ligeramente para ver, con el poco espacio que me da llevar la capucha de la capa puesta, que está leyendo los nombres y las fechas. Sonríe satisfecho porque eso significa que verá hoy mismo el contenido de la primera carta.

<<CARTA 1:

FECHA. 1 Octubre.

Nombre: Al templario renegado.

Sí, sé quién eres. Siempre lo he sabido. De hecho, fui yo aquella voz que te sugirió que nunca te quitases la vida. En aquel momento me pareció lo mejor. El templo no habló, es cierto, pero también lo es que la magia del templo es extraña y su lenguaje es desconocido. Quizá su voluntad fuera que te salvase, quizá no.

Te he pedido a ti esta misión porque creo, con firmeza, que puedes ser de mucha utilidad en la guerra que, sin duda, se acabará librando.

Es de vital importancia que nadie sepa quién eres, que nadie sospeche de tu contacto conmigo ni del contenido de las cartas. Si ahora estás pensando en abrirlas todas, sólo puedo decirte que significará, inevitablemente, de la destrucción de ambas razas a las que deseamos proteger.

Voy hacia mi nuevo destino, quizá han sido algo desacertadas mis decisiones, pero espero estar haciendo todo esto por una buena causa.

Mi mente viaja inevitablemente hacia al pasado, a pesar de tantos años recuerdo con claridad la extrañeza de todo lo sucedido. Un templario siempre es elegido por el templo y el cielo, el cómo se designan es un gran misterio incluso para aquellos que lo somos, por ello, cuando se produjo el hecho del primer templario renegado fue todo un lago de preguntas y un sin fin de miedos. ¿Y si los templos no deseaban tener más custodios que interpretasen sus designios? Durante días esperé, como si estuviera seguro de que, si a aquel buen muchacho le había empujado hacia el suicidio, a mí me tendría deparado algo mucho peor, pero nada ocurrió. Seguí

con mi vida y olvidé a mi pequeño amigo.

Vuelvo al presente y me pregunto si soy tan ruin como para haberle salvado la vida de su propia mano sólo para aprovecharme años después de saber quién es. Desecho la idea. Ni yo ni nadie podía predecir las desgracias que iban a ocurrir ni a los extremos que debería llegar.

Suspiro cansado cuando mis pies se posan en el porche de aquellos que guardan gran parte de mis oscuros secretos.

—Klugan... ¿Qué ha sucedido? —La mujer parece desconcertada ante mi entrada. —No deberías estar aquí. Ya te lo advertí, no debería verte nadie. Además, estás poniéndonos en grave peligro.

—Es lo suficientemente urgente como para que venga aquí a altas horas de la noche. —Mi tono no deja lugar a dudas de lo cierto que es lo que acabo de decir.

—¿Qué pasa? —Su compañero, claramente disgustado, me atraviesa con la mirada.

—Ha empezado. —La puerta se cierra tras de mí mientras los ojos de los habitantes de la casa se van agrandando con la realidad que acabo de desvelarles.

## Capítulo 16

### El templario renegado

La carta que poseo en mis manos me hace temblar. Miro hacia ambos lados, como si la gente pudiera saber quién soy. El hombre que me ha dado esta carta, Klugan me parece recordar que se llamaba, me salvó. Siempre pensé que fue el templo quien finalmente se arrepintió de expulsarme y quitarme el poder de leer los deseos del cielo. Qué ingenuo fui. Me muevo rápido para salir de la taberna, quién sabe cuánta gente más tiene conocimiento de que existo. Aunque no debería sentirme amenazado, lo hago. Corro hacia mi refugio sin cesar. La iglesia vieja y abandonada de la ciudad parece, como siempre, derruida e inhabitable. Separo los alambres sin corriente para colarme por debajo y los vuelvo a colocar en su lugar. El camino está lleno de tierra y tengo que sacudir mi gran capa cuando llego a la puerta de madera. Al darle un solo toque, cae abajo. Entro y la vuelvo a colocar. En la habitación que en su día fue el confesionario, desplazo la alfombra colocada por mí y despliego la trampilla que se oculta bajo ella. Unas escaleras caen con un pesado y sonoro golpe. Las desciendo raudo.

Todo está tal y como lo dejé, mis pergaminos, mis libros, las distintas capas y mi traje antiguo de templario. La cama recoge mi peso con un sonido de queja. Saco del bolsillo de mi traje las cartas. Hay 13. Si dejara a un lado la mía, quedarían 12. ¿12 personas inmiscuidas en qué asunto?

Pasa por mi subconsciente la idea de abrir todas las cartas, y qué que se fueran a extinguir “las razas que intentamos proteger”, el templo se deshizo de mí, no quería que tuviera esa función. Tiro la lámpara de la mesilla contra la pared y estalla en mil pedazos. La ira es una compañera muy frecuente en estos días. Me he quedado a oscuras y tengo que pagar mi pecado y encender una pequeña vela.

Al sentarme frente al escritorio pequeño y práctico frente a la tenue fragua de vulcano, despliego en mis manos todo lo que contenía mi carta y me dispongo a leer todo su contenido, el que, por lo visto, se extiende por varios folios.

<< ¿Qué pistas te puedo dar, querido amigo? Sé que piensas que todo esto ya no tiene nada que ver contigo, pero tengo sospechas que me hacen entender lo contrario. Ya ves, has dado con un viejo tozudo y algo paranoico.

No sé qué noticias llegarán hasta el escondrijo ese en el que te ubicas, pero alguien está matando bebés, y, si no actuamos, será el fin de la raza poderosa que una vez llamamos “Protectores”

Coge la primera carta, sí, esa que pone Helene. Como he pensado que tendrías curiosidad por ir viendo quién es cada persona y quiero que dejes tus intrigas a un margen te diré lo único que necesitas saber de cada una de esas personas.

También tengo que pedirte, y sé que es mucho pedir, que hagas caso las sucesivas instrucciones que vayas viendo en esta carta, pues las prisas nunca fueron buenas y todo tiene su debido momento.

Bien, creo que te he dicho todo lo que debías saber antes de inmiscuirte en esta gran trama en la que acabo de introducirte, pero, antes de dejarte sumergido en ella, quiero recordarte que todo sucede por algo y que, cada pieza en un puzzle sólo tiene un sitio correcto.

Estamos a 28 de Octubre.

Helene, es una chica delgada y con los ojos como los de un halcón, puedes ver agudeza en su mirada. Quizá es algo desconfiada por lo que deberás encontrar el momento adecuado para hacerle la entrega. Esconde demasiados secretos en ella misma y lo que más desea en el mundo es convertirse en guardiana. Recuérdaselo antes de abandonarla.

Fecha de entrega: 29 de Octubre.

DEJA DE LEER HASTA LA ENTREGA>>

Aunque no me lo esperaba de mí mismo, dejo de posar mis ojos sobre el papel de inmediato. Doblo los folios cuidadosamente y los meto en un cuaderno de color negro para protegerlos. Las cartas llevan el número que indica el orden de entrega y el nombre. No me había fijado en que no llevan la fecha, imagino que eso lo irá poniendo en mi propia carta. Paseo entre mis dedos el primer sobre. La entrega es mañana, todo está sucediendo demasiado rápido.

¿Dónde podré encontrarla?

Escondo el resto en una vieja mochila debajo de la cama. Ha empezado a llover y la madera vieja se resiente. Estoy inusualmente nervioso y, el reloj de cuco de la habitación marca la hora como si de los latidos de mi corazón se tratase. Día 28 de Octubre, hora 23:55. ¿Significa eso que, en tan sólo cinco minutos debería entregarle su carta a Helene? ¿Debería esperar a que fuera de día? ¿Por qué no fue más concreto ni siquiera sabiendo que la fecha era tan próxima? ¿De verdad no sabe dónde debería encontrarse ella en este momento?

Seguir reflexionando sobre el por qué de las cosas no va a traerme respuestas. Me pongo unos pantalones holgados negros. Unos mocasines del mismo color. Tapo con cuero mis manos y me coloco una capa de un verde intenso. Por último, subo desde mi cuello un pañuelo para cubrir mi rostro. Sólo se ven mis ojos, pero no hay que dejar nada al azar. Paso por lo que se ve de mi rostro maquillaje color carne, puesto que mi piel es oscura. Y pongo en mis ojos lentillas de color verde para ocultar mi iris marrón. Nadie podría reconocerme, ni aunque me conociera de antes.

Salgo ocultándome en la oscuridad de la noche y mis pasos son silenciosos a la vez que precisos. Llego hasta el templo de la ciudad. He sacado conclusiones muy deprisa, pero, me parece evidente que la primera carta debía de resultarme fácil. Klugan no querría que desistiera y, quizá, de costarme en exceso, abriría todas y omitiría su voluntad. Por esta razón elegí que tenía que ser un sitio de la ciudad antes de salir de mi habitación. Que tenía que ser el templo, lo supe por el hecho de que lo que más desea es ser una guardiana. Los guardianes están siendo los custodios de los portales este año, pero bebés están muriendo y eso, necesariamente, debería conllevar una congregación de los templarios. Y estos últimos son los únicos que pueden convertir a alguien en guardián.

Los arbustos frente a la gran edificación no parecen darme la bienvenida. Al esconderme en ellos me siento incómodo y varias ramas arañan mi rostro. Alguien sale mirando hacia atrás desde la puerta principal. Es un templario vestido de granate. Se quita los guantes negros dejando ver un anillo en su dedo izquierdo con forma de águila. De normal, ninguno de nosotros puede llevar algo que indique pertenencia personal, pues se supone que tu vida y lealtad es para con el templo.

Aprovecho la salida y me cuelo justo antes de que se cierre la puerta. Todo está oscuro y silencioso en la parte de abajo. Tras una columna observo la gran fuente. Está vacía pero algo me hace acercarme a ella.

Dios mío.

Una chica de largos cabellos negros está sumergida en el agua. Sus ojos están cerrados con una tranquilizadora paz y su cuerpo flota a media altura entre el líquido rosa que no deja de caer por

sus cascadas. ¿Quién es?

Oigo pasos y vuelvo hacia mi posición. Ahora entiendo por qué nadie se encuentra allí. Pero qué ha podido pasar para que un guerrero sea sumergido a la voluntad del templo. Abandono a mi nueva intriga y subo las escaleras. Es una suerte conocer el interior de la construcción. Todas las luces están apagadas en este pasillo. Por debajo de las rendijas de la puerta no se ve nada, excepto en la última. Alguien pasea de forma nerviosa por su habitación. Suena un golpe sordo. Parece un puñetazo. Abren la puerta de golpe y sólo puedo correr de nuevo hasta los arbustos.

Espero unos segundos a que alguien me encuentre y me grite que ha descubierto mi intrusión, pero nada sucede. Contemplo las posibles entradas suspirando por la dificultad de encontrar a la destinataria correcta. De repente, una luz se ilumina en una de las ventanas de la segunda planta. Me agacho y pongo especialmente énfasis en la mirada. Una silueta de mujer se vislumbra desde mi posición. Ha salido a la terraza. Tiene el pelo negro y es bastante esbelta. Al girar su cabeza para contemplar la luna, algo respingón hace contraste. Tiene que ser ella.

Me dirijo a la parte de atrás de la casa y entro por la puerta de servicio. Entro en la habitación contigua porque efectivamente mi instinto no me ha fallado y está vacía. El templo no suele acoger demasiados huéspedes. Me asomo a la ventana con cautela viendo su rostro. Cuando se gira para entrar de nuevo en sus aposentos, salto sobre ella.

Tapo su boca para evitar los gritos. Tengo que ser rápido.

—Escucha. Sé que lo que más quieres en este mundo es ser guardiana. Puedes hacerlo, pero tengo una cosa que darte y tienes que ser consciente de que, si la destruyes, nunca serás lo que quieres ser.

Abre los ojos como platos y, insólitamente deja de intentar gritar o defenderse. Pone la palma de la mano hacia arriba, como si estuviera dispuesta a sostener todo lo que pusiera en ella. Me parece extraña su reacción, pero no tengo más tiempo. Deposito la carta en su pequeña palma y me dejo caer con la cuerda preparada hasta la entrada para, desde allí, salir corriendo.

## Capítulo 17

Helene

La luna parece más grande desde el balcón en el que sigo de pie. Mi cuerpo no quiere responderme y, a pesar de que el desconocido ya no está tapándome la boca con su mano envuelta en cuero, soy incapaz de emitir palabra alguna. No tengo miedo, en realidad no. Pero siento la necesidad de confirmar que lo que acaba de pasar es real.

En mi mano, tengo un sobre color crema que lleva estampado mi nombre, pero, no sé quién podría mandarme cartas. Sin duda, la abuela Samara no usaría a alguien de ese modo para hacerme llegar un mensaje. Quién más podía saber mi nombre y dónde me ubicaba. La estrujo contra mi pecho como si fuera algo tan frágil e importante como para evitar que se vuele a toda costa.

Me siento frente al fuego de la estancia y despego el sobre cuidadosamente. La letra del emisor es legible pero rápida y nerviosa, quizá fue escrita en circunstancias extremas. La curiosidad y la ansiedad hacen que mi respiración se agitada y mis pupilas dilatadas se resienten por seguir despierta.

La puerta me saca de mi aturdimiento, no sé cuánto tiempo llevo mirando la carta sin leer sólo sumergida en mis pensamientos. Alguien entorna para entrar y yo guardo instintivamente el contenido debajo de la alfombra.

—Helene, creo que tenemos que hablar. —Krashio me mira desde el umbral y entra despacio. —No deberías estar aquí. ¿Sabe tu abuela que has venido? —Niego con la cabeza y omito decirle que no tengo ni idea de dónde está la abuela Samara. —¿Qué buscas arriesgándote de este modo?

—Te buscaba. —Es absurdo que intente dar rodeos respecto a esto. Abre un poco los ojos y después vuelve a su rostro impasible. Niega con la cabeza.

—Aquí estoy entonces, Helene. ¿Qué necesitas de mí?

—Quiero ser guardiana. —Alza un dedo hacia los labios pidiéndome que modere la voz, pero no tendría por qué hacerle caso. —Me corresponde por derecho. —Aseguro firmemente.

—Sabes tan bien como yo que eso no es del todo como lo cuentas. —Se sienta en el borde de la cama. —¿Qué crees que pasará si alguien se entera de quién eres? ¿Crees que ella te acogerá con los brazos abiertos? Y aunque así fuera, ¿qué crees que hará Sam?

—Él estará de mi parte. —No me tiembla la voz y ya había sopesado todo lo que él intenta decir para que me reitre.

—¿Cómo sabes que estará de tu parte? —Ahora si expresa horror. —¿Qué has hecho?

Basta de interrogatorios. Si no va ayudarme, da igual lo que crea pintar en mi historia. Me levanto y abro la puerta. Su pesadumbre al salir no va a detenerme. Sé lo que quiero.

Al cerrar, muevo la mesita de noche y me siento encima tras coger la carta.

<<Querida Helene:

Me alegro enormemente de que estés leyendo esta carta. El primer motivo es que significa que sigues viva y, eso, es maravilloso. Sobre todo teniendo en cuenta la temeridad que creo saber que te propones. No digo con esto que crea que no puedes conseguirlo, pero no del modo que tú piensas.

Un gran peligro empieza a acecharos y vuestros propios problemas no os permiten verlo. Voy a contarte algo más, pero nadie debe saber de la existencia de esta correspondencia. Lo que llevas haciendo desde pequeña, es crucial para la guerra que se desatará. Sí, sé todo lo que guardas y todo lo que has visto, el por qué no importa ahora.

No hables de ello hasta que estés segura de que puedes confiar en el interlocutor. Deja a Sam y a Cassandra llevar su difícil situación sin inmiscuirte, las consecuencias pueden ser terribles.

Ahora, tengo que irme, pero necesito que hagas algo por mí aún no sabiendo quién soy, pídele al templo que te muestre tu origen.

Te daría más pistas pero eso haría que lo hicieras tan rápido como para destruirte>>

Le doy la vuelta al folio varias veces como esperando a que algo más aparezca. No sé interpretar lo que acabo de leer. Quién me escribe, qué peligro. Esta carta debe ser de Krashio, me toma el pelo sólo para que me aleje de él, para que olvide lo que debería ser, y no pienso hacerlo.

La luz de la habitación de Sam está encendida. Le oigo dar pasos sin ton ni son de forma nerviosa. Toco con los nudillo la puerta y espero. Se toma su tiempo para abrirme.

—¿Qué quieres? —Me mira de arriba a abajo. Su aspecto es muy desaliñado. Una incipiente barba le sombrea la mandíbula y su pelo está revuelto. Sólo lleva unos pantalones deportivos y su gran torso empieza a intimidarme.

—¿Puedo pasar? —Me gustaría no tener que tantear el terreno en el pasillo a los oídos de cualquier curioso.

—No es un buen momento. —Está claramente alterado. Quizá debido a la conexión con Cas y el estado inusual en el que ella se encuentra le produce algún tipo de reacción.

—Es sobre tu unión con Cas. —Me mira. Pasan demasiados segundos y empiezo a dudar de que haya sido una buena idea.

—Pasa. —Su habitación está destrozada. —Te ofrecería un té, pero algún loco se ha cargado prácticamente todo lo que había aquí. —Se encoge de hombros como si no fuera evidente que ha sido él.

—De acuerdo. —Me froto las manos. —Iré al grano. Creo que tal y como está Cas es el momento de que te hable de la única forma que hay para desunirse de alguien. —No sé identificar sus sentimientos respecto a lo que acabo de decirle. —Sé que el estar unido a una guardiana no es tu gran ilusión y que, además, hace que tengáis una especie de pacto extraño que no os permite desarrollar vuestra vida como es debido.

—Tú —Se acerca de forma peligrosa y amenazadora. Esto no ha sido buena idea. —No sabes nada.

Golpes en el edificio nos salvan de nuestro enfrentamiento directo. Alguien está intentado entrar por la fuerza en el templo. Me quita de un empujón tan rápido de la puerta que me siento mareada al caer sobre la alfombra.

¿Qué está pasando?

Algo choca contra la ventana del cuarto y la rompe violentamente en mil pedazos voladores que vuelan hacia mí. Me acurruco contra mí misma en la alfombra tapándome la cara con las dos manos. Al entreabrir los dedos veo una mano extremadamente blanca apoyarse en el marco de la ventana. Algo está subiendo escalando el templo.

—Corre. —Un torso amplio está agachado sobre mí. Sam me levanta a la fuerza y me hace correr detrás de él.

—¿Qué haces? —Un tío con cara de pocos amigos le recrimina por venir a salvarme.



Huimos. Lo hacemos muy rápido y, eso, considerando que deben estar reunidas aquí casi todas las personas de la élite, es un problema.

—¡A LAS ESCALERAS DE LOS TEMPLARIOS! —Krashio y Kurt gritan mientras desde la primera planta intentamos acceder a la primera por unas escaleras secundaria, cerca de la biblioteca. Algo muy frío ha invadido el templo.

—¿Y si no se abren? El templo tiene voluntad propia —El chico poco amistoso parece algo preocupado.

—¿Por qué iba a querer el templo que perdamos todos la vida? Corre Tom.

Encapuchados de negro entran en el templo con largas espadas plateadas, me echan hacia atrás poniéndose delante mía. Mi cuerpo está pegado al roble que el templo debería abrirnos.

Las hermanas ramtor de pelo rubio, mis acompañantes, Eric y Anthony estamos aquí. Krashio y Kurt se unen poniéndose delante. Los encapuchados dan un alarido de guerra y me parece que, bajo la tela oscura soy capaz de vislumbrar un pelo rubio platino. Sam llega hasta nosotros armado hasta los dientes. Chico precavido. La puerta de los templarios empiezan a abrirse con lentitud. No nos quieren a nosotros, sino atacarían, quieren algo del templo. Vamos entrando sin darnos la vuelta en ningún momento. Ya estamos casi todos dentro.

Sam empieza a correr hacia la fuente.

Cas.

## Capítulo 18

Sam

Estos tíos no son normales, a parte de llevar armas, no tienen miedo y apostaría todo lo que tengo a que saben exactamente quienes somos. Las escaleras de los templarios ya se han desplegado pero, no puedo dejar a Cas sumergida en la fuente e irme. Mierda. Me subo de un salto al bordillo dorado de la fuente y de repente, todo pasa demasiado rápido. Un guerrero se abalanza sobre mí. Me hace perder momentáneamente el equilibrio pero tras estabilizarme soy capaz de pegarle una patada giratoria en el costado. Aprovecho que se eche hacia atrás y le atravieso con mi empuñadura corta. Un líquido negro lo invade mientras cae el cuerpo inerte de esa cosa.

Otro viene a por mí. No parecían tener interés ninguno en pelear pero si, precisamente han venido a por mi compañera, por muy guardiana que sea, se van a ir o morir en el intento. Atesta un corte con su espada y, aunque intento esquivarlo me hace un corte superficial en el hombro. Se mueven rápido. Consigo deshacerme de él sacando una estrella voladora de mi pantorrilla y atravesando su frente. Quedan al menos diez. Son demasiados.

¿Podría sacarla de la fuente? Klugan dijo que, hacía mucho tiempo que nadie había estado en ese estado, y que, no sabía que podía hacer para ayudarla. La metió en la fuente y dijo que sería la voluntad del templo mantenerla o no con vida mientras dábamos con la forma.

Alguien tira diestramente cuchillos contra los encapuchados. Eric se pone a mi nivel y, a regañadientes, detrás de él está Cedric.

—Si morimos por su culpa, Eric, la mataré yo mismo. —Cedric no lo dice de broma.

Nos lanzamos a la lucha pero parece divertirles a nuestros contrincantes. La puerta de la escalera se cierra y con ello, quedamos tres fuera para luchar contra diez si no aparecen más de lo que quiera que sean.

Cedric se dedica a proteger a Eric a toda costa. Tiene un buen gancho y es capaz de alejar a casi todos de un golpe pero no atesta golpes mortales. Eric lanza cuchillos y cuando es cuerpo a cuerpo es rápido y veloz, se sincroniza con su compañero y hacen maniobras que, aunque no quiera reconocer, nos están dando ventaja. Es increíble esa forma en la que se compenetran, saben cuando el otro va a saltar, agacharse o girar.

Uno un poco más grande viene hacia mí. Es el más fuerte. Pega directamente con sus manos blanquecinas. Alcanza mi cara en un golpe que hace que me estampe contra el suelo desde la fuente. Le engancho con las piernas y consigo derribarle. Me pongo encima y le rompo la nariz. Más líquido negro mancha mis manos. Miro a mi alrededor y veo que no queda ninguno más de ellos.

—¿Qué eres? —Le estrujo la garganta y espero que hable mi idioma. No responde y le doy fuerte contra las frías baldosas. —Respóndeme

—Sé lo que eres tú. —Le quito la capucha y veo un mortecino rostro y un cabello platino. Sus labios son rojos e irregulares, y lo que debería ser sangre, es negro espeso. —Un idiota y un arrogante.

Algo sale de la nada y me noquea. Desde el suelo puedo ver que tanto Cedric como Eric están en la misma situación que yo, debían de estar escondidos. Se pone sobre mí y coloca el filo de la

espada contra mi pecho. Le miro a los ojos, no le temo a la muerte.

Una vibración comienza en mi espalda. Dejo caer mi cuello hacia la fuente.

—Sam... —Cassandra. Es un susurro en mi cabeza. Nadie más parece oírla. —Me muero...

Algo despierta dentro de mí. Quito el filo de la espada con las dos manos hacia atrás y le rompo el cuello tan sólo con mis manos. La espada es mi arma y aunque son cuatro al mismo tiempo hay algo apoderándose de mí. El miedo. Salpica mucho líquido negro por toda la habitación. Algo me alcanza en el costado. Saco la empuñadura sin detenerme y, aunque mi sangre también es abundante, no me detengo y le clavo la misma a mi contrincante.

Llego a la fuente. Cas está ahí abajo, su pelo negro flota y sus ojos están plácidamente cerrados. Dejo caer mis dos pies dentro del agua. Mis manos encuentran su cuerpo en menos tiempo del que esperaba. El agua rosada empieza a arremolinarse creando una corriente que la empuja hacia abajo. Pesa como si mil manos tirasen de ella.

—No te la vas a llevar. —No sé si el templo puede oírme pero puede tenerlo claro.

Tiro con más fuerza hasta que toda ella está en mis brazos fuera del agua. Rodea con sus brazos mi cuello como si pudiera oírme. Está empapada. Algo golpea mi cabeza con mucha fuerza y ambos caemos al suelo. Me arrastro hacia ella pero una bota pisa mi mano. Me gira y me pone la hoja brillante sobre la garganta.

Alguien atraviesa la cabeza de mi atacante a una velocidad sorprendente con una daga dorada. Cassandra. Se mantiene a duras penas de pie y, aún así, es más precisa y rápida que nadie. Se desmaya y sólo amortiguo el golpe de su cabeza contra mi mano.

## Capítulo 19

Cassandra

Tenues rayos de luz me despiertan. Me duele la cabeza y tengo la sensación de haber estado dormida demasiado tiempo. Me giro sobre el costado, mi cuerpo pesa mucho más de lo que recordaba. Sam está plácidamente dormido. Nunca lo había tenido tan cerca. Sus largas pestañas reposan sobre su rostro. La mandíbula, habitualmente apretada, está en postura natural y aún así se marca y sombrea notablemente. Tiene las cejas rubias y el cuello marcado por el ejercicio. Involuntariamente sigo observándole. Lleva el pecho al descubierto y sus pectorales son definidos y esculturales. A la altura del hombro izquierdo tiene una herida con mala pinta y, en su costado, una un poco más grande. Diría que se está infectando.

¿Cómo hemos llegado a esto? Pensar en los seres extraños que atacaron el templo me hace incorporarme un poco más. Intento no despertarle. Siempre lo he visto como un alma unida por error a mí y jamás he intentado que me ayudase en nada, pero, tras lo que pasó en la casa de su familia es diferente. El impacto de la explosión fue tan grande que pensé que iba a morir. No podía hablar ni moverme y mis ojos pesaban mucho más de lo que recordaba. Estaba completamente sumergida en un estado desconcertante. Sólo podía oír la voz de Sam. Intenté que él también me oyera y sentí el bloqueo que ejercía su mente. ¿Por qué nunca habíamos intentado llevarnos bien? Por un instante, casi olvido el hecho de que es un ramtor. Aún así, me salvó. Y después yo lo salvé a él. Dirijo mi mirada otra vez a él. Me permito, por una milésima de segundo, dudar de que sólo puedan colaborar guardianes con guardianes y ramtors con ramtors. Pero es imposible.

Bajo las escaleras despacio. Oigo múltiples voces en el espacio central del templo. Me asomo intentando no ser vista. Algunos templarios están reunidos. Sus gestos y sus voces, normalmente cautos, parecen alterados. Si pudiera acercarme más... La sospecha de que algo grande ha ocurrido habita en mí con demasiada fuerza. Decido esperar y, todo resulta salir a pedir de boca. Cedric y Eric aparecen de la nada para hablar con uno de los templarios. Aprovecho el hueco para agazaparme tras una de las columnas cercanas a la fuente. <<No vas a llevártela>> La voz de Sam retumba en mi recuerdo. Si él no hubiera sido tan valiente... Si no hubiéramos estado juntos en ese momento...

—Klugan ha desaparecido. —Krishna, el templario que nos recibió en aquel templo está entrando en pánico frente a sus compañeros. —Y Krashio está muerto. —Hizo una pausa mientras mi corazón se desbocaba y tenía que ponerme la mano en la boca para no gritar. —El cuerpo está guardado en la habitación del silencio. Deberíamos asegurarnos de que no podemos averiguar la causa antes de dejar que el templo lo absorba. —Me deslizo un poco más fuera y veo caras compungidas y de preocupación. ¡No es para menos! Mueren bebés y ahora templarios... Unos seres extraños sin miedo a atacar a la élite del combate.

Corro de nuevo a la habitación de Sam. Allí dormimos los dos por razones que no voy a cuestionar. No sé qué habría hecho yo con él. Mis heridas, al fin y al cabo, le dolían a él de alguna forma. Choco con Helene en la puerta y la miro sin entender qué puede hacer ahí.

—Cassandra. —Su sorpresa me dice dos cosas. La primera que no es a mí a quien esperaba

encontrar. La segunda, que no está dispuesta a que yo me entere de lo que pensaba hablar con él.

—Tenemos que hablar. —De repente algo se hace evidente para mí y tengo que coger a la fuerza a Helene y meterla en cuarto. No parece asustada y eso, confirma lo que estoy pensando. —No digo que seas la culpable, pero vas a reconocer que, ha sido llegar tú y explotar todo. —Respiro hondo. Un escalofrío en mi espalda me avisa de que Sam está a punto de entrar. —Así que no quiero más rodeos. ¿Por qué has venido ahora? ¿Qué está pasando? —No la dejaré irse. No podrá escapar. Tengo una curiosidad hacia ella que no puedo explicar y tengo la sensación de que, a pesar de que es una humana normal, tiene mucha más información de la que debería.

—Tampoco la acoses. —Sam entra para salvarla. Cuando giro los talones hacia él y le miro ninguno de los dos habla. Es como si en silencio evaluáramos e interiorizáramos que el otro está vivo y a salvo. —Hola. —Es un susurro bajo, pero no puedo evitar notar en el tatuaje de las alas un pequeño picor como si las alas quisieran salir de ahí.

—Krashio ha muerto. —Había previsto decirlo con más delicadeza y no pensaba que Helene estuviera delante, pero, ya he perdido demasiado tiempo desde que subí y no quiero que le den el adiós sin comprobar si podemos deducir algo de la escena. Los rostros de ambos están compungidos. No he tenido demasiado tacto. Sam sólo cuadra la mandíbula tanto que parece que va a romperse. Noto su dolor aunque lo oculte y, de alguna forma, eso me duele. Helene se ha quedado tan sumamente quieta que tengo miedo de que pueda desmayarse. Es cierto que ella venía buscándole a él, pero no me habría podido imaginar que su pérdida le afectara tanto. —Está en la sala del silencio.

No me da tiempo a reaccionar antes de que ambos salgan disparados hacia allí. Me siento un poco cruel por no haber entendido el alcance de dolor que podía causarles. Pienso en Klugan... Está desaparecido y fue mi unionista. Puede que para otras personas no sea tan importante, pero, para Sam y para mí, los templarios de aquella noche, fueron los últimos que vieron con vida a nuestros respectivos padres y, eso, los hacía diferentes a nuestros ojos.

Ante el cadáver de Krashio, Sam se detiene y no puedo más que poner en su hombro mi mano. No sé si le consolaré o acabaré saliendo disparada de nuevo en una explosión. Las emociones entre nosotros tienen consecuencias extrañas. Helene se deja caer de rodillas destrozada. Las lágrimas no paran de surgir de ella. Es como si no pudiera controlarlo. Zarandea un poco la capa verde de Krashio y tengo que detenerla. Nadie puede saber que hemos estado aquí. Su derrota me hace pequeña. Miro a Sam. No sabemos qué hacer. Se deja caer contra la pared para llevarse las rodillas al pecho y llorar sin consuelo.

—Sam. —Le señalo algo que sobresale del bolsillo de la capa. Parece un trozo de papel. Se oyen pasos arriba. Nos sincronizamos a la perfección. Él coge la posible prueba y yo a Helene. —Salgamos por la otra puerta. Está cerrada. —Si subimos por donde habíamos bajado nos pillarán. Como si el templo estuviera de nuestra parte. La puerta cede dejándonos escapar.

—¿De qué conocías a Krashio? —Sam no puede contener su impaciencia cuando llegamos arriba. Intentamos aparentar serenidad y mantener el nivel de volumen a un tono que no levante sospechas en el trasiego de personas que hay en el templo. Es tan insólito todo que la comunidad de ramtors y guardianes, por años que tenga, no sabe reaccionar.

—Era mi abuelo. —Me giro bruscamente y abro desmesuradamente los ojos. De todo lo que podía haber dicho eso era algo que no hubiera imaginado nunca. Siempre había pensado que los templarios no tenían familia. Su deber era sólo para con el templo. —No estaba de acuerdo con que estuviera aquí. —Eso último no lo ha dicho con intención de que la oyéramos. Sólo realiza su duelo en alto. Entiendo, en parte, lo que puede sentir. Yo...Sam...Perdimos todo en una noche.

Me acerco a Sam y meto la mano en su bolsillo sin previo aviso. Hay una confianza entre nosotros que, unido a la reciente tregua que parece haber entre nosotros, hace que mi corazón palpite de una forma que no quiero analizar. El trozo de papel está arrugado.

—Es como si lo hubiera guardado corriendo. —Sam asiente y, sorprendentemente, acepta que sea yo quien la lea primero.

<<Querido Krashio.

Me alegro de que estés leyendo esta carta puesto que, si lo haces, significa que estás vivo. Dudaba que fuera así. Creo, con sinceridad, que Helene no será capaz de guardar vuestro secreto y si su origen llega hasta la persona equivocada, además de ponerse a sí misma en peligro, desequilibrará algo que todavía se está formando. Al margen de ello, algo está cambiando. He pensado tanto en la muerte de los bebés... Los únicos beneficiados de que los custodios de los portales sean menos fuertes son los seres de los otros mundos y ambos sabemos que fueron tantas las guerras, los caídos y las pérdidas para conseguir echarlos que, si vuelven, no creo que podamos volverlos a desterrar. Pero hay algo que llama potencialmente la atención y, por eso, tengo que hacerte llegar esta carta de la manera extraña en la que la has adquirido. Tengo la convicción de que los templarios vamos a morir poco a poco. ¿Por qué? Desgraciadamente sabemos interpretar ciertas voluntades del cielo y producimos las uniones. ¿Qué mejor manera de asegurarse de que no habrá ni una sola unión más que deshacerse de aquellos que podemos realizarlas? Pero eso, y si es cierto, tal y como sospecho, que empezamos a caer, sólo puede significar una cosa. Para mí es evidente. Espero que para ti también. Al menos un templario está ayudando a los seres de más allá de las puertas. La traición está aquí y viene para quedarse.

Espero que nos volvamos a ver. Anhele que consigamos parar esto antes de que, todo el universo, lo lamente.

K.>>

Mis ojos vuelan hasta Sam que está a escasos milímetros de mí leyendo al mismo tiempo por mi espalda. Está tan sorprendido como yo. ¿Es posible que hayamos estado tantos años custodiando un bando y otro los portales para nada? Es cierto que somos la élite en combate, pero, también lo es que rara vez hemos tenido que pelear con alguien diferente al otro bando. Nunca vimos que ningún ser atravesara un portal.

—Ellos ya están cruzando. —Ni si quiera había caído en la cuenta de que Helene había parado de llorar. —Tengo que enseñaros todo lo que he recabado. Nos puede ayudar. —Parece tan dolida como decidida a ayudarnos.

Alguien toca a la puerta. Es Anthony y le pide a Sam que salga. Sé que no debo, pero, tras hacerle una seña a Helene para que se calle me acerco sigilosamente a la puerta.

—Vamos a hacernos cargo de la situación. —Anthony parece muy serio. —Quieren que vayamos todos los ramtors al cuartel. —Asegura.

—Los templarios no han dicho nada. —No veo duda en su voz, sólo es una afirmación.

—No vamos a hacer lo que ellos quieran con exactitud. Está habiendo una brecha entre los templarios. Somos los mejores y lo sabemos. Esto no habría pasado si los ramtors hubiéramos estado al cuidado de los portales. —Falso. —Así que lucharemos con los guardianes si es necesario, pero seremos nosotros quienes nos encarguemos de lo que está pasando y lo que pueda pasar.

Cojo a Helene del brazo y la obligo a saltar conmigo por la ventana. Me impacta lo físicamente bien que está. Es como si hubiera sido preparada como nosotros. ¿De dónde ha salido esta chica? ¿Quién más sabe de su existencia? Corremos lejos del templo lo más rápido posible antes de

detenerme. ¿Dónde podemos ir? Suena mi teléfono. Es Eric.

—¿Dónde estás? —Está bastante agitado y diría que nervioso. Oigo golpes al otro lado del teléfono. —Los ramtors están inhabilitando a todos los guardianes. Los templarios no hacen nada. —Exactamente lo que mi intuición me había dicho. Si ellos querían el poder, lo conseguirían a la fuerza. —No vengas. —Me cuelga y me quedo quieta y silenciosa. ¿Cuántos de los míos están confinados? ¿Sam sabía que se estaba formando esto? ¿Dónde podemos ir?

—Tenemos que irnos Cassandra. —Helene está segura y tranquila. Elijo seguirla, pero, mientras lo hago, siento que no confío en ella. En la carta de Krashio, esa que por suerte llevo en mi bolsillo, decía que si se conocía su origen se desequilibraría algo y que ella misma podía hacerse daño. ¿Puede que tenga aunque sea la mínima culpa de lo que está ocurriendo? —Es aquí.

Entramos en un apartamento céntrico, cerca del subway donde nos encontramos por primera vez. En el centro del salón hay varios telescopios y ordenadores que, por lo visto, recogen todas las imágenes del centro de la ciudad. Apuntan a las coordenadas donde supuestamente hay portales. Hay múltiples bocetos por la habitación. ¿Cuánta gente había trabajado en esta recogida de datos? ¿Y dónde se encuentran ahora? No me encuentro capaz de bajar la guardia. ¿Esto ha estado aquí siempre? ¿Nos han observado y supuestamente siendo tan buenos no nos hemos dado cuenta? ¿Y si es una trampa?

—¿Quién eres? —Me siento en uno de los sofás sintiéndome algo derrotada. No debería, pero no puedo parar de pensar en Sam. ¿Me habría confinado sin más después de todos los avances que hemos hecho? —¿Qué querías conseguir de Krashio? —No contesta.

—Más allá de los portales hay elfos. —Bien, ya que no me va a decir lo que le pregunto, decido escuchar toda la información que pueda darme. —No son buenos precisamente. —Asiento. —No podremos vencerles si no os unís. —La observo tranquilamente. Quisiera que todo se detuviera y nada de esto existiera. —¿Crees que lo fallido de tu unión fue un primer intento de lo que está pasando ahora? —No había pensado en ello, pero es posible. Aunque, que yo sepa, no han muerto padres de los niños fallecidos. ¿Por qué sólo tuvieron que ser los míos y los de Sam? ¿Cuál fue el motivo?

—Los ramtors no negociarán, jamás podríamos llevarnos bien... —Si se hubiera podido, quizá, no me hubiera sentido tan sola. —¿Podríamos simplemente esperar? Los ramtors son capaces de evitar que crucen protegiendo los portales. Son los templarios los que me preocupan. —Los protegerían de todo menos de ellos mismos. Decido no compartir con ella las impresiones de la carta. La firmaba K, pero, eso, sólo me hace intuir que se trata de otro templario.

—Lo que has dicho no es del todo cierto. —Me encuentro tan cansada con esta situación que sólo quiero que me diga que está aquí por arte de magia y que es la solución a nuestros problemas. Pero eso no ocurrirá. —Sé quién puede ayudarnos, pero no estoy segura de si querrán. —Me intriga por momentos. ¿De qué habla? ¿Quién más hay ahí fuera conociendo de nuestra existencia? —Además, ella querrá saber de la muerte de Krashio.

—¿Quién? —Interrogó desesperada porque todo lo acontecido empieza a tomar luz.

—La abuela Samara. —¿La qué de Krashio? ¿Su mujer? —La persona que me enseñó vuestro mundo.

## Capítulo 20

### Abuela Samara

Desde que Helene se fue del apartamento sin decirme nada he estado esperando cada día a que alguien viniese a tocar la puerta del cuartel, pero, ni si quiera ella lo ha hecho. Prefería pensar que había encontrado eso que buscaba erróneamente, pero era inevitable que en ocasiones mi mente tentara la idea de que algo malo le hubiera ocurrido.

—Hay ramtors en cada punto de la ciudad. —Sander se dejó caer pesadamente en el sillón contiguo al mío. Éramos tan mayores y vivíamos tan al margen de lo que una vez fue nuestro mundo que estábamos destinados a esperar a que las cosas se sucedieran. —Los portales se están activando de nuevo... —Esa noticia cayó como un jarro de agua fría entre todos los presentes.

Casi todos se habían acabado acostumbrado a usar el cuartel como vivienda habitual y que, prácticamente, pareciese que éramos cualquier residencia normal de la tercera edad. Quizá era más fácil así. Hacer como que nunca fuimos diferentes... Pero nos habíamos visto forzados a abandonar nuestras casas, a correr, a huir... y vivir escondidos.

No me pareció tan mal al principio, y más al tener que ocuparme de Helene, pero, con el tiempo, vi que no era posible alejarla del mundo de los portales. Ella lo llevaba dentro. Cada dibujo que hacía... Cada conversación que tenía... Cuando descubrió que su abuelo era un templario... Nada podía parar sus ansias de ser guardianas. Sólo le pedía cada día al cielo que eso no le costara la vida. Y ahora hacía tanto tiempo que no sabía de ella. Su piso, ese del cual la ubicación sólo sabíamos ella y yo, estaba exactamente igual cada vez que iba a comprobar si dormía, descansaba o trabajaba allí.

Llaman a la puerta. Nos tensamos como hacía años que no lo hacíamos. Veintiséis años exactamente. Nadie llamaba a nuestra puerta nunca. Todos los que vivíamos aquí, y no éramos pocos para los tiempos que corrían, llevábamos llave. Además sabíamos lo que significaba que nos encontraran e intentábamos no llamar la atención.

Sander decide ser el que abra la puerta y, a pesar de la edad, coge un arma por si acaso. Tampoco íbamos a morir sin luchar si es que venían a por nosotros.

—Helene. —Al oír el nombre de mi nieta doy un salto del sillón. ¿Estará herida? La cara de Sander no es amistosa y aunque Helene siempre nos da algún que otro quebradero de cabeza, nunca se disgustaban de que viniera al cuartel. —¿Quién es?

—Cassandra. —Al verla no puedo evitar soltar su nombre. Enarca una ceja extrañada por que la conozca. Debería haber sido más prudente. La cara de Helene me recrimina por mi pronta metedura de pata. —¿Qué haces aquí con ella?

Las dejamos pasar para mirar a ambos lados de la calle para asegurarnos de que nadie las ha seguido. ¿Cómo ha podido traerla aquí? ¿Cómo es que están, si quiera, juntas? ¿Sabe ella quién es Helene? Se resisten a abandonar la sala, pero, con mucha insistencia, consigo que nos dejen a las tres solas. No puedo quitar la vista de la pequeña Cas, morena y con ojos verdes. Me recuerda tanto a ellas...

—¿Por qué sabes mi nombre? —Dice Cas interrogándome nada dispuesta a dar tregua. —¿Y qué hacemos aquí? —Dice volviéndose hacia Helene. —¿En qué, exactamente, va a ayudarme



venir a ver a tu abuela y otro grupo de jubilados que me mira mal? —Todo se está yendo al traste y no sé ni qué decir.

—Subid conmigo a la habitación. —En cuanto entro al cuarto con ellas detrás de mí veo que algo en la estancia ha cambiado. La ventana está entreabierta y juraría que la había dejado cerrada. Sobre la cama hay un sobre. Lo cojo corriendo intentando ocultarlo de las posibles miradas curiosas de las dos muchachas. —Esperad aquí. Cuidado con lo que dices Helene. —Intento advertirle por si, a pesar del tiempo que puedan llevar juntas, aún no le ha dado tiempo a contar más de lo que debe.

Una vez encerrada en el baño siento que mi corazón ya cansado se acelera antes de desplegar el papel para empezar a leer.

<<Querida Samara.

Me alegra profundamente que estés leyendo esta carta. ¡Cuánto tiempo! Sé que sabes quién soy, pero, te agradecería que no revelases mi identidad ante nadie. Yo he guardado tu secreto muchos años.

He de contarte que Helene y Cassandra están juntas y que, debido al afán que tiene la primera de ellas de ser guardiana, no creo que tarde mucho en descubrir lo que intentáis ocultar. Siempre he estado en contra de la decisión que tomaste una vez que sucedieron ambas tragedias, pero la respeté.

Apelo ahora a tu buen criterio para que veas que ya ha llegado el momento. Búscalas y confiesa antes de que la propia red de misterios que os envuelve, os destruya.

No sois muchos, pero sois poderosos. Sé que pensasteis que jamás volveríais a librar una guerra, pero, una vez más, el universo, os necesita. >>

Nada más salir al cuarto aprovecho una vela que siempre tengo encendida, por viejas creencias de anciana, para quemar la carta. La mejor manera de guardar un secreto siempre fue destruir cualquier prueba que pudiera haber de ello. Sabía eso, desgraciadamente, tan bien... Y ahora tenía que enfrentarme a ello.

—¿Por qué me conocéis? —Sus grandes ojos se dilatan enfadados y decididos. —No pienso quedarme aquí sin hacer nada. —Asegura y sé, a la perfección, que dice la verdad.

—Verás... —Suspiro pidiéndole fuerzas al cielo. —Te conocemos porque nunca te hemos perdido la pista. —Titubeo un poco y aprovecho para cerrar con llave la puerta de la habitación. No quiero que se pueda ir sin tener toda la información que debe. —Vosotras dos...sois primas. —Se queda totalmente quieta y confundida. —Y yo, soy tu abuela. —Me duele pronunciar esas palabras porque sé, de alguna forma, que jamás estuve ahí para ella. Fue una decisión difícil pero necesaria.

—¿Por qué? —Veo que intenta luchar para que no salgan las lágrimas pero no puede evitar que más de una se deslice por su rostro. Es igual que mi pequeña, es tan parecida a su madre. —¿Por qué no sabía de vuestra existencia? ¿Alguien lo sabía? ¿Por qué me habéis dejado crecer absolutamente sola? —Entiendo su enfado. Está dolida y fuera de sí.

—No fue en tu contra, Cassandra. —Intento explicarme. Aunque, ahora, viéndola tan destruida, me pregunto si, efectivamente hice lo correcto. —Lo de los padres de Helene pasó mucho antes de la muerte de tus padres. —Trago saliva al recordar las noticias que cambiaron mi vida para siempre. —Ya estábamos en la sombra cuando aquello sucedió. —Me duele verla así, es como si siempre hubiera estado con ella aunque fuera en la distancia.

—Quiero saberlo todo. —Saca una de sus armas y nos apunta a ambas. Si supiera en qué cuartel está... De todas formas, no hay necesidad de alertar a nadie. No lo haría. Ella quiere

defender su corazón, lo nota roto y no tengo intención de atacarla para agrandar su herida. —Y no os dejéis nada. —Antes de que yo empiece a hablar me fijo en que ya ha perdido fuerza en la sujeción de su arma. ¿Podrá algún día perdonar mi abandono? ¿Lo entenderá?

—Tuve dos hijas al mismo tiempo. —Tengo dificultad para hablar. Es tan fácil guardar todo lo sucedido en un cajón y hacer como que no existiera... —Os parecéis cada una a vuestra madre. —Carraspeo e intento centrar la conversación. —Samantha, la madre de Helene, era una guardiana extraordinaria... Estaba unida en alma a otro guardián que era su compañero perfecto de armas, pero, un día, cometió la imprudencia de enamorarse de la persona equivocada. —Recuerdo las veces que le advertí que tenía que luchar contra sus propios sentimientos. No era el momento. —De un Ramtor. —Sé que eso ha sorprendido a Cassandra. ¿Es posible que ella sienta algo por el tal muchacho con el que la unieron? —Esas relaciones estaban prohibidas ya hace mucho tiempo. Se le advirtió, pero ninguno de ellos hicieron caso a las advertencias. Se quedó embarazada y, por mucho que intentó ocultarlo, su compañero guardián se enteró delatándola. Dos guardianes asesinaron a Roth, el padre de Helene y ramtor. Ella quiso vengarse. La contuve hasta que nació Helene, pero, en la noche que ella nació... Ya no pude retenerla más... Buscó venganza, mató a los dos guardianes y murió ella en la batalla. —Me detengo para limpiar mis propias lágrimas. —Decidí entonces no llevar a Helene a la ceremonia de unión. Creé una explosión en nuestra casa y, desde entonces, todos pensaron que habíamos muerto. Fue la forma que tuve de protegerla. Total, a mí tampoco me querían con vida. —Aseguro

—¿Por qué no te querían con vida? —Cas ya ha bajado totalmente el arma y está tan desubicada que su rostro sólo expresa dolor. —¿Por qué ella se acercó a un ramtor?

—No me querían con vida, al igual que a muchas otras personas, por lo que representamos. —Enarca una ceja y le indico con la mano que espere. Tiene que entender el drama familiar antes de la siguiente noticia bomba. —Cuatro años después, naciste tú. No quería dejar de verte ya que tu hermana, pese a mi abandono, consiguió casarse con un buen guardián y no estuvo inmiscuida en semejante escándalo. Era una persona y guerrera extraordinaria. La noche en que murió sentí que podía haber evitado que estuvieras sola, pero quizá si aparecía acabas escondida como nosotras. Y Helene... quizá la hubieran matado. Tú no tenías ninguna culpa y... decidí escribirle una carta a Klugan. Él se encargó de que Krashio, tu abuelo, no se inmiscuyera nunca en lo que te sucediera. Klugan aceptó ser quien se asegurara de que todo te iría bien y, si estás aquí... no lo hizo tan mal.

—He visto a Krashio cientos de veces... —Suspira agitada. —Fue el unionista de Sam y, jamás, jamás, he visto ningún tipo de amor hacia mí. ¿Por qué nadie quería estar conmigo? —Grita. La entiendo. —He visto su cadáver.

—Era lo mejor para ti. —Aseguro mientras intento pensar en cómo ha podido morir el que fue el amor de mi vida. Hemos sido siempre una familia de amores prohibidos... —Hay más...

—¿Más? No puedo aguantarlo. Mis abuelos nunca me quisieron, Helene me vigilaba de lejos. El templario en el que confiaba me “ayudaba” mientras me ocultaba la verdad. Y Sam... ¡El no me ha confinado porque he huido! —Se derrumba. La abrazaría pero, posiblemente, no lo acepte.

—Este cuartel es de los pocos protectores que quedamos. —Ya que está al borde del abismo. Quizá Klugan tenía razón en su carta... Y si Krashio está muerto... Ha llegado el momento de poner todo sobre la mesa. Que sea lo que el cielo desee.

—¿Qué son los protectores? —Le tiembla la mano. Como si un palpito recorriera su ser.

—Es la raza original. Cuando Ramtors se unían con Guardianes creando así la raza de guerreros más fuerte que podía habitar el universo. —Le explico. —Sam y tú sólo sois lo que ha existido siempre, antes de la división de las razas, sois lo que se prohibió... No podíais saber

anda porque se nos persiguió y mató para que no quedara evidencia viva. —Su cara es un horror.

## Capítulo 21

Sam

Llaman a la puerta mientras hablo con Helene y Cassandra. Acabamos de ver a mi unionista muerto y no sé identificar como me siento al respecto. También, a ver visto y sentido dentro de mí, la casi muerte de Cassandra ha cambiado nuestra relación. No sé en qué punto está, pero no tengo la mínima intención de que vuelva a salir por los aires.

—Vamos a hacernos cargo de la situación. —Anthony tiene el rostro prácticamente desencajado. No sé si porque no está de acuerdo o por si teme lo que está a punto de pasar. — Quieren que vayamos todos los ramtors al cuartel. —Asegura.

—Los templarios no han dicho nada. —Bloqueo con mi cuerpo la entrada a mi cuarto. No creo que él intente entrar, pero tampoco es como si fuera a permitírselo.

—No vamos a hacer lo que ellos quieran con exactitud. Está habiendo una brecha entre los templarios. Somos los mejores y lo sabemos. Esto no habría pasado si los ramtors hubiéramos estado al cuidado de los portales. —Puede que así sea. Somos más duros en nuestras decisiones. Más disciplinados. —Así que lucharemos con los guardianes si es necesario, pero seremos nosotros quienes nos encarguemos de lo que está pasando y lo que pueda pasar. —¿Una guerra abierta? ¿Cuartel contra cuartel?

—Vamos. —Decido seguirle sin rechistar. Mi mente no para de dar vueltas. ¿Habría salido Cassandra de la habitación? Mejor será ver qué es exactamente lo que quieren hacer antes de tomar ninguna decisión que pueda costarme un perjuicio. —¿Qué estáis haciendo? —Cuando llegamos al cuartel veo que se está encerrando a guardianes en celdas que desconocía que estaban ahí abajo. Siempre hemos luchado, pero, esto...En este momento, con criaturas extrañas atacando... —¿Dónde está Fox? —Me indican con un dedo arriba y subo de dos en dos las escaleras. Me reciben de buena gana, soy un luchador nato al fin y al cabo. Parece que estamos reunidos la élite de la raza en la misma habitación.

—Los templarios están divididos. —Empieza su discurso. —Y por eso, es nuestro momento. No saben qué hacer y no meterán la mano contra nosotros ni contra ellos. Es ahora. Nos alzaremos como única raza protectora de los portales. Nosotros somos los que hemos abandonado hasta nuestro apellido poniendo ante todo la protección y el orgullo de lo que hacemos. Nos merecemos el reconocimiento. —A mi alrededor prácticamente todos levantan sus dagas de media luna en señal de lucha. —Los guardianes pueden hacer dos cosas. Aceptarlo...O morir. —Sentencia ganándose un grito de guerra de los presentes. Hago lo propio aunque mi corazón empieza a latir de forma irregular.

Me encomiendan ir al portal cercano a la casa de Helene junto a otros de mis compañeros. Nos aseguraremos de aplacar a todo el que se acerque, sea de otro portal o sea un guardián. Mientras me armo hasta los dientes tengo una sensación extraña. Si esto hubiera pasado hace unos meses...Posiblemente hubiera estado de acuerdo y, quizá, yo mismo habría acabado con Cassandra, pero, ahora...No lo veían tan claro.

Un escalofrío recorre mi espalda y me tenso inmediatamente. Busco con la mirada el lugar de donde proviene. Cas está aquí. Observo a los otros ramtors para ver qué hacen. Patrullan de una

forma algo violenta, pero no parece que hayan avistado algún guardián. Intento que no se me note, pero no paro de mover la cabeza. En la esquina de la casa rojiza veo una mano saliente. Es ella. Camino tranquilo aunque estoy desbocado.

Al girar no la veo y voy hacia la casa. Me aseguro de que nadie me sigue. Pienso en ello. Nadie duda de mí porque yo jamás habría hecho algo como esto. Desmarcarme de los míos para ver a alguien del otro bando. ¿Qué pensarían mis padres? Miro al cielo un instante y les pido en silencio que, si no están de acuerdo, me perdonen. De alguna forma, tras la muerte de Krashio, Cassandra es la única persona que tiene alguna conexión conmigo que sigue viva. Y así, al menos hasta que me aclare, quiero que siga.

Está esperándome en el piso de arriba. No hace ni un día que se fue, pero es como si algo hubiera cambiado. Mira nerviosamente hacia los lados y se inclina por la ventana. Quizá, a pesar de todo, comprueba que no le he dicho a nadie que sabía que se encontraba aquí.

—Escóndete hasta que pase todo esto. —No es lo que pensaba decir, pero, si dejo de ser borde... Si me quito la coraza... Posiblemente no pueda volver a levantar nunca más el muro entre nosotros porque... Aunque sé que no debo y que mi orgullo como rantor debería estar ante todo, me alegro tanto de verla sana y salva. —¿Por qué has venido a buscarme Cas? —Suspiro cansado sentándome en el borde de la cama de la habitación. Toco nervioso el puente de mi nariz meditando sobre el deber.

—Las criaturas que atacaron el templo... —La miro. —Eran muy fuertes. —¿Ha venido hasta aquí a decirme algo que ya sabía teniendo en cuenta que casi morimos ambos en esa pelea? Carraspea un poco y juega nerviosamente con sus dedos en el pelo. —Hay muchos más de ellos que intentan atravesar los portales.

—Aunque así fuera... —En realidad no tengo ningún motivo para dudar de lo que dice. Siendo honesto, ella siempre parece tener razón. —Los rantors nos ocupamos ahora de eso. —Me rasco la nuca.

—Sabes que eso está mal. —Intenta empezar una conversación que no quiero tener. Ellos, los guardianes, antepone el amor a sus familias ante todo. Nosotros lo sacrificamos absolutamente todo, merecemos vivir haciendo lo que sabemos hacer desde que nacimos. —Sam.

—¿Por qué está mal? ¿Quién lo dice? ¿Los templarios que, según una carta misteriosa, están a punto de seguir muriendo? —Me estoy alterando como reacción ilógica a mis ganas de abrazarla. —Todo lo que ha pasado ha sido con vosotros como custodios este año y... evidentemente... no podemos trabajar juntos... —Ante esa verdad yo mismo me detengo porque, en realidad, de eso es lo que trata todo esto. Cas y yo estamos unidos como cualquier otra pareja de alma, pero, tenemos que obligarnos a odiarnos. Por no hablar de la tensión y atracción irrefrenable que existe entre nosotros.

—Sam... no tiene por qué ser así... —Niego con la cabeza. —Confía en mí y ayúdame. —¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo puede atreverse a pedirme algo así? ¿Cómo es que ante eso no soy capaz de sacar mi daga y atravesarle el corazón? ¿Quiere que traicione a mi raza? —Sólo estamos pagando los errores de nuestros antepasados. —Al nombrar a las familias, me acuerdo de mis padres. Ellos estaban orgullosos de ser lo que eran, me querían unir a otro bebé rantor. Confiaban en lo que representábamos. Murieron por ello. Y yo... no podía traicionarlos, a ellos no

—Lo siento Cas. —No se lo espera cuando me lanzo hacia ella para hacerle una llave que la deja profundamente dormida.

Por el momento no había intención ninguna de hacer una masacre con los guardianes. Sólo queríamos inmovilizarlos tras las rejas y una vez hubiéramos puesto paz en el equilibrio del

universo, soltarlos y llegar a una tregua muy distinta. Los ramtors haríamos el trabajo de custodios y ellos podrían vivir al margen de los portales sin sufrir daño. También incluiríamos a los templarios en los acuerdos. Nosotros conseguiríamos mantenerlos con vida y, a cambio ellos, respaldarían nuestra decisión.

He tomado una decisión unilateral algo extraña y que todavía me pesa. No quería encerrar a Cassandra con todos los demás, sobre todo por si los que estén de vigilancia se alteran más de lo necesario. Por eso, está encerrada en una celda improvisada en mi habitación. Además, yo necesitaba estar a punto, totalmente recargado. Y, para eso, ella tenía que estar ilesa. Subo los escalones y me fijo en que nadie se da cuenta mientras entro al cuarto. Ella está totalmente despierta y furibunda.

—¿Cómo te atreves? —Me habla cabreada pero con la voz bajita. Quizá no es tan suicida como pensaba. —Pensaba que podía confiar en ti. —Auch. Eso ha dolido. —Ha entrado una mano negra por tu ventana y te ha dejado una carta sobre la cama, por cierto. —Se da la vuelta hacia la pared. ¿Por qué me duele verla así?

Cojo el papel que, ciertamente, está sobre mi colcha. ¿Quién la ha dejado caer aquí? Me acuerdo instantáneamente de Krashio y la carta arrugado. ¿Será de la misma persona? ¿Quién juega a qué con nosotros? Cas, a pesar de intentar hacerse la digna, intenta mirar de reojo mis reacciones. No la dejaré. Me pego a la ventana por donde debe haber pasado el mensajero y, tras cerrarla, comienzo a leer.

<<Querido Sam.

Puede que, para cuando llegue esta carta hasta tus manos, ya hayas hecho cosas que lamentarás. Espero que no sea así. Los ramtors sois una raza maravillosa y hábil, pero no es cierto que podáis llevar el equilibrio del universo en solitario. Hay una posibilidad de que no sepas de qué estoy hablando, pero, si todo sale como pienso, le echaréis la culpa a los guardianes de todo lo que está ocurriendo. Si te digo la verdad, de alguna forma la tienen, pero vosotros también.

Las razas, mucho antes de que nacierais, dejaron que sus diferencias se convirtieran en lo fundamental. Así creció el odio y la competición. Pero eran esas mismas diferencias las que marcaban el equilibrio. Cas y tú sois una excepción por la razón equivocada, no es porque seáis un ramtor y una guardiana unidos, sino porque murieron vuestros respectivos compañeros de una forma inaudita. Frente a nuestros ojos.

Cuando un ramtor y un guardián se unen, se crea un protector. La raza más fuerte que ha existido nunca. Da vida a la unión entre el orgullo de la guerra y el corazón de la humanidad. ¿Entiendes lo que digo? Vosotros sólo sois como los originales.

Siento que esta información haya llegado hasta a ti en estas circunstancias. Y no puedo implorar más que seas consciente de lo que tienes entre tus manos y decidas utilizarlo para bien, porque, de no ser así, y si de verdad acabáis con los guardianes...Jamás volverá a haber protectores y, con ello, abriremos los portales a los seres del otro mundo.

Normalmente empiezo mis cartas con el buen deseo de que sigáis vivos, pero, en este caso, prefiero despedirme con el anhelo de que consigas llegar hasta el final de esta aventura con vida.

>>

Parpadeo varias veces. Esto...no puede ser verdad. Si fuera real, llevaría toda la vida engañado para nada. ¿Por qué nadie me dijo esto? Me giro para ver la mirada comprensiva de Cas posada sobre mí. ¿A esto se refería? ¿Es alguna clase de juego?

—¿Sabes por qué murieron nuestros padres? —De todo lo que podía haber preguntado, eso la sorprende. —Imagino que, si has venido a buscarme, es que has tenido conocimiento, ni si quiera

sé de qué manera, de la existencia de los protectores. —Asiente un poco y me alivia saber que mis cavilaciones no son tan descabelladas. —Entonces, la única duda que tengo. —Y que palpita en mi de una forma dañina y ensordecedora. —Es el motivo por el que alguien mató a nuestros padres y no a nosotros.

—¿Tú tampoco piensas ya que se mataran entre ellos? —Sus ojos verdes grandes están dilatados al borde de las lágrimas.

## Capítulo 22

Cassandra

—¿Sabes por qué murieron nuestros padres? —Recordar a mis padres y lo que tuvieron que sufrir pensando en si algo malo me pasaría tras la extraña unión que resultó no ser tan extraña, me duele. —Imagino que, si has venido a buscarme, es que has tenido conocimiento, ni si quiera sé de qué manera, de la existencia de los protectores. —Asiento un poco. Él es tan bipolar... A veces un huracán en erupción y otras un mar en calma. —Entonces, la única duda que tengo es el motivo por el que alguien mató a nuestros padres y no a nosotros. —Eso mismo he estado yo pensando desde el momento en el que conocí a la abuela Samara y me contó el origen.

—¿Tú tampoco piensas ya que se mataran entre ellos? —Porque la verdad es que no tiene ningún sentido que se murieran al mismo tiempo. De una forma tan cruel. Y que nos dejaran con vida. ¿Y por qué nos dejaron con vida? He llegado a pensar que mi madre pagó las consecuencias tardías de lo que hizo la madre de Helene, pero, si fuera así, la familia de Sam habría salido ilesa. A alguien no le interesaba que volviera a haber protectores.

—No, ya no. —Abre mi celda y respiro con tranquilidad. Volveremos a esa tregua con nuestro tira y afloja habitual. Si seguimos con vida, posiblemente, sólo sea consecuencia de que alguien interrumpió a los asesinos. —Tuvo que haber varios implicados. —Me alegra de que nuestras mentes piensen igual y se coordinen de manera extraordinaria. —Nuestros padres tuvieron que morir al mismo tiempo.

—Y tuvo que ser alguien de confianza. —Eso parece hacerle pensar. No me entiende. —Tus padres, sólo hace falta verte a ti, eran buenos guerreros. El asesinato fue limpio. No se defendieron. —La habitación empieza a calentarse y a vibrar y me pregunto si explotaremos como aquella vez. Sólo se me ocurre una cosa. Lo abrazo. Fuerte y cálida. Estoy aquí, con él, para él. —Lo pagarán. —Es un susurro, una promesa, el inicio de una venganza.

Gritos en la parte de abajo hacen que ambos nos sobresaltemos. Sam me señala debajo de la cama y, confiando de nuevo en él, me meto ahí. Alguien abre su puerta de golpe, sin esperar nada nuevo.

—Han muerto dos templarios. —Me llevo la mano a la boca para ahogar un grito. Cierra la pesada puerta de un golpe tras dar la noticia. Sam siempre estuvo bien considerado por aquí. Si no hubiera sido por nuestra unión habría llegado a comandante del cuartel. Estoy segura.

—¿Lo has oído? —Me deslizo fuera de mi escondite. —Vamos. —Otra vez quiere que salte por la ventana. Esto ya se está convirtiendo en costumbre.

—Sam. —Le retengo de la camiseta y nuestros rostros están demasiado cerca. —Tengo que contarte otras cosas. —Duda un instante y luego insiste en que nos vayamos de allí. —He descubierto cosas sobre mí... —Se detiene para mirarme como si eso sí le importase. —Helene, es mi prima. —Un sonoro golpe en la puerta y ahí está. El ramtor que intentó matarme en el callejón.

—Sabía que no eras trigo limpio Sam. —Se abalanza hacia mí directamente. —Voy a hacer lo que habría que haber hecho hace mucho tiempo. —No soy capaz de reaccionar. ¿Qué me pasa? La gran daga de Sam le atraviesa el corazón mucho antes de que llegue a rozarme.



Miro el charco de sangre y a Sam alternativamente. Él era un ramtor. Uno de los suyos. Y no ha dudado en protegerme. ¿Habría hecho yo lo mismo con Eric o Cedric? Es tan misteriosa la forma en la que nos necesitamos... Imagino que sí, porque, por mucho que a veces intente engañarme o decir que yo misma le haré daño si es necesario, no creo que fuera capaz de pasar un día de mi vida sin la existencia de Sam Ramtor.

Saltamos los dos por la ventana. Con su decisión tan cuestionable acaba de dar esquinazo a su raza. ¿Por mí? ¿Por averiguar qué se esconde más allá de nosotros? Corremos al principio para alejarnos del cuartel y una vez en el centro de la ciudad, tras esquivar a la primera pareja de custodios de ramtor, decido hacerle una seña para que me siga. No se opone. Al entrar en el apartamento de Helene y ver que, contrario a lo que él pensaba, no está vacío, se queda quieta y preparado para atacar.

Sander y Samara le miran con desconfianza mientras Helene parece feliz de verle. No me da buena espina, por alguna razón, que mi prima confíe tanto en Sam y siempre quiera hablar con él. Es como si todavía me ocultara información. Anotaría estar pendiente también de eso, pero mi cabeza va a estallar.

—Así que aquí están los únicos protectores de la nueva generación. —Sander, tiene tatuajes como los de Sam. Sin duda era la parte del orgullo en su pareja de alma, que, por lo visto, es Samara. —Diría que la historia será cíclica aunque consigamos que volvamos a existir.

—¡Cállate! Qué pesimista. —Samara le corta enseguida y nos invita a tomar asiento mientras saca papeles y papeles de distintas carpetas. —Ellos ya han visto las consecuencias terribles de creerse mejor que el otro. Lo perfecto es el equilibrio que el universo creó. —Asiento aunque no estoy del todo segura de poder hacer eso.

—¿Sabéis qué otros templarios han sido asesinados? —Me da la impresión, espero que certera, de que manejan más información de la que a priori parece. —Tenemos que ir. —Hay que examinar sus cuerpos por si hubiera más cartas que ayudasen a combatir lo que se nos viene encima.

—Sí, lo sabemos. —Helene se adelanta a coger sus cosas y se pone en la puerta con la intención de acompañarnos. —Sam, ¿podemos hablar de camino? —Él asiente y, por mucho que intento quedarme rezagada para escuchar la conversación, no lo consigo sin que sea demasiado evidente.

Se quedan fuera vigilando y hablando mientras yo me cuelo en el templo que me han indicado. Kurt y Kepa, los dos templarios encargados de las uniones en este templo han aparecido asesinados esta misma mañana. ¿Por qué nadie se atreve a investigar los cuerpos si no llega otro templario? Es posible que teman la reacción del propio templo, por eso mismo, sé que está de acuerdo con lo que hacemos, sea ético o no. Los cuerpos están asombrosamente impecables. Si estos cuerpos han sido asesinados no han sufrido daño físico alguno. Más bien me decantaría porque el detonante ha sido veneno. Rebusco con algo de pudor pero con rapidez en sus bolsillos y de cada uno de ellos saco una carta, igual de arrugada que la de Krashio. ¿No será la persona que las envía la culpable de lo que está pasando? ¿Cómo sabe tanto de todos nosotros? Oigo ruidos y mi móvil suena.

“Sal de ahí pero ya.

Sam.”

Los pasos se acercan raudos y no me queda otra opción que tirar dos dagas al techo y colgarme de ellas. En el momento exacto en el que ellos, otros templarios llegan, aprovecho para caer fuera de la sala. Sé que han oído el golpe de mi caída. Me deslizo por los pasillos de mármol

resbaladizos hasta que, al llegar a la escalera de la entrada, choco con Sam. Huele a jabón y menta fresca... Su cuerpo es cálido y fuerte.

—Tengo las cartas. —Le enseño vagamente los papeles.

No sé de dónde pero han conseguido un coche. Así será más fácil volver hasta el apartamento. Quizá por la muerte de los templarios, quizá por la huida inesperada de Sam, quizá por mala suerte, está la ciudad más llena aún de ramtors. Helene está sumamente callada mientras mira por la ventana sentada en la parte de atrás del coche. ¿De qué habrán hablado? Diría que está seria y, si me fijo bien, puedo apostar porque la capa vidriosa de sus ojos se debe a que intenta evitar llorar.

—¿Cuál se supone que es el plan? —Sam no tiene paciencia. No he determinado aún si eso es algo que odio o me gusta de su personalidad. —Ve leyendo las cartas. Me da la impresión de que, como siempre, cuando entra a un cuartel algo, se lo quedará otra gente.

No había pensado en ello pero es muy probable que los protectores, los que quedan, quieran las cartas. Podríamos haber ocultado su existencia si no fuera porque Helene venía con nosotros. Por mucho que Samara recibiera una, ya que vi vagamente que la cogía de la cama antes de dejarnos en su habitación, no puede deducir de ello que haya otras muchas. ¿Y cuántas serán? ¿Recibiré alguna? Si lo pienso con claridad, lo contrario no tendría sentido, estoy metida en esta historia hasta con el alma. ¿Me sentiría aliviada o frustrada de no recibir una? Como si el universo me hablara por la rendija de la ventanilla abierta entra un sobre con una precisión asombrosa cayendo en mi regazo. Sam pega un volantazo intentando ver, tanto como yo, quién la ha lanzado, pero es imposible. Si ha habido alguien, ha sido un maestro del tiro y el desaparecer. No puedo esperar aunque sé que intentarán mirar de reojo. Despliego mi carta apresurada y el temblor de las manos espero que no sea señal de mal augurio.

<<Querida Cas, te conozco desde que eras una niña y, probablemente, soy el que mejor te conoce, pero, inevitablemente, he tenido que abandonarte. Imagino que, de estas primeras líneas, deduces quien soy, y me alegro de ello. Aún así agradecería que no revelaras mi identidad. Apareceré en el momento indicado.

Tu carta es diferente al resto porque, eres especial. Tienes un corazón tan grande como una verdadera guardiana, tu alma era azul intenso, brillaba con luz propia. Pero, he de decir que jamás vi a una guardiana con tanto orgullo y coraje. Podrías ser, aun estando sola, la mejor guerrera de todos los tiempos. Sé que harás lo correcto para la humanidad sin medir las consecuencias y, por eso, estoy tranquilo. No será fácil que guardianes y ramtors colaboren junto a los protectores para sellar de nuevo las puertas, pero no es imposible. Eso, sintiéndolo mucho, te lo dejo a ti.

Yo, en especial por si me pasaba algo, he querido dejarte esta carta. Ya te digo que es, con diferencia, la más personal que he escrito. Quería contarte tres cosas importantes. La primera de ellas te atañe directamente a ti y creo que es justo que lo tengas en cuenta. Helene siempre quiso ser una guardiana, nunca entendió lo que lo que hizo vuestra abuela fue por protegerla y hará lo necesario para conseguir serlo. Ten cuidado. A veces nuestros deseos pueden cegarnos.

Lo segundo, y no por ello menos importante, es hacerte valedora conocedora de la existencia del libro sagrado de los templarios. Creo que quien tiene intención de hacer esta guerra es alguien del otro mundo, pero, no puede estar haciéndolo desde allí, por eso, y creo que habrás llegado a esa conclusión si, como sospecho, han muerto templarios, que tiene que estar implicado un templario mismo en las traiciones. El libro puede ayudaros de manera extraordinaria y, aunque su ubicación debía ser la de mi mismo templo, el de tu unión, está bajo la custodia de los protectores. He de decirte que esa gente ha sufrido mucho con el confinamiento y la persecución a la que se

vieron sometidos. El dolor también puede cegar a veces cuando se cree ver una oportunidad. Lamentablemente, te dejo eso a ti también.

Pero, la tercera cuestión es la que necesito contarte por si no llegara a volver a verte con vida. Te animo, de paso, a que compartas la información que creas necesaria con quien lo creas conveniente. Tú decides. Es sobre la muerte de tus padres y, por ende, también sabrás lo que pasó en la casa de los padres de Sam.

Aquella noche fue diferente y difícil. Vuestra unión no tenía precedentes porque ya se había anulado y prohibido hace mucho tiempo las uniones entre las diferentes razas formadas. Esa misma noche los templarios tuvimos una reunión para decidir el futuro de las uniones, por lo tanto, a la hora de la tragedia, estábamos todos los templarios en la misma ciudad. Puedo decirte, con toda seguridad, que Krashio es inocente, estaba en el templo y, además, tu madre era su hija. También pude deducir en su momento que no fue una decisión tomada en solitario. Las horas de las muertes coincidieron. De todo ello deduje que, al menos fueron dos los implicados. Pero, lo más revelador y aterrador fue darme cuenta con el tiempo de que no había signos de lucha en ninguna de las casas. Entraron siendo invitados y, dada la extrañeza de lo que había ocurrido en la unión, ambos padres sólo dejarían pasar a dos clases de personas a su hogar. A alguien de su misma raza, que no me imagino colaborando con un contrario, o a un templario. Espero que haya sido tan revelador para ti como para mí. ¿El por qué sobrevivisteis? ¿Qué excusa habrían tenido para brindar con un bebé? Creo que los asesinos esperaban, erróneamente, que, con el tiempo, os matarais entre vosotros. ¿Por qué tanta inquina si se podía llevar a cabo el mismo plan sin vuestra implicación? Porque querían borrar toda pista o recuerdo de la única raza que podría cambiar las cosas, los protectores.>>

## Capítulo 23

Sam

—¿Sabéis qué otros templarios han sido asesinados? —Cas siempre priorizando lo que está bien hacer, cuando, en realidad, considero que tenemos una conversación pendiente. —Tenemos que ir. —Imagino que su brillante y asombrosa mente va más rápida que la del resto y habrá llegado a adivinar la importancia de coger las posibles cartas que haya entre las túnicas.

—Sí, lo sabemos. —Helene coge sus cosas dispuesta por todos los medios a acompañarnos. —Sam, ¿podemos hablar de camino? —Asiento sin esconder del todo mi extrañeza. La última vez que conversamos la cosa no acabó muy bien, pero si es cierto que, en aquel momento, la vida de Cassandra pendía de un hilo. Espero a que diga algo pero, básicamente, esperamos a que Cas decida dejar de intentar escuchar. Es tan cabezota... —Sam. Creo que te lo dije en un mal momento y que, por aquel entonces, aún no sabías que Cas y yo éramos familia, pero ahora que eso ha cambiado... Quiero que te desligues de ella. Se puede hacer, lo pone en el libro. Yo podría unirme a ella y tú podrías hacer lo que mejor te convenga, buscarte otro ramtor o permanecer sólo. Además, a no morir ninguno de vosotros, no tiene un efecto la pérdida tan grande. —Me detengo un instante para mirarla. Debe tener sólo cuatro o cinco años más que Cas pero su rostro parece cansado. ¿Cómo será luchar toda tu vida por algo que crees merecer y cuando consideras que va a llegar tu oportunidad se le dé la vuelta a todo?

—No veo qué sentido puede tener desligarme de ella ahora, si, al final, resultamos ser los únicos que estamos unidos como deberíamos. —Esa idea arranca a mí una pequeña sonrisa. Nos hemos odiado tanto... Quizá el templo junto al universo sí que sabían lo que hacían con nosotros. —Helene... No sé de qué libro hablas pero pienso que no estás preparada para ser ninguna de las razas. —Eso parece dolerle porque contrae el rostro. —No porque no tengas capacidad sino porque las uniones sólo se hacen de bebés y, tras ello, entrenamos toda la vida. Verlo no es lo mismo que hacerlo. Y, desde luego, si hubiera una posibilidad no creo que tenga que ser del modo que propones. Me da la sensación de que quieres ocupar exactamente el lugar que pertenece a tu prima. —En ese instante veo entrar a templarios y ramtors y tengo que enviarle un rápido mensaje para que salga de allí lo más rápido posible. —No quiero más proposiciones Helene. —Le aseguro antes de dirigirme a las escaleras donde, en ese mismo momento sale Cas como alma que lleva el diablo. Espero que haya encontrado algo. Chocamos y no puedo evitar que mi cuerpo reconozca la fragancia dulce de Cas.

Tengo las cartas. —Saca un poco de su bolsillo cachos de papel para después volver a guardarlos.

Las dirijo hasta un coche. Quizá se pregunten de dónde lo he sacado, pero no es más que uno de los muchos automóviles de los que tengo llaves. A mí, de momento, nadie me ha relegado de mi función como ramtor ni se me han cambiado las claves. ¿Habrán descubierto ya el cadáver? Lo dudo. Me monto algo nervioso. Helene parece sumamente pensativa y sólo espero haber hecho lo correcto. Antes, cuando no conocía en exceso a Cassandra, hubiera aceptado sin parpadear la idea de poder separarme sin consecuencias e incluso poder buscarme otro compañero, pero, ahora, lo veía impensable. Ella y yo éramos uno y por más razones de las que me gustaría admitir. El hecho

de que su prima, de alguna forma, no parase de intentar conspirar a sus espaldas, tenía que cortarse de raíz.

—¿Cuál se supone que es el plan? —La paciencia no fue nunca mi plato fuerte. —Ve leyendo las cartas. Me da la impresión de que, como siempre, cuando entra a un cuartel algo, se lo quedará otra gente. —Y prefiero que alguno de los dos hayamos tenido la opción de analizarlas. En ese mismo momento un sobre entra por la ventana a una velocidad y precisión asombrosa. Intento mirar por la ventana sin seguir en exceso la dirección correcta del coche al individuo que la haya lanzado, pero no lo consigo.

Ella se queda quieta y callada mientras lee el trozo de papel. Los minutos pasan y solo espero a que diga algo. Mucho después de llegar de nuevo al edificio los tres estamos sentados en el coche sin hablar.

—Helene, espéranos arriba. —Es lo primero que dice tras cerrar la carta y guardarla en su bolsillo. Su prima se resiste pero, finalmente, dando un portazo, abandona el vehículo. —Sam, la carta era para mí. —Asiento. Me ha parecido algo evidente pero no quiero interrumpirla. —Pero quiero compartir cierta información contigo. —Mi corazón empieza a latir rápido, no sólo por la información que puede poner ahí sino porque en mi cabeza intento saber quién es el emisor de las misteriosas cartas. ¿Lo sabrá ella? —A nuestros padres los asesinaron unos templarios. —Me tenso. —Por eso no pudieron matarnos. Fue un envenenamiento con una copa de felicitaciones por nuestro nacimiento probablemente. El asesino confió en que uno de los dos acabara con el otro con el tiempo. Ese era su objetivo. Sólo que...sin nuestros padres...parecía más factible. —Trago saliva. Quizá podría entrar en cólera, romper los retrovisores, salir corriendo y matar yo mismo a cada uno de los templarios por si acaso, pero, ante la mirada vidriosa y culpable de Cas, sólo puedo hacer una cosa. Besarla. —Sam...

Algo estalla cerca nuestra. Una luz violeta lo inunda absolutamente todo por un instante y ambos saltamos al mismo tiempo del interior del coche antes de que éste explote. Nos escondemos detrás de unos contenedores de basura esperando para poder subir cuando no se nos vea. Veo a muchos de los míos llegar hasta ese punto pero, lo que me deja totalmente con la boca abierta, es ver a seres cruzando el portal desde los otros mundos. Nunca había visto a los supuestos elfos de cerca. Las pocas veces que había habido actividad sospechosa se trataba de gente intentando cruzar hacia los otros mundos, nunca a la inversa. Son altos y delgados pero no por ello dan la impresión de debilidad. Sus cabellos son potencialmente rubios casi platinos y sus labios morados. Pero lo que más llama la atención, sin duda alguna, son sus armas. Espadas infinitas con piedras preciosas en los mangos. Arcos pulidos en cuarzo. Y guantes con garras que parecen de marfil.

Alguien nos silba y al ver a Anthony me tenso preparado para atacar. Giro mi cabeza de derecha a izquierda para asegurarme de que no es ninguna clase de emboscada y que Tom no aparecerá de la nada para detenernos.

—Son muchos. —Es lo primero que dice al acercarse a nosotros y, aunque no veo intención alguna de atacarnos, no despego mi vista de Cas. —No podremos solos, pero ellos creen que sí. —Ver a otro ramtor con la misma opinión que yo pero sabiendo que tiene a su compañero de su lado y no tiene motivos alternos me hace reafirmarme en que algo grande está pasando. Nuestro orgullo suele ir siempre por delante pero, la humanidad, no es un juego.

—Ayúdanos a liberar a los guardianes. —Cassandra siempre interviene con sus locuras sin medir las consecuencias. En un primer momento los ojos de Anthony se agrandan expresando una negativa hacia esa intención pero, poco a poco, parece sopesar las opciones.

—¿Qué te hace pensar que nos ayudarán después de haberlos encerrado? —Es una buena pregunta la que hace y, inevitablemente, yo también la miro esperando la respuesta.

—Por algo somos la parte del corazón y no la del orgullo. —Eso parece convencernos a todos. —Esperad aquí. —Sale de nuestro improvisado escondite velozmente para subir al apartamento. Por el momento, prefiero no decirle a nuestro nuevo aliado nada al respecto de los protectores.

—¿Y Helene no estaba con vosotros? —¿Helene? Se sonroja un poco y prefiero no reírme de sus nuevos motivos adolescentes para interesarse en nuestra causa.

—¿Qué pasa con Tom? —Le pillo desprevenido pero, sin querer hurgar en su llaga personal, me preocupa que nos encuentre si es que no está de acuerdo.

—Os odia. —Esa revelación hace que mis músculos se calienten. ¿Traiciona a su compañero? —Piensa que sois los culpables de que su hermano pequeño muriera en una unión. Sus padres se quitaron la vida después de eso. —Suspira fuertemente. —Sé que no tenéis ese alcance de culpabilidad. Le quiero como mi compañero, pero, en esta guerra se equivoca. —Anoto mentalmente intentar no herir al susodicho. Entiendo lo que es una pérdida y lo confuso que puede ser estar, repentinamente, sólo en el mundo.

Cas baja de nuevo y nos invita a seguirla. No es del todo fácil pasar en medio de esa cruda batalla sin ser vistos ni atacados. ¿Cómo es posible que hayan abierto tal brecha en los portales como para pasar por decenas? Una vez en el cuartel ramtor nos detenemos a ver cuáles son nuestras opciones.

—No hay muchos, pero no nos dejarán pasar así como así. —Cassandra resopla y retira el pelo de su cara visiblemente nerviosa.

—A nosotros dos sí. —Dice Anthony y yo lo dudo. —No se levantó ninguna orden contra ti Sam. Yo escondí el cuerpo. —Asiento. Nunca hemos sido amigos y, sin embargo, ha elegido cubrirme. —Ella puede pasar con esto. —Saca de su mochila una capa de templario. No quiero ni imaginarme qué habrá tenido que hacer para conseguirla.

—¿Leíste las cartas? —La mención de los templarios me recuerda los sobres que sacó de las distintas capas. Rebusca rápidamente en sus bolsillos y eso es más que suficiente para que sepa que lo ha pasado por alto. —Entrad vosotros. Yo vigilo fuera.

Van a entrar y, antes de que lo hagan, retengo un segundo a Cas. Me mira con profundidad y me sonrío. Es una promesa silenciosa de que no será nuestro último beso.

Ambas cartas, en este caso son iguales. Quizá no eran piezas claves en este juego.

<<Querido amigo. Siento que todo esto estalle a nuestro alrededor por un par de traidores. También que el orgullo de las distintas razas haya impedido actuar con eficacia. Si cuando recibas esta carta, afortunadamente, sigues con vida...Huye. Escóndete hasta que todo pase porque, de no quedar templarios al terminar la guerra...la habrán ganado.>>

Al leerlo algo se remueve en mí. Es una revelación angustiosa que me hace salir, literalmente, corriendo hacia el interior del cuartel. Si están cruzando ahora es porque ya han terminado de eliminar la amenaza y, entonces, de ser así, los únicos templarios que seguirían con vida serían los traidores.

Krihsna y Kira están en el interior, cada uno de ellos me mira sabiendo que llegaría pronto. Tanto Cas como Anthony están siendo retenidos. Por el jefe del cuartel y Tom. Tiene lógica. Por eso decidieron esta rebelión. No sé qué clase de acuerdo tendrán una vez que los elfos acaben masacrando a casi todos los ramtors, pero, seguro, que se llevará buenos privilegios. Quizá es tan cobarde que sólo ha querido salvar su propia vida. Es él quien sostiene a Cas con una daga sujeta contra su cuello. Miro hacia la izquierda para ver a Anthony, tiene los ojos realmente llorosos

puesto que es Tom quien le sujeta haciendo fuerza contra su garganta. Su propio compañero de alma. Detrás, en las celdas, todos los guardianes permanecen callados y atentos. Como si el destino de la humanidad se fuera a decidir en esa misma habitación.

—Bienvenidos. —Krishna nos saluda teatraramente y me pregunto cuál es su juego. —En realidad todo esto no habría sido posible sin vosotros. En especial sin la ayuda de tu querida prima Cassandra. —Helene. Sabía que nos traicionaría. —Haría cualquier cosa por ser una guardiana y, al parecer, tú no le has dado muchos ánimos para ello Sam. El odio nos hace hacer cosas insospechadas. Le prometimos que, al menos, sería una ramtor y, por alguna razón estúpida, nos creyó. Fue ella quien nos avisó que veníais de camino. Los últimos protectores del universo. —Sólo Cas y yo entendemos lo que está queriendo decir. —La prueba viva de que lo que no se termina a tiempo acaba explotándote en la cara. —Que haga referencia a lo que pasó hace veintiséis años me hierve la sangre. ¿Qué puedo hacer? ¿Estoy, si quiera, en la situación de hacer algo? Miro a Cassandra y siento haberla mentido porque, ya no estoy tan convencido de que no fuera nuestro único y último beso.

## Capítulo 24

Cassandra

Cuando Anthony y yo entramos al cuartel sabemos instintivamente que algo va mal. Las celdas de los guardianes están totalmente desprotegidas. Dos ramtors nos asaltan y nos inmovilizan. Lo más duro es darme cuenta de que uno de ellos es Tom. ¿Cómo puede traicionar a su propio compañero? Es cierto que, en muchas ocasiones, Sam y yo nos atacamos pero, ni si quiera con nuestras diferencias nos hicimos verdadero daño. Kira y Krishna aparecen y pasan al centro de la sala. Así que así es como acaba todo....Cara a cara con los asesinos de nuestros padres y los destructores de los templarios. Sam irrumpe en cuanto su mente ha llegado a la conclusión de que algo debe ir muy mal. Observa y estudia la escena meditando sus opciones. Pero, la verdad, es que no las hay.

—Bienvenidos. —Krishna habla y siento verdadero asco—En realidad todo esto no habría sido posible sin vosotros. En especial sin la ayuda de tu querida prima Cassandra. —Helene. ¿Después de haber hablado con ella como lo hice en el piso cuando subí ha sido capaz de vender que vendríamos? ¿Por qué? —Haría cualquier cosa por ser una guardiana y, al parecer, tú no le has dado muchos ánimos para ello Sam. El odio nos hace hacer cosas insospechadas. Le prometimos que, al menos, sería una ramtor y, por alguna razón estúpida, nos creyó. Fue ella quien nos avisó que veníais de camino. Los últimos protectores del universo. —Al menos sabemos que, eso, no es del todo cierto. Son personas mayores, pero, como ejemplo, valdrían. Si consiguiéramos salir de aquí y demostrar que ambas razas están cometiendo un gran error...—La prueba viva de que lo que no se termina a tiempo acaba explotándote en la cara. —Nuestros padres....Aquella noche...Siento que el dolor va a quemar mi pecho.

El ruido de una granada nos sobresalta a todos. Lo primero que reconozco es el barrote de Sander. Ellos están aquí, los protectores que quedaban en el cuartel escondido y, junto a ellos, Klugan. Luchan de una forma que sorprende a los encarcelados. Luces salen en los golpes y me pregunto si esos poderes sólo son conferidos a los protectores porque, en ese caso, Sam y yo podríamos hacer lo mismo. En un segundo se llena de nuevos ramtors que dudan qué hacer. Sam grita que los templarios son los traidores, que nos han engañado. La confusión se hace eco por todo el cuarto y algunos luchan mientras otros solo se detienen.

Cuando veo a Helene me quedo sorprendida, lleva en la mano un trozo de papel arrancado de lo que creo que será el libro sagrado. Me alegro tanto de haberle dicho esa parte a ella. Quizá haya adivinado ya que, todo lo de que puede convertirse, no es más que una tira de mentiras que les convenía hacerles creer. Ella levanta un cuchillo y rompe la celda de los guardianes. Si antes había caos ahora no se sabe quién es aliado o enemigo. Sam llega hasta mí y el ramtor me suelta asustado. Sus ojos prometen venganza.

—Ellos os han mentido. —La abuela Samara empieza a hablar para que todo el mundo pueda oírla. —Los protectores existíamos y fue un error que desapareciéramos forzados por la situación. Nadie dice que unáis a vuestros hijos con alguien de “la otra raza” pero podemos convivir en armonía e invitar a cada uno a decidir.

Sus palabras tienen un efecto tranquilizador en el ambiente y casi todos se detienen. Los



templarios traidores aprovechan para comunicarse en lengua antigua.

—Están llamando a los elfos. —Klugan se tira sobre ellos inmovilizándolos con alguna clase de magia. —Sam y Cas. Usad vuestras armas contra los tres. —No entiendo qué quiere decir y sólo busco la mirada de Sam. —Aunque acabéis conmigo. Sólo así podréis vencer a los elfos. Ellos les dan poder de los templos. —Ahora.

Me acerco a Sam y le doy la mano a pesar de que no estoy segura de cómo quieren que les atacemos.

—Pensar en vuestra unión y concentraros en proyectar lo que queréis destruir,.. —Samara se pone a nuestro lado con una mano en cada uno de nuestros hombros, pero, lo que acaba de decir, no tiene ningún sentido para mí.

Aún con mis dudas decido directamente abrazar a Sam. Él me recoge entre sus brazos apretándome con fuerza. Una sensación rara me inunda. Sé que es imposible pero es como si la espada de mi espalda se estuviera moviendo. Las manos de Sam sujetan algo repentinamente y me doy cuenta de que es la espada de mi espalda que, de alguna forma, se ha materializado. Pasa lo mismo con los tatuajes de su daga, salen de él para que yo las coja. Al mismo tiempo lanzamos las armas a los templarios. Una explosión de fuego los inunda para dejarlos reducidos a ceniza. ¿Podíamos nosotros hacer eso todo este tiempo si hubiéramos trabajado juntos? Por la sonrisa de los protectores deduzco que es exactamente lo que tenía que pasar. Sé que debería alegrarme, pero la pérdida de Klugan junto a estos dos nos hace difícil la alegría. ¿Cómo podemos sobrevivir sin templarios?

—Tenemos que terminar con los elfos y sellar el portal. —Anthony llega hasta nosotros con el rostro desencajado. Un poco más allá de nosotros veo el cadáver de Tom. —Os seguiré.

Uno a uno, guardianes y ramtors, van confirmando que nos seguirán a la batalla. Podemos hacerlo. Siempre hemos tenido una misión. Salvar a la humanidad y custodiar los portales y, ahora es el momento de demostrar que sabemos hacerlo.

El portal es un campo de cuerpos inertes de unos y otros. La conmoción se va haciendo eco en todos nosotros que, aunque sea por venganza de cada uno, tenemos por lo que luchar. La humanidad recordará este día tanto si ganamos como si perdemos pero sabremos que, al menos, lo dimos todo en la batalla.

Ver a los protectores, a sus años, luchar como los mejores me hace preguntarme cómo es que algún día pensé que mi unión con Sam era una pesadilla. Quizá es lo mejor que me haya pasado en la vida. Le miro. Lucha como el mejor atravesando los corazones y degollando las cabezas de los elfos. Quedan cada vez menos porque, juntos, todos nosotros, somos imparables. Sólo queda poder sellar el portal.

—Tenemos un problema. —Helene llega hasta mí y pienso en lo que me gustaría salir ilesa de todo esto. Que ambas podamos hablar y, por una vez, sentir que tengo familia. —En el libro sagrado pone que sólo un templario puede sellar el portal. —Eso destroza y desploma mi ánimo. ¿Significa eso que pueden estar entrando elfos hasta que no derroten?

De la nada aparece un hombre extraño encapuchado. Lleva una túnica azul marino y habla una lengua desconocida.

—Soy el último templario y cerraré el portal si es la voluntad del cielo que así sea. —¿El último templario? ¿Es si quiera posible que hubiera otro templario que nadie conocía? Parece que sí.

Quizá debería dudar de alguien que aparece así pero sé, de alguna forma, que si Klugan se ha sacrificado después de todo lo que ha hecho por el bien de la humanidad y, en especial, por mí, es

porque sabía que podríamos sellar el portal.

Nos indica a todos que acabemos con los que podamos y, en su defecto, los empujemos de nuevo hacia dentro del portal. Lo hacemos todos a la vez, sin distinción entre nosotros, como si siempre hubiéramos estado destinados a luchar juntos. No existe esa brecha. Espero que no vuelva a existir.

Una gran luz opaca el cielo haciendo estallar el portal en una bola bicolor azul y roja. Tras veintiséis años del primer paso por esta guerra, el asesinato de mis padres, la lucha con mi al parecer no tan erróneo compañero, tras la muerte de los templarios, el fin de los traidores y el inicio de una alianza....Se sella la puerta para dar paso a un nuevo comienzo.

Busco a Sam para tirarme a sus brazos. Le beso. Lo quiero. Mucho más allá de nuestra unión él es fundamental en mi vida.

## Epílogo 1

### El templario renegado

Cuando vi que la penúltima carta iba dirigida a mí sentí que mi corazón se desbocaba. Había entregado casi todas las cartas, pero, muchos templarios, cuando llegué, ya estaban muertos y, a los que se las entregué, me enteré de su muerte más tarde. Esta guerra, por lo visto, era imparable. Más allá de hacer de mensajero cada día me sentí conectado con lo que estaba pasando. No podía apartar mi vista de todo lo que le sucedía a los pequeños protectores. La curiosidad me pudo y miré a quién iba dirigida la tercera carta. A Cas. No la leí, eso habría sido traicionar a la persona de las cartas. Esa persona que me salvó cuando el templo renegó de mí

<<Querido amigo. Si has llegado hasta esta carta es que sigues de cerca lo que está ocurriendo y espero que haya acabado para este momento. O, al menos, está a punto de hacerlo. No está exactamente en mi mano.

Sé que crees que el templo renegó de ti porque no te consideraba valioso. Yo entonces, cuando hice lo que hice, tuve mis dudas. Salvarte fue, de alguna forma, voluntad propia. Pero, siempre he pensado que nuestras decisiones y las del templo están unidas por una fuerza que no somos capaces de entender. Así que, si estoy en lo cierto. En la historia del templo ya estaba escrito este momento. Ve allí y pide que te devuelva tu poder. Quizá, alejarte de esto, era para que pudieras volver para salvarlos a todos.

De no ser así siento todo lo que te he hecho hacer, pero, al menos, para mí, habrás demostrado ser valeroso y merecedor de serlo.

Espero que todo vaya como debe. Y jamás olvides que los cielos tienen sus propios designios para con nosotros. >>

Me acerqué al templo temeroso. No había estado en uno desde que me expulsaron. Cuando mi mano toca la piedra en la sala del silencio nada sucede. No me reconoce. NI si quiera tengo un nombre. Una luz blanca lo envolvió todo. Es una niebla espesa que me hizo temblar.

—Bienvenido templario Loreth. —Con esa asignación me volvió a dar mi lugar. Quizá el emisario de las cartas tenía razón. Todos los templarios empezaban con K. Quise pensar que con el cambio de letra estábamos haciendo un cambio de generación.

Ahora, tras cerrar el portal y con todos los ojos puestos en mí, me siento algo intranquilo. No sé si sabré estar a la altura de este cambio que supondrá el inicio de una etapa poderosa donde ramtors y guardianes junto a los protectores de antes, la pareja presente y los futuros, harán de la humanidad un sitio mejor.

## Epílogo 2

Cassandra

La vida es armoniosa ahora. No ha sido fácil, pero, tras la guerra, todos parecimos entender que, pelearnos entre nosotros, no tenía futuro alguno.

Fue duro consolar a Helene, había deseado siempre ser una guardiana y, tras leer la página del libro sagrado una y otra vez, entendió que eso jamás sucedería. Se sintió vacía mucho tiempo pero, poco a poco, parece que Anthony ha conseguido llenar esa sensación. Él también sufrió mucho. Se quedó sin compañero de la forma, posiblemente, más cruel. Hay heridas que sólo el tiempo puede curar.

Loreth resultó ser la persona que necesitábamos porque, llevaba tanto tiempo fuera del templo, que no tenía arraigado tanto secretismo ni historia. Es, digamos, un templario moderno. Aunque, eso sí, si tiene que hacerse respetar, lo hará. Aprovecha un momento de paz para darme una carta que, dado el tiempo que ha pasado, casi un mes, no esperaba. La abro desesperadamente al pensar que Klugan dejó algo más para mí.

<<Querida Cas, para cuando leas esto, me habré ido hace tiempo. Sólo espero que todo saliera como veía venir y estéis todos bien. También anhelo que el portal esté cerrado aunque, siempre, tendréis que vigilarlo.

Esta última carta te la quise dejar para asegurarme de una cosa. Entiende que puede volver a pasar. La gente suele tender a tener mala memoria. Quiero que te asegures de que todos recuerden que una vez fuimos débiles por no ver nuestros puntos fuertes.

Me tengo que despedir, siento que sea así porque, de alguna forma, siempre sentí que eras como de mi familia. Ahora, tienes una, aprovéchala y, sobretodo, ofrécele a Sam el consuelo que, desgraciadamente él no tiene.

Klugan>>

Miro a Sam que está apoyado en la barandilla de la ventana. No nos separamos ni un momento desde aquel momento en la batalla en el que nos besamos. A veces pienso en lo afortunada que soy porque, de alguna forma, he salido ganando con todo esto. Mi abuela está viva y mi prima también, sin embargo, Sam, está solo. Le coloco la mano en la espalda y me mira con cariño.

—Te tengo a ti. —Me besa siguiendo el discurrir de mis pensamientos. —Siempre te he tenido. —Esa es una realidad de la que no nos dábamos cuenta pero, en el fondo, sabemos que siempre tuvimos la oportunidad de dejar que, si nosotros no podíamos, otros se deshicieran del contrario. Nunca lo permitimos. Quizá nos amamos hace muchísimo tiempo.

—Eres mucho más que mi compañero de alma. —No dejo que nuestro beso se termine mientras susurro entre nuestros labios y me agarro a su ancha espalda en un abrazo que bien podría ser mi salvación. —En esta guerra y en todas...

—Juntos. —Termina mi frase y sé que, pase lo que pase, siempre seremos uno.

# FIN

## **Agradecimientos:**

Me gustaría dar las gracias a todas esas personas que creyeron en mí desde el principio.

En especial, también, a todos los que me seguisteis en Wattpad, leísteis la historia y me animásteis a publicarla y a seguir escribiendo. Vuestro millón de lecturas fue decisivo en mi iniciación como escritora.

También a todos mis amigos y personas que he conocido a lo largo de los años.

Pero sobretodo, a mi familia. En especial a mi madre y a mi hermana, sin las cuales no habría sido posible.

## Sobre el Autor

Nacida en 1995 Iris Montes Meseguer es una lectora empedernida y reseñadora de libros sin importar de donde provengan.

Es autora de “Indomable pero mía”, una novela de corte paranormal— romántica, y bajo este título obtuvo más de 1 millón trescientas mil visitas en Wattpad.

También de otros títulos del mismo corte como “La alfa es mía” “Los demonios también aman” o “La nerd es mía”

Se autocalifica como una amante de la literatura y de los animales que no puede vivir un día sin llevar a cabo estas dos cosas que forman parte de su modo de vida.

Podéis seguirla en las redes sociales:

@Iris\_Meseguer

Y también en su blog:

[www.agathatelocuenta.wordpress.com](http://www.agathatelocuenta.wordpress.com)